

REVISTA DE MADRID,
2.^a época. Tomo IV.
Madrid, 1844.

P. 594

REVISTA DE MADRID.

SEGUNDA ÉPOCA.

TOMO IV.



10 JUL 2012

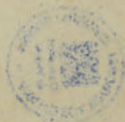
MADRID.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y TIPOGRAFICA,
CALLE DE LA MANZANA, NUM. 14.

1844.

REVISTA
DE MADRID.

REVISTA DE MADRID



TOMO IV.

1890

MADRID

IMPRESA DE LA SOCIEDAD LITERARIA Y GEOGRAFICA
CALLE DE LA HERRERIA, NUM. 12

1890

BIOGRAFÍA

DE

DON MANUEL DE LA CONCHA.

AL publicar la biografía del teniente general D. Manuel de la Concha, no nos hemos propuesto ningún objeto político. Sentimos que los estrechos límites del periódico en que escribimos no nos permitan hacer una relación circunstanciada de los eminentes servicios de su familia, y de las prendas notables que adornaban á su padre el brigadier de la Real Armada D. Juan de la Concha. Sin embargo, no pasaremos en silencio la firme voluntad de su carácter, sus distinguidos conocimientos en la marina, el patriotismo con que voluntariamente se brindó para la reconquista de Buenos Aires, el valor y destreza con que allí se condujo, la lealtad con que despreció las lisonjeras ofertas de los insurgentes, y la entereza con que marchó al patíbulo, dejando con su sangre, generosamente vertida por su patria y por sus reyes, un laurel honroso para su nombre, y á sus hijos un modelo que imitar.

Todos ellos presenciaron la horrible catástrofe de su padre. D. Manuel de la Concha, nacido en Córdoba del Tu-

cuman, tenía á la sazón dos años, y recibió del autor de sus días por única herencia el ejemplo de sus virtudes. Ni su tierna edad, ni su desventura pudieron calmar el furor de los enemigos de su familia y de la causa española: empezaba á experimentar los sinsabores de las guerras civiles. Perseguido, amenazado en su existencia, despojado de todos sus bienes, y sin mas escudo que el corazón varonil y magnánimo de su madre, huyó D. Manuel de la Concha en 1814 del país en que vio la luz del día, y buscó un asilo en la metrópoli.

La honrosa muerte del brigadier de la Real armada D. Juan de la Concha era sobrado título para que se admitiese á su hijo D. Manuel en las filas del ejército español; en 1820 á la edad de doce años entró á servir de cadete en Guardias Españolas. En 1825 fué nombrado alférez del primer regimiento de la Guardia Real, y en 1826 pasó de teniente al cuarto regimiento, destino que desempeñaba en 1832.

Andaban á la sazón los ánimos mal avenidos y desasosegados de resultas de haberse proclamado, en vez de la advenediza ley de Felipe V, la antigua ley fundamental de la monarquía, que sancionaba el derecho de las hembras á la sucesión de la corona. La enfermedad del rey D. Fernando VII puso mas en claro la ambición de D. Carlos y las maquinaciones de sus parciales, que desde entonces no perdonaron medio de seducción, ni escasearon amenazas para asegurar en la frente del desterrado de Bourges la corona de San Fernando. Mas de una vez creyeron segura su victoria; pero desgraciadamente para ellos y para el ídolo de sus esperanzas, se hallaba á la sazón en la Granja un oficial joven y valiente, de prestigio en la compañía que mandaba, y que desde los primeros momentos se había declarado decidido campeón de los derechos de la Reina. Súpose despues que era su ánimo en aquellas críticas circunstancias apoderarse del infante y su familia en el instante mismo en que se alzase un grito en su favor. Esta enérgica decisión infundió miedo y

espanto en el corazon del pusilánime príncipe, y contuvo á los conspiradores, para quienes fué desde entonces D. Manuel de la Concha, que así se llamaba el oficial que primero se pronunció por la causa de la Reina, el blanco de inveterado odio y de las persecuciones mas encarnizadas.

Mejorado el rey D. Fernando VII regresó á su real palacio de Madrid. Los partidarios del infante, que veian con sentimiento la mejoría del rey, alarmados de las consecuencias que pudieran tener las sabias y liberales medidas adoptadas por la Reina Gobernadora, proyectaron despojarla de su autoridad, y proclamar á D. Carlos en la noche del 5 de noviembre de 1832. Hallábase el gobierno en la mas aflictiva situacion, sin conocer todavía quienes eran los verdaderos defensores de la reina, cuando llegó á su noticia las contestaciones que mediaban entre los oficiales de la guardia de palacio, divididos ya en encarnizados bandos: pero alentado con las seguridades que les diera el teniente D. Manuel de la Concha, de la firme resolucion y lealtad de sus soldados dispuestos á sostener la inmunidad del regio alcazar, se apresuró á tomar las disposiciones necesarias para salvar la vida de la reina y de sus augustas hijas.

No conoció desde entonces límite alguno la rabia de los partidarios del Pretendiente. D. Manuel de la Concha fué calumniado, arrestado bajo frívolos pretextos, y puesto en comunicacion durante cinco dias. Mandósele formar causa, y por ella se vé patentemente que era la víctima destinada al sacrificio en el instante mismo en que espirase el rey y se proclamára á D. Carlos, como lo esperaban muchos y lo temian todos. No se habrá borrado todavía de la memoria de los liberales que entonces residian en Madrid, las simpatías que en aquellas críticas circunstancias excitaba el teniente Concha, ni la alegría con que se recibió la noticia de que tanto él como los cuatro oficiales de la Guardia Real, que fueron tambien arrestados por habérsele unido en palacio, habian sido puestos en libertad de órden

expresa de la reina. Queriendo S. M. recompensar su lealtad, le agració con el grado de teniente coronel y el empleo de ayudante del 2.º regimiento.

En 1833 pidió el general Concha pasar al ejército del Norte, y hacer allí voluntariamente la guerra, dando principio de modo tan patriótico á su vida militar en la accion de Durango.

En 1834 dió pruebas de su lealtad y de su decision por la causa constitucional y el trono de Doña Isabel II, en el combate de Huesa; en las acciones de Sodupe, Cernauro, Brucena, Larraga y Oñate; en la de Alzazua, en que por primera vez selló sus juramentos con su sangre; en la de Artaza, que tuvo lugar en 31 de julio; en la sorpresa de Aranaz, verificada el 12 de noviembre; en las acciones de Mendaza y Zúñiga, en que fué herido, el 12 y 15 de diciembre; y en la defensa del fuerte de Salvatierra el 22 del mismo mes.

En 1835 se halló el general Concha en Orbiso el 17 de enero; en el puente de Arquijas en 5 de febrero; en Larraga el 8 de marzo; en Arroniz el 29 del mismo mes, y en el puente de Artaza el 22 de abril.

No pasaremos adelante sin poner en conocimiento de nuestros lectores el brillante comportamiento del general Concha, jefe entonces de E. M. de la division del brigadier Carrera, en la difícil y comprometida jornada de Larraga, notable ciertamente por ser la primera vez que nuestra infantería sola tuvo que combatir á las armas reunidas de los enemigos, y cuyos resultados se debieron al valor y acertadas disposiciones de D. Manuel de la Concha. Cargada la division del brigadier Carrera por toda la faccion al mando del intrépido Zumalacárregui, preciso fué disponer la retirada, y en cumplimiento de las órdenes de su jefe, colocóse Concha á retaguardia con dos batallones para sostenerla. Era tanto mas difícil y peligrosa la posicion de nuestras tropas, cuanto que debian marchar por espacio de una legua en un terreno llano, sin tener un solo soldado de ca-

ballería y ante un enemigo aleccionado por la experiencia, conducido por el mas bravo de sus capitanes, y envalentonado con la superioridad de sus fuerzas que ascendian á ocho batallones y seis escuadrones. Dieron estos repetidas cargas á nuestra retaguardia, y en todas ellas fueron rechazados con grande pérdida y no poca honra de las tropas de la reina y del jefe de E. M. Cuatrocientos hombres perdieron los batallones carlistas en el sangriento combate que se empeñó al fin. El general Mina, queriendo dar á Concha una muestra de su aprecio, y una recompensa de sus servicios, le ofreció el mando de un batallon, dejando la eleccion á su voluntad. No fué esta la única vez que D. Manuel de la Concha recibió pruebas de la distincion en que le tenia y del afecto que le profesaba el ilustre guerrillero de la independencia española.

Sin embargo de hallarse gravemente enfermo, asistió á la accion de Arlaban: mandaba entonces un batallon de Mallorca, y en la de 29 de mayo mereció por su conducta la cruz de San Fernando de primera clase, y una mencion sumamente honorifica en la órden general del ejército, en que el general Córdova le dió un público testimonio del aprecio particular con que le honraba.

El mal estado de su salud le obligó á retirarse, y aun no bien restablecido de la enfermedad que le aquejaba, y viendo que debia darse principio á las operaciones sobre las líneas de San Sebastian, y que se destinaba su regimiento á quedarse en las Encartaciones, solicitó y obtuvo ser incorporado al ejército de operaciones en el regimiento de Castilla. Empezadas estas, y hallándose Concha en las alturas de Urnieta con el batallon de su mando, fué atacado vigorosamente por el enemigo que con fuerzas triples hizo obstinados esfuerzos para tomar la posicion que defendia, por ser la llave de las que ocupaba nuestro cuerpo de operaciones; pero rechazado y confundido á vista de todo el ejército, el general Espartero confirió á Concha sobre el campo de batalla el empleo de teniente coronel.

Octuvo en 1837 el mando accidental del regimiento de Borbon, y destinado á seguir las operaciones en la division expedicionaria á las órdenes del general D. Fermin Iriarte, se halló en la accion de Chiva, mereciendo, por la parte que tuvo en el buen éxito de aquella feliz jornada, la cruz de primera clase de San Fernando. Agravados sus males físicos, vióse de nuevo precisado á separarse del ejército, y marchó á Francia; á su regreso fué nombrado teniente coronel efectivo del regimiento de Castilla, que formaba parte de las tropas de operaciones de Navarra al mando del general Leon.

Concurrió á las diferentes acciones que tuvieron lugar en Navarra en 1838, y señaladamente á la de Velascoain, en la cual, segun se expresa en el parte, se ofreció voluntariamente á pasar el Arga, que los guias creian invadeable, á la cabeza del 2.º batallon. Puesto en efecto al frente de ellos dió el ejemplo arrojándose el primero al rio, bajo el fuego nutrido de los batallones enemigos, á los que batió completamente, despues de haberse apoderado del reducto. Por su comportamiento en esta accion fué ascendido á coronel, y obtuvo por juicio contradictorio la cruz laureada de San Fernando.

Decidió entre tanto el general en jefe crear el regimiento de Luchana, y dispuso que Concha fuese en posta al cuartel general para encargarse del mando del regimiento que formaba bajo su proteccion; pero Concha, que tenia la noble ambicion de labrarse su carrera por sí mismo, queria mas combatir los enemigos lejos del cuartel general, y prefirió el mando del regimiento de la Princesa que le fué confiado en 1838.

Por consideraciones propias de la índole de nuestra guerra civil, se habia resuelto que los regimientos no llevasen sus banderas en campaña: sin embargo el nuevo coronel de la Princesa sacó las de su regimiento, y con ellas se presentó á tomar el mando, electrizando con este rasgo á los soldados que iba á acaudillar. Consagró desde enton-

ces todos sus afanes á perfeccionar su estado moral; á crear un espíritu de cuerpo; á hacer de su regimiento un modelo de disciplina: hasta qué punto lo consiguió podrá decirlo todo el ejército, y sobre todo el cuerpo de operaciones de Navarra, testigo de sus proezas en numerosas y sangrientas batallas. No tardó el general Leon en conferirle el mando de la Rivera de Navarra, en cuyo desempeño desplegó cualidades que sobre grangearse el aprecio general, le hicieron respetar de sus enemigos; y en atencion á sus muchos é importantes servicios, se le confirió el empleo de Brigadier. Tomó parte con la division á sus órdenes en la accion de Arroniz, en la cual con diez compañías de su regimiento arrojó á los enemigos de una fuerte posicion defendida vigorosamente por tres batallones, sufriendo una pérdida de 200 hombres: premio de tan importante servicio fué la cruz de tercera clase de San Fernando que se le concedió.

Seguia Concha estas operaciones en un estado de salud lamentable, sordo á las instancias y consejos de sus amigos y á los ruegos del general Leon, que le exhortaban á que se retirase para poner término á sus dolencias; pero el ardiente deseo de combatir á los enemigos de su patria, y el amor á la gloria, daban á su alma fuerza suficiente para sobrellevarlas con alegría en medio de las penalidades inherentes á nuestra desastrosa guerra. A pesar de tan lastimoso estado, veíanle de continuo olvidado de sus propios males, atender con solicitud paternal el bienestar del infeliz soldado, ya cediendo en las fatigosas marchas sus caballos para los enfermos y estropeados, ya visitando los hospitales, y prodigando tiernos cuidados á los heridos; ya tomando con calor la defensa de sus intereses. Los soldados de la Princesa agradecidos como todos los soldados españoles, amaban á su brigadier por su humanidad é incesante desvelo.

En una camilla le conducian los granaderos de la Princesa á las guerrillas en la accion de Cirauqui; cae herido

gravemente uno de los soldados que le conducian; el general Concha le cede su camilla, se pone al frente de su regimiento, rechaza al enemigo en un vigoroso ataque que dá á nuestra retaguardia, marcha, aunque herido desde el principio de la accion, al socorro del general Leon, salva al ejército, y recibe por ello en presencia de las tropas las gracias de aquel general. El ejército de Navarra no olvidará lo que debió en aquel dia á la disciplina y al entusiasmo del regimiento de la Princesa, que en orden de parada marchaba siempre al enemigo. Todos los que presenciaron aquella gloriosa y sangrienta jornada, saben si Concha se hizo acreedor á la cruz de *Comendador de Isabel la Católica* con que el gobierno recompensó sus grandes merecimientos.

Terminada la guerra del Norte, pasó el ejército á Aragon, en 1840, y el general Concha tomó el mando de la vanguardia, y con ella concurrió á los sitios de Segura y Castellote, cuyo último punto tomó por asalto, despues de una vigorosa resistencia, con las compañías de preferencia de la Princesa y de Luchana. El general Espartero no dió importancia en su parte á un hecho de tanta monta, que presenció todo el ejército, con tanta satisfaccion del valiente caudillo, como prez de las armas españolas.

Fueron sin embargo de tal importancia sus servicios en esta ocasion, que se le ascendió á Mariscal de Campo; y como una prueba de la alta estimacion en que se le tenia, le fué encomendada la dificil empresa de restituir la paz á la provincia de Cuenca, debastada por las facciones. Necesitaba para ello algunas tropas aguerridas, que moralizasen al menos las que se ponian á su disposicion, cortas en número, compuestas por la mayor parte de cuerpos visosños, de nueva creacion, y que se hallaban además en un estado lamentable bajo de todos conceptos, por el abandono en que se les habia tenido. En vano pidió al general en jefe un solo batallon de los muchos de que disponia; en vano exigió que se le permitiese escojer algunos jefes de su confianza,

ya que se le mandaba separar á otros: en vano se dirigió al gobierno para que se le reforzase con algunas tropas de las que se hallaban en la Mancha: todo le fué negado. En vista de tan extraña conducta (el ministerio Arrazola regia entonces los destinos del país) de tanta indiferencia hacía los infelices pueblos de la asolada provincia de Cuenca, era justo creer, ó que sobre el amor á la patria prevalecian pasiones sórdidas y mezquinas, ó que se habia confiado á Concha tan árdua empresa, no para que diera á ella feliz cima, sino para que su reputacion militar encontrase su sepultura ante los muros de Cañete y Beteta. Entregáronsele tan solo cuatro mil reales para tan difícil como necesaria expedicion, y con este socorro marchó á Cuenca, bien penetrado de las inmensas dificultades que tenia que superar, pero decidido á morir al menos con honor, si ya no con gloria y utilidad de su patria. A pesar de todo, á poco tiempo de haber tomado el mando de la provincia de Cuenca, penetró en el interior del país ocupado por el enemigo, y logró hacer prisionera la guarnicion de Mira.

Aguardaba Concha de Madrid la artillería necesaria para emprender los sitios de Cañete y Beteta, cuando recibió la órden de dirigirse con sus fuerzas á proteger el viaje de SS. MM. Los enemigos hicieron un movimiento á retaguardia de las tropas que custodiaban á la reina, y el general Concha marchó sobre ellos, y alcanzándolos en las inmediaciones de Olmedilla el día 15 de Junio de 1840, los derrotó completamente, haciéndoles 1.400 prisioneros. Las cortes acordaron se le diera un voto de gracias, y la reina le recompensó con la gran cruz de San Fernando.

Derrotada la faccion en Olmedilla, hizo Concha una de esas marchas rápidas y sorprendentes, de que solo son capaces los soldados españoles. Llegó á Vitoria el día 22 de Junio; animó con su oportuna aparicion á los habitantes de las Provincias Vascongadas, aterrados con la invasion de Balmaseda, y despues de dos horas de descanso, necesario para dar calzado á la tropa, casi moribundo de resultas de

:

su grave enfermedad, monta á caballo, se dirige á marchas forzadas á la Rivera de Navarra, calculando que tal debia ser la direccion de Balmaseda, reunido ya á Palacios, y dales alcance en Miranda de Arga el dia 25 del mismo mes. Adelántase Concha con 400 caballos. Los momentos eran criticos. Titubear un instante era darles tiempo para pasar el Ebro segun proyectaban. Los carga denodadamente. La derrota fué completa. Balmaseda acosado se refugia en el vecino reino, y Concha, casi cadavérico, se dirige á Pamplona sin otra esperanza que el favor de la Providencia en la difícil enfermedad que le aquejaba.

Antes de penetrar en el confuso laberinto de la vida política del general Concha, harémos á nuestros lectores una sencilla enumeracion de los mas importantes hechos de armas en que se ha encontrado, durante la guerra civil, á que puso término el convenio de Vergara.—En 1833, en la accion de Durango.—En 1834, en las de Sodupe, Cenauri, Bruzena, Zaraga, Oñate, Alzarazun, Artaza, Aranaz, Mendaza, Zúñiga y Salvatierra.—En 1835, en las de Orbiso, Arquijas, Larraga, Arroniz y Puerto de Artaza.—En 1836, en la de Galarreta y Arlaban.—En 1837, en las de Hernani, Urnieta, Andoain, Gorrite y Chiva.—En 1838, en las de Belascoain, Peñacerrada, la Braza, el Perdon, Sesma y Arroniz.—En 1839, en los Arcos, Arroniz, Barbarin, la Solana, Allo y Dicastillo; en las de Cirauqui, Mañeru y Puerto de Belate, y en el reconocimiento del rio Ega, sobre Villatuerta, Morenti, Alberni y Puente de Muniain.—En 1840, en el sitio y rendicion del fuerte de Segura y las operaciones y asalto del castillo de Castellote.

Mejorado algun tanto, gracias á los cuidados de sus amigos y á la continua asistencia de su familia, el general Don Manuel de la Concha se trasladó á Barcelona, corte entonces de nuestra reina, y teatro tambien de diarios desacatos á la magestad de la corona. La discusion de la ley de Ayuntamientos en las Cortes españolas, los empeñados ataques de la oposicion parlamentaria al proyecto del Gobierno, y la re-

sistencia de los diputados conservadores á admitir modificaciones en la ley que discutian, agitaban sordamente las pasiones populares, mal avenidas siempre con las opiniones y sistema del partido moderado. Las escitaciones y ocultos manejos de los hombres que solo medran en el trastorno y desbordamiento de las revueltas políticas, no desaprovechaban tan favorables circunstancias; y á fines ya del mes de julio para nadie era un secreto la revolucion que amenazaba caer sobre la trabajada nacion española. Ni la conducta imprudente del ministerio Arrazola pudo ser una garantía, ni un apoyo para los hombres leales en aquellas circunstancias, ni la humilde servidumbre al poder militar de los cuerpos colegisladores podia servir de dique al torrente revolucionario. La prensa de la oposicion se desencadenó de una manera escandalosa; ni se respetaban las intenciones de los hombres probos, ni se tomaban en cuenta antiguos merecimientos y públicos testimonios de amor á las instituciones liberales. Periodista hubo que se atrevió á mancillar el honor de la augusta reina madre con las mas atroces imputaciones.

Tal era el estado político del pais, cuando el general Concha se presentó en la capital del Principado, ufano con la victoria de Olmedilla, y seguro de haber llenado cumplidamente sus mas sagradas obligaciones. El general Espartero, sin causa ni motivo razonado, cediendo tal vez á los consejos interesados de personas que no corrían bien, ni miraban con buenos ojos la reputacion que en tan poco tiempo y con tanta lealtad se habia ganado el jóven general, no le dió la favorable acogida que este esperaba, y á que era tan acreedor por sus recientes servicios y por su no disputada vizarría. Herido el general Concha en su pundonor militar, fatigado de los negocios públicos, enfermo, y penetrando ya en el pensamiento atrevido del soldado de Luchana, se apartó cuanto le fué posible del cuartel general, y esperó en silencio, pero decidido á sacrificarse por la regencia de la reina viuda, el desenlace de aquella situacion creada por el excesivo puritanismo del bando progre-

sista y los notables desaciertos del ministerio Perez de Castro, legitima representacion del bando conservador, que le apoyaba en la prensa con sus escritos y en la tribuna con sus discursos. No tardaron los sucesos en despejar la encubierta política del Duque de la Victoria. Doña María Cristina de Borbon, regente de la nacion española, acudió al jefe de las tropas nacionales para ahogar con la fuerza de las bayonetas y el apoyo de su prestigio la revolucion que altanera y victoriosa se mostraba en todos los ángulos de la monarquía, y el general Espartero dió el escandaloso ejemplo de responder á una comunicacion privada de su reina por medio de la prensa, y puso en claro con ese hecho singular y extraño el verdadero punto á que se encaminaba su ambicion. Débil el trono, disgustada del mando la ex-gobernadora, rodeada de hombres, los mas sin opinion en el país, sin fuerza en el corazon, y que tenian en mucho la conservacion de sus personas por la esperanza tal vez de medrar en adelante á la sombra del mismo trono que abandonaban, S. M. abdicó solemnemente la regencia de la monarquía, y el cetro de San Fernando quedó expuesto á los embates de una revolucion que triunfaba, y de una ambicion que nacia con todo el prestigio de la gloria militar. Entonces fué cuando el general Concha, dominado por esos sentimientos de caballerosidad que forman la primera cualidad de su carácter, se presentó al general Espartero, y frente á frente del ambicioso caudillo, sostuvo la causa del infortunio, de la legitimidad y de las leyes. La entrevista fué desapacible: las explicaciones que mediaron bastante duras: D. Manuel de la Concha se retiró á la vida privada; y el presidente del ministerio regencia, y mas adelante regente único por la voluntad omnipotente y legitima de las Cortes de 41, comenzó á regir los destinos de esta trabajada nacion, con mas satisfaccion propia que pensamientos de labrar su felicidad, si hemos de juzgar por los resultados de su administracion.

Tranquilos fueron los primeros meses de la regencia de Espartero, pero notables por la marcada proteccion que

el Gobierno daba á aquellos militares, que hundieron la mitad de la monarquía en los campos de Ayacucho. De aquí nació el disgusto de muchos valientes generales: de aquí el pensamiento en algunos jefes del partido moderado de aprovechar en conveniencia propia, esta falta, ó esta imprevision del gobierno del ex-regente, y de aquí la tentativa de renovar una regencia que habia muerto legalmente por la voluntaria abdicacion de la augusta persona que ocupaba tan eminente puesto, y la sancion que á tan solemne acto dieron despues con su no menos solemne declaracion las Cortes generales del reino. No emitirémos nuestra opinion sobre la conjuracion de Octubre, tenida despues como sublevacion militar por algunos de los que mas parte tuvieron en ella. Aunque sabemos bastante á fondo sus mas pequeños detalles, aunque no nos es desconocido su alto origen ni sus tendencias, no dirémos de ella á nuestros lectores sino lo que cumpla á nuestro propósito, y lo que tenga una íntima relacion con la vida de D. Manuel de la Concha.

General era el disgusto en todo el pais por la marcha del ministerio Gonzalez: del seno mismo de la representacion nacional se levantaba una fuerte oposicion capitaneada por las primeras notabilidades del partido progresista. Cierta fraccion del partido moderado intentó entonces derribar al Gobierno, fiada, mas que en sus propias fuerzas, en el buen nombre y en el valor de sus caudillos militares. Varias fueron las tentativas que se hicieron para que tomára parte en este plan el general Concha: repetidas veces se negó á hacerlo; pero cedió al cabo, mas por motivos de delicadeza y de caballerosidad, que por confianza que le asistiese en el acto. Este recelo sin duda le obligó á dictar las condiciones que mas adelante verán nuestros lectores, porque ya vá llegando la hora en que se pongan en claro muchos acontecimientos de esta época tan variada como fecunda en contradicciones y anomalías. El general Concha no se comprometió hasta doce dias antes de estallar la

insurreccion, y al dar su palabra de correr los riesgos que amenazasen á los redentores del partido vencido, impuso por 1.^a condicion: que no se hiciera movimiento alguno en Madrid, hasta que se recibiera la noticia del levantamiento general de las provincias Vascongadas. Fundábase el general Concha para esto, en que estando las tropas bien pagadas y no mal avenidas con el paisanaje, no era posible que siguiesen el impulso de sus jefes sin una causa grande nacional, y mucho mas cuando se las iba á colocar en frente del general Espartero, que conservaba en ellas su antigua influencia y preponderancia. Y si bien indicó los medios que podian emplearse para preparar el ánimo del soldado á tamaña empresa, declaró que nunca descendería á seducir oficiales subalternos, aunque llegado el momento de obrar se presentaría á sus antiguos soldados de la Princesa, de los que estaba seguro que no le abandonasen en esta nueva clase de combates, como no le habian abandonado en los peligrosos riscos de Castellote. Esta y otras observaciones del general Concha obligaron á que se aceptase su primera condicion.

2.^o El general Concha impuso tambien por condicion, que no se le encargase del ataque contra la casa y persona del general Espartero. Obligábanle á ello motivos de delicadeza, y el miramiento debido á consideraciones de familia.

3.^o Exigió tambien el general Concha, que obtenido el triunfo, no se persiguiese á nadie por opiniones políticas, y que para semejante caso se estendiesen de antemano los bandos, y se designáran las personas, que debian encargarse de mantener la tranquilidad pública, y garantir la seguridad de las personas mas comprometidas en la revolucion de 1.^o de Setiembre. La esperiencia ha venido á demostrar despues la prevision del personaje cuya biografía escribimos.

Aprobadas estas condiciones, el general presentó varios planes, á medida que iba recibiendo los estados de las fuer-

zas con que se contaba. Y partiendo del principio de que en esta clase de movimientos no debe perderse un momento la iniciativa, se opuso constantemente á la idea de concentrar las fuerzas en Palacio, tomando sin embargo sobre sí la responsabilidad de atacar y sujetar á los cuerpos que no quisieran adherirse, é impedir la reunion de la milicia nacional.

Así las cosas, el día 4 de octubre se resolvió, contra su parecer, la reunion en Palacio de los cuerpos que se sublevasen, para cuando llegára la noticia del levantamiento de las Provincias Vascongadas, segun lo convenido anteriormente. Sin saberse por quien, ni con qué objeto, esparcióse en la mañana del día 5 entre los que se hallaban comprometidos la voz de que el día 2 habia estallado la conspiracion en Navarra y las provincias. Desmentida por los periódicos de la tarde y por la correspondencia llegada aquella mañana, produjo un efecto tan fatal y tan contrario quizás á los que la divulgaron, sea por sobrada impaciencia ó por deseo de anticipar el movimiento, que varios de los jefes y oficiales mas decididos enviaron á decir la misma tarde del 5, que no se contára con ellos, porque se les habia engañado. En tal estado, el descontento de unos, la indiscrecion de otros, la agitacion de todos, juntamente con noticias que llegaron á Espartero por una persona iniciada en el secreto del movimiento, decidieron á este á dar varias órdenes, siendo una de ellas la separacion de ochenta y cinco oficiales de la Guardia Real. Súpolo el general Concha en la mañana del 7 por un jefe del E. M., y en su consecuencia, y como hubiese llegado en la noche del 6 al 7 la noticia oficial del levantamiento de las provincias, encargó á dicho jefe, que fuese de su parte á ver á la persona autorizada por el desgraciado conde de Belascoain, y le manifestase que visto el estado de las cosas, parecia ya llegado el momento de obrar, y de salir de la incertidumbre en que se estaba. A poco tiempo volvió el citado jefe de E. M. á la casa donde se encontraban ocultos el general Concha, y el entonces coronel de infantería D. Fernando Fernandez de Córdova y hoy

general gobernador de Madrid, para prevenirle que el movimiento se verificaría á las 7 de la noche de aquel mismo día, y que era tanto mas urgente que se apoderase de Palacio, cuanto que un batallon de Luchana tenia la orden de ir al régio alcazar despues de oraciones. Tambien manifestó dicho jefe de E. M. á los referidos general Concha y Córdova, que se habia pasado igual aviso á los jefes comprometidos, lo que en efecto sucedió respecto al teniente coronel de la Princesa D. Ramon Nonvilas, y á los comandantes D. N. Leriundi y D. N. Ravonet, únicas personas de dicho regimiento iniciadas en el secreto.

A las seis de la tarde salió el general Concha de su casa, y se dirijió al cuartel de la Princesa. Antes de entrar en él oyó de la misma boca del teniente coronel Nonvilas que los oficiales de dicho regimiento desaprobaban en su mayoría el movimiento de las Provincias Vascongadas y cuanto se susurraba en aquellas horas de planes reaccionarios. No desmayó por este primer contratiempo el general: con ánimo tranquilo y firme resolucion de llevar adelante su empresa penetró en el cuartel vestido de paisano; arengó con enerjía y resolucion á los oficiales; les recordó las veces que habian entrado juntos en el combate á los gritos de reina y libertad; les hizo una pintura de la situacion del pais en aquellos momentos; recordóles por supuesto la elevada posicion de Espartero y las maquinaciones de que se valió para llegar á tamaña altura, y díjoles por fin que si se negaban á seguirle en el nuevo camino que les presentaba, no echaría de menos su cooperacion, porque los soldados de la Princesa obedecerían la voz de su antiguo coronel. Ningun efecto produjo en aquella reunion la arenga del general: una voz sola se levantó en su apoyo: valiente, discreto, generoso el teniente Boria declaró en aquellos criticos momentos que abrazaba con alma y vida la bandera de la ex-regente, y que si fuera preciso, sellaría con su sangre tan solemne juramento. A los pocos dias marchaba al suplicio con una tranquilidad y una calma que fué la admiracion de los ven-

cedores, el orgullo de los vencidos y la honra de su familia. Hábil el general Concha, y aprovechando el desconcierto en que habian puesto sus palabras á los oficiales de la Princesa, hizo tomar las armas á la compañía de Cazadores, que saludó con estrepitosas aclamaciones la presencia de su antiguo coronel. Sostenido por aquellos valientes á las órdenes inmediatas del teniente Boria, el general Concha formó en el patio algunas compañías del regimiento, que abrazaron con decision y con entusiasmo el nuevo estandarte que les presentaba el valiente caudillo de Olmedilla. No haremos aquí una pomposa descripcion de aquella escena extraordinaria: los límites del periódico en que escribimos, y el plan que en esta biografia nos hemos propuesto, no nos lo permiten. Pero si diremos á nuestros lectores que nada hay mas elocuente, ni mas espantoso al mismo tiempo en la grandeza de su entusiasmo, y en el frenesí de su cariño, que el soldado español rompiendo los lazos de la disciplina militar, y entregándose todo entero á sus instintos generoso y á la voluntad del hombre que han visto señorear en los combates. Así fué, que desarmar el regimiento de Húsares, y emprender el general Concha su movimiento sobre Palacio, despues de tomar algunas medidas que mantubiesen libre su comunicacion con el cuartel, fué obra de un instante.

En marcha ya, supo el desgraciado suceso de la Guardia Real de infantería, y aunque preveia por consiguiente el desenlace funesto de la sublevacion, el temple de su alma, la religiosidad de su palabra solemnemente empeñada, y otras circunstancias que verán la luz pública cuando las pasiones cedan el puesto á la razon, le obligaron á continuar en su empresa sin decaer de ánimo, y puesto á la cabeza de aquellos generosos compañeros de su próximo infortunio. Al pasar por el cuartel de San Gil ocupado por los regimientos de lanceros y cazadores de la Guardia Real mandó hacer alto: casi todos los oficiales de aquellos cuerpos se hallaban ligados á aquel movimiento por vo-

luntarios compromisos: las puertas del cuartel se cerraron á la presencia de Concha. Inútiles fueron las palabras que dirigió á los soldados que contemplaban inmóviles desde las ventanas la arrogancia y la decision del jóven general, el continente grave y reposado de sus cazadores y el silencio imponente y magestuoso que reinaba en aquel extremo de la corte. Los lanceros y cazadores se contentaron con responder á los vivas que daba el general con otros vivas, y dijose despues con fundamento, á juzgar por las noticias que hemos adquirido, que se opuso á la salida de los escuadrones un comandante de los mismos que no participaba de las opiniones políticas de sus compañeros.

Ni este nuevo contratiempo desalentó el esforzado corazon de Concha. Emprendió nuevamente su marcha, y á los pocos minutos estaba al frente de la morada de nuestros reyes. Los centinelas del Real Palacio se opusieron á su entrada. El jefe que allí mandaba, comprometido tambien en aquellos desgraciados sucesos, no tenia conocimiento de la hora en que debia estallar el movimiento, y no dió con anticipacion las órdenes convenientes. Los cazadores de la Princesa se arrojaron en tumulto sobre los centinelas, y salvaron tal vez á su bizarro y antiguo coronel, que se veia amenazado por las bayonetas de la guardia provincial. Desde aquel momento el general Concha fué dueño absoluto del distrito de Palacio, y sus valientes cazadores solemnizaron con un «*viva la Reina*» su entrada en el regio alcazar. Esta espontánea aclamacion puso en alarma á los alabarderos, que, celosos de su honra y en cumplimiento leal de sus deberes en el puesto que ocupaban, emprendieron una lucha desigual, sostenida con empeño y decision por ellos, y abandonada á los pocos minutos por el teniente Boria, obedeciendo en esto las instrucciones de su jefe superior. No nos detendremos aquí á desvanecer y pulverizar la opinion de los que sostienen la magnitud de aquella célebre y asaz recompensada resistencia. Es verdad que hubo defensa, pero faltó el ataque. Ni al general Concha conve-

nia sostener un combate en aquel punto. Si la sublevacion triunfaba, ¿qué importancia tenia la obstinacion de 17 veteranos? Ninguna. Sin embargo, justo es decir que la guardia de alabarderos cumplió valerosamente sus deberes.

Colocado en tan dificil como importante situacion el general Concha, siempre sereno y previsor, tomó las medidas mas convenientes para impedir que el general Espartero, arrojado de su palacio de Buena-Vista, se precipitase sobre aquel punto, y se apoderase de la Augusta Persona de nuestra Reina. Ni un momento de tranquilidad, ni una buena noticia que diera fundamento á halagüeñas esperanzas de triunfo, embellecieron aquellas horas, las últimas del día 7 de Octubre. El general Concha acudía á todas partes para mantener en sus soldados el entusiasmo primero: estos oian con placer y con adoracion las palabras de su antiguo coronel, y no echaban de menos la cooperacion anunciada de otros cuerpos de la guarnicion. A las ocho y media de la noche ya estaba el general Concha cercado en el estrecho recinto de Palacio: sus valientes cazadores de la Princesa llegaban á la calle de Santiago, en la plazuela del Oriente, y hasta la casa del marqués de Malpica, por la calle Mayor. Alguna que otra descarga turbaba el silencio sepulcral que reinaba en todos los barrios de Madrid.

A las diez de la noche, minutos mas ó menos, se presentó en Palacio el intrépido general D. Juan de la Pezuela, entonces brigadier de caballería: Concha le detalló en pocas pero enérgicas palabras lo apurado de su situacion, y le rogó que se retirase, porque de nada servia aumentar el número de las víctimas. Pezuela con la franqueza de un buen soldado y la decision de una alma noble respondió que estaba resuelto á correr la misma suerte, y á arrostrar los mismos peligros que el bizarro caudillo de Olmedilla. Y sin atender á razones de gran monta para el porvenir, clavó las espuelas á su caballo, y atravesó, no sin grandes riesgos é inminente exposicion de ser reconocido, la linea enemiga formada de los batallones de la milicia nacional y el

de algunos regimientos que habian permanecido fieles al duque de la Victoria, olvidando palabras y juramentos prestados pocas horas antes en las aras de aquella funesta sublevacion.

A las once y media de la noche entraba por las puertas de Palacio acompañado de Pezuela el desgraciado conde de Belascoain. Gritos de entusiasmo resonaron en las bóvedas del alcázar de nuestros reyes. ¡Eran las últimas aclamaciones, la marcial despedida del ejército español al soldado del Monte Jura, al vencedor de Villarobledo!

Sabemos cuanto pasó en aquellos críticos momentos: las explicaciones de los dos caudillos son un misterio que revelará la historia: la edad contemporánea no es muy á propósito para que hable con llaneza y libertad un cronista. Baste sin embargo saber á nuestros lectores que la estrella de Diego Leon se habia eclipsado, y que la fatalidad levantaba ya las gradas de su glorioso patíbulo.

El general Concha recibió con sentimiento y con disgusto al general Leon: habia resuelto esperar la luz del dia, salvar por medio de una honrosa capitulacion la vida de los que le acompañaban, y poner fin á su existencia privando á sus enemigos del sabroso placer de llevarle como un bandido al banquillo de los criminales. La presencia de Diego Leon desbarató sus designios, y el noble conde de Belascoain ocupa hoy la página mas brillante de nuestra historia, y el lugar mas preferente en el martirologio político de esta edad azarosa y turbulenta.

Entre doce y una de la noche emprendieron su marcha los dos valientes capitanes, á la cabeza Concha de dos compañías de la Princesa, formando su retaguardia Leon con algunos soldados de caballería. A poca distancia de Madrid fueron cargados por dos escuadrones al mando del general Lemmery, y la confusion vino á poner término á aquel suceso político, calificado mas tarde de sublevacion militar por un consejo incompetente, y causa principal tal vez de la animosidad que se despertó contra la regencia del gene-

ral Espartero. La sangre de Leon abrió un abismo profundo, en que se hundió al cabo la regencia del Conde-Duque. La sangre que se vierte por crímenes políticos, ahoga siempre al partido que la derrama.

El general Concha arrojado de su caballo en aquella confusion fué á buscar entre las matas del rio y el puente de S. Fernando un refugio que le salvase del furor de sus contrarios. Allí estuvo hasta las seis de la tarde del dia 8, en que limpiando un poco sus ropas, y fiado en el buen temple de su corazon y en la serenidad de su espíritu se encaminó á la puerta de S. Vicente con ánimo de entrar por ella en Madrid. Una compañía de Luchana ocupaba aquel punto: Concha era muy conocido de aquellos soldados, á cuya cabeza habia atacado muchas veces los batallones carlistas, y torció desde luego su camino, y la puerta de Segovia le ofreció mas seguridades para verificar su proyecto. Ya en Madrid fácil le fué resguardar su persona con el apoyo de su familia y la buena amistad de sus antiguos compañeros. Sentimos que circunstancias especiales no nos permitan hacer aquí mención de los que tomaron una parte mas directa en la salvacion del caudillo de Olmedilla. Quédeles la satisfaccion empero de haber llenado sus deberes como cumplia á la hidalguía de su sangre, á la nobleza de su amistad no desmentida en tan difíciles momentos.

El 26 de diciembre salió Concha de Madrid para Portugal, y de allí se dirigió por Inglaterra á París, en cuyo punto permaneció pocas horas. Y ya que hemos llegado á este punto, no pasaremos en silencio las hablillas que por entonces corrieron sin fundamento, sin justicia ninguna. Díjose por algunos que el mal resultado de aquella jornada se debia á la ambicion personal de Concha, que pretendió llevar á cabo una empresa superior á sus fuerzas, superior al prestigio que en el ejército tenia. ¡Calumnia infame que los hechos posteriores de su vida política y militar han venido á destruir! el general Concha fué de las pocas personas que en aquel movimiento revolucionario cumplieron con lo

que prometido habian. La franca y verídica relacion que llevamos hecha de aquellos sucesos es un argumento incontestable, es una demostracion incontrovertible de esta importante verdad. ¿Dónde está la ambicion del general Concha? Compárese su hoja de servicios con las de otros de mas encoquetada altura, y se verá de qué parte está la ventaja, y se verá la justicia con que ciñe una faja ganada en el campo de batalla, combatiendo siempre contra los enemigos del trono y de la Constitucion. ¡Ambicioso el general Concha! Pregúntese al ministerio Lopez, si le costó trabajo vencer su repugnancia, cuando el gobierno provisional quiso recompensar su noble y valerosa conducta en Andalucía: véase la que ha observado despues, cuando el gabinete que *dignamente* presidia D. Luis Gonzalez Bravo tomó para sí una dictadura legislativa. ¡Ojalá tuviera esa ambicion, de que ingratos palaciegos le acusaban! La importancia de los sucesos de Octubre nos ha hecho detenernos en su narracion mas de lo que cumplia á nuestro propósito. Sigamos adelante.

El general *Concha* se estableció en Florencia, despues de tan desgraciados acontecimientos. Allí pasó una emigracion inmerecida, y lamentando la funesta dominacion de un hombre que elevado á la primera dignidad del Estado por el bando progresista, descartaba voluntariamente la legítima influencia que en la marcha de los negocios públicos debian ejercer los hombres mas autorizados del mismo partido. Tan extraña conducta convirtió en adversarios á sus amigos de mas valer, y al empezar la legislatura del año 42 se presentó franca y desembozada la primera coalicion, capitaneada por los señores *Olózaga*, *Cortina* y *Lopez*. El dia 28 de mayo fué derrotado solemnemente en las Cortes, despues de un empeñado debate, el ministerio *Gonzalez*. El general *Espartero* se burló esta vez de las prácticas constitucionales, y al ministerio de la Regencia única sucedió el general *Rodil*, funesto personaje que no representaba el pensamiento de la mayoría, y que no gozaba en aquellos momentos de ese prestigio moral que la opi-

nion pública concede á la virtud en los hombres honrados, al mérito en los hombres entendidos y estudiosos.

No cumple á nuestro propósito hacer una menuda relacion de los sucesos políticos que comprometieron la Regencia del *Duque de la Victoria*, y que prepararon el terreno para otros acontecimientos de mas cuantía, y en los que tomó una parte activa el general *Concha*. De todos es conocido el bombardeo de Barcelona, sabidas las causas que promovieron el alzamiento de los catalanes, y públicas las medidas ilegales con que el Regente de Reino coronó su entrada en la capital del Principado. Aquel triunfo que en manos de mejores gobernantes hubiera afianzado la dominacion del soldado de Luchana, sirvió solo para dar á su administracion un carácter de ferocidad inaudita, y á su entrada en Madrid, *D. Baldomero Espartero* fué recibido con frialdad por la milicia nacional, por esa milicia que algunos meses despues le dió un solemne testimonio de la venneracion en que le tenia.

Circunstancias de todos conocidas elevaron despues á la presidencia del Consejo al célebre tribuno *D. Joaquín María López*. Determinaciones oportunas de gobierno precipitaron la caída del elocuente diputado alicantino, y la ciudad de Málaga fué la primera que dió principio á una revolucion natural y justa, como que en ella se sostenia por los allegados al ex-Regente los intereses personales y el egoismo de una pandilla, y el principio parlamentario y la pureza de la Constitucion por los sublevados. El movimiento cundió con la rapidez del rayo, y las provincias todas de la monarquía alzaron la bandera del ministerio *López*, que dicho sea en abono y honra del Gobierno Provisional, habia proclamado en el seno de la representacion nacional «*la amnistia para los emigrados de Octubre.*»

El general *Concha* fué de los primeros que se presentaron á combatir en las banderas de la coalicion. La junta de Valencia, presidida por *D. Joaquín Armero*, aceptó la oferta que de su espada y de su vida le hizo el Vencedor de Ol-

medilla, y el ministro universal *D. Francisco Serrano* le nombró General en Jefe de las tropas que en Andalucía habian abrazado la causa del alzamiento nacional. Trasládose inmediatamente *Concha* á las provincias andaluzas; recibido fué con entusiasmo por el pueblo malagueño; sus palabras, su conducta toda dá un solemne mentís á los mal intencionados, que sembraban dudas sobre la pureza y verdad de sus principios constitucionales, y esa misma conducta le abrió las puertas de la morisca Granada, á pesar de las maquinaciones de algunas gentes, que mas tarde no se descuidaron en apoderarse del mas rico botin de la batalla. La actividad del general *Concha* en aquellas críticas circunstancias fué prodigiosa: los buenos resultados que dió á la causa que defendia, la templanza y generosidad con que trató á los vencidos, la imparcialidad y la justicia que en todas partes desplegó, y la habilidad con que, escaso de recursos y de tropas, en tan difíciles momentos se condujo, le valieron el aplauso de sus amigos, la gratitud de sus contrarios, y un nombre que no se borrará fácilmente de los anales de nuestra revolucion. ¡Ojalá nos fuera posible hacer un análisis detenido de sus movimientos militares, y nuestros lectores conocerían desde luego cuánta verdad encierran nuestras palabras.

Constituido en Madrid el Gobierno Provisional fué nombrado *D. Manuel de la Concha* Inspector General de Infantería y Teniente General de los ejércitos nacionales. Gran trabajo costó al Gobierno que aceptase estos dos empleos: cedió sin embargo á la voluntad superior con mucha repugnancia, y en el desempeño de la Inspeccion de Infantería dió pruebas de su distinguida capacidad como organizador, y de su justicia y su imparcialidad. El primer nombramiento que llevó á la aprobacion del Gobierno fué el del Brigadier *Turon*, que habia acompañado hasta las playas de Jerez al *Duque de la Victoria*.

Alzóse por estos tiempos en Zaragoza la bandera de la Junta central. El general *Concha* fué nombrado por el go-

bierno provisional capitán general de aquel distrito, y marchó inmediatamente á encargarse del sitio de aquella ciudad, monumento de tantas y tan brillantes glorias nacionales. Si se condujo con acierto *D. Manuel de la Concha* en esta empresa, una de las mas difíciles de su vida política, lo prueba suficientemente el desenlace de aquella sublevación. No era un pueblo sin arrojo y bizarría el que iba á sujetar; no era fácil imponer la voluntad del Gobierno y las condiciones de la situación creada por el último alzamiento á hombres decididos por la causa que abrazaban, acostumbrados á las privaciones de la vida militar, hostiles al gobierno provisional, briosos de corazón, tenaces de carácter, y en los que obraba poderosamente el recuerdo de un hombre que se habia ganado su afecto. No era fácil, sin grandes aprestos militares, sin numerosos y aguerridos batallones, sin recursos pecuniarios y en una mala estación, entrar á sangre y fuego en una plaza, que en tiempos mas calamitosos habia resistido los ataques de los mariscales franceses, y humillado el orgullo insolente de las águilas imperiales. El general *Concha*, sin embargo, no desmayó en presencia de tantos obstáculos, y con una voluntad de hierro, que es la primera cualidad de su carácter, empezó á formalizar un bloqueo, difícil de llevar á cabo con la perfección necesaria. De día y noche trabajaba el general *Concha*; ni una vez sola paró la atención en la inmensa responsabilidad que sobre él pesaba, si bien se estremecía á la idea de que la necesidad y el cumplimiento de sus deberes le obligasen á derramar sangre española.

A la vista el general *Concha* de los muros de Zaragoza dirigió á sus habitantes una proclama, de la que tomamos las siguientes palabras. — «Nombrado capitán general de Aragón, vengo á poner término á vuestros males, no á destruirlos ni envilecerlos.» — La conducta del general *Concha* durante el sitio fué ajustada estrictamente á este principio, eminentemente político. El general *Concha*, al mismo tiempo que se preparaba á conquistar por la fuerza de las ar-

mas á un pueblo sublevado, no dejaba de la mano los medios que pudieran traer las cosas á una terminacion pacífica. Repetidas fueron las conferencias que tuvo con los comandantes de la milicia nacional: en estas conferencias se captó la voluntad de sus contrarios, sin acceder á exigencias que consideraba depresivas de su carácter y de la dignidad del Gobierno Provisional, que en aquellos críticos momentos representaba. De vez en cuando se cruzaban algunas batallas entre los dos bandos combatientes, y entonces el general *Concha* ocupaba el sitio de mas peligro, dando así nuevas pruebas de su acreditada bizarría, y confianza de una victoria segura á sus soldados. Al cabo de algunos dias el general *Concha* entró en Zaragoza por medio de una capitulacion, tan honrosa para el Gobierno y el bizarro capitán que la firmaba, como oportuna por la situacion política del pais y la influencia que ejerció en el desenlace de los sucesos de Cataluña. Acusáronle algunos por entonces de débil y escesivamente generoso. El general no se dignó responder á estos cargos: su conducta habia merecido la aprobacion del Gobierno y la de todos los hombres honrados del pais.

El general *Concha* era diputado por la provincia de Cádiz en las Cortes últimas, y renunció la gran cruz de Carlos III con que quiso premiar sus distinguidos servicios el ministerio *Gonzalez Bravo*. Bajo este ministerio hizo dimision de la Inspeccion General de Infantería, que le fué admitida á las pocas horas de presentada.

El general *Concha* ha vuelto nuevamente á la vida privada. Constitucional por principios y consecuente por la nobleza de su carácter, su nombre no figurará nunca en las reacciones de ningun género. El trono de la Reina Doña Isabel II y la Constitucion de 1837 tendrán en él un valiente y celoso defensor.

Al escribir su biografia no nos hemos propuesto ningun objeto político. Amigos del general *Concha*, protestamos desde luego contra cualquiera interpretacion que se dé á

nuestras palabras, atribuyendo su sentido y su tendencia á influencias del vencedor de Olmedilla. Hemos relatado los hechos de su vida con verdad y con llaneza: nuestro es, exclusivamente nuestro el modo de considerarlos.

J. M. DIAZ.

LITERATURA Y LENGUA ALEMANA.

Si hubiéramos de entender por literatura el conjunto de todas las producciones del espíritu, que se manifiestan por medio de la escritura y el lenguaje, entonces el cuadro de la vida literaria de un pueblo habria de comprender el examen de su vida propiamente científica en todas sus ramificaciones, y en las vastas relaciones por donde se comunica é influye en los demás elementos de la sociedad. Pero la historia de la literatura no contiene la historia especial é interna de las doctrinas científicas, sino que se refiere únicamente á aquella parte de la vida y cultura intelectual, en que toman un interés vivo y directo, tanto los sabios como el pueblo en general. Filosofía, historia, la vida social, política y religiosa, tal como se representa por medio de la escritura ó de la palabra; la poesía en fin en su vasta extension forman los puntos salientes de la vida literaria de un pueblo. Esta vida comienza desde que el lenguaje y el genio nacional han llegado á tal punto de madurez y de fuerza, que pueden comprender y representar con originalidad los hechos y relaciones generales; desde entonces tiende incesantemente á perfeccionar y retratar por todo género de signos estos dos elementos esenciales de la cultura intelectual, segun el carácter, el grado de educacion, el estado civil del pueblo. Ahora sería casi ridículo dudar si Alemania posee una literatura nacional, como lo han dudado algunos precisamente en el periodo, mas brillante de la literatura poética de este pueblo. Alemania puede gloriarse hoy de que no solo no es inferior á ninguna nacion en el méto-

do y profundidad de los estudios científicos, en la riqueza y elevación de las ideas, en la robustez del espíritu filosófico y del genio poético, sino que se distingue y sobresale notablemente en el conjunto de todas estas grandes cualidades. Otra es la cuestión, y por cierto no fácil de resolver, si las producciones literarias de ahora corresponden dignamente por la solidez de los pensamientos y el clasicismo de las formas al alto renombre que ha merecido la literatura alemana; y decimos que es difícil de resolver esta cuestión, ya porque lo es el reconocerse y caminar con vista segura por entre la indefinida variedad y multitud de sistemas y de formas artísticas, que se cruzan y estrechan en todas direcciones; ya porque estos sistemas y estas formas se apoyan en principios de muy diverso valor; ya en fin porque todos estamos bajo la influencia de la época literaria en que escribimos, sometidos á determinados sistemas, á partidos, á simpatías y antipatías literarias, de suerte que el último fallo acerca de esto como de todo en el campo de la historia, es preciso dejarlo al porvenir, contentándonos nosotros con estudiar y comparar los hechos que pasan á nuestra vista.

Si miramos la literatura actual de Alemania por lo exterior, en su estadística, sorprende la multitud de producciones que salen á luz anualmente. Las conmociones de 1830 pusieron coto al movimiento incesante de las publicaciones literarias; se entibió el espíritu de empresa; se paralizaron los negocios en el mercado de la literatura: pero esto duró poco. Apenas dejaron las nubes un tanto despejado el horizonte político, comenzó á removerse otra vez la industria literaria. En estos trabajos tiene la Alemania protestante una parte mucho mayor que la católica. Prusia, Sajonia, Baden y Wurtemberg son los centros principales de la actividad intelectual; Austria y Baviera trabajan muy poco. Importa conocer la proporción con que se cultivan los diversos ramos del saber en aquellos países. La ciencia propiamente dicha, sobre todo en los estudios facultativos, lleva lo principal, aunque al paso grave y mesurado que le es

propio; y aunque hoy se publican con mas ligereza y superficialidad que antes estudios y colecciones preparatorias, sin embargo conserva Alemania, por medio de obras de verdadero mérito científico, su antigua gloria de aplicacion metódica y profunda á los estudios serios. La teología tiene sin duda sobre las demás facultades la ventaja del número de producciones: lo cual no tanto se debe al espíritu de controversia que sostiene en Alemania la diferencia de cultos, cuanto al gran número de sermonarios y pláticas que se publican anualmente, para satisfacer una de las principales necesidades del espíritu religioso en este pais. En la jurisprudencia, la medicina en todos sus ramos, las ciencias matemáticas y naturales, en todo lo cual lucha cada vez con mas esfuerzo la Alemania por arrancar á los extranjeros el laurel de la primacía; en la historia, la filología, la arqueología no se advierte disminucion de actividad, aunque muchos de estos estudios necesitan para prosperar cierto grado de paz y de progreso. Tampoco ha disminuido en lo mas mínimo el número de los escritos filosóficos respecto á la época inmediata anterior. Mayor y mas sorprendente es el aumento de publicaciones en las ciencias de Estado y Hacienda, en las profesiones industriales y la tecnologia en todos sus ramos. Esta parte de la literatura crece y mejora tanto como en el número, en la solidez y calidad de los escritos, á proporcion que crece el interés y la atencion general hácia las grandes cuestiones de que se ocupa. Tambien llena la pedagogia un grande espacio en el campo de la literatura, aunque debemos confesar que la calidad de los escritos en este género no corresponde á su grande número. Pero la gran corriente (digamos así) de la literatura la componen las novelas, los romances, las poesias con las gacetas y periódicos de todo género, en una palabra, la literatura de pasatiempo, que especulando sobre las necesidades del mundo lector, crea en correspondencia un mundo escritor, que prosigue el gran negocio de la produccion literaria con un espíritu de industria mas ingenioso y activo, que en nin-

gun ramo de la produccion material. Por último, no debemos omitir que la literatura actual se distingue por la multitud de escritos, que salen á luz cuando se promueve una cuestion, ú ocurre un acontecimiento de interés general: sirva de ejemplo la cuestion de Lorinser sobre los colegios de enseñanza; la vida de Jesucristo por Straus, los caminos de hierro, etc. Es imposible desconocer un hecho que cada dia se presenta mas de bulto; á saber, que la literatura del siglo se encuentra hoy sometida al influjo de los intereses materiales, los cuales ocupaban antes un lugar inferior y subordinado. La escritura y la imprenta se hacen muchas veces negocios de especulacion; entre los impresores y los libreros se ha formado una hermandad puramente industrial, fundada en las condiciones de la demanda y la oferta de las producciones literarias. Por indisputable que sea, cuando se forma una clase de sabios y de escritores en una nacion, que esta debe darse el parabien de ello, si se consagran á esta elevada vocacion los talentos mas independientes, los mas capaces; hay sin embargo muy poco de digno y grande que esperar cuando esta profesion se convierte en objeto de pura especulacion y ganancia material de una clase numerosa. El alto influjo de comunicacion y cultura social que pertenece á la literatura corre peligro de adulterarse ó aun cesar de todo punto, cuando el aplauso de la multitud determina la altura del precio de una obra, y la altura del precio es el objeto y la regla de los trabajos de espíritu. Tal estado de cosas harto real por desgracia hincha de una parte la corriente de la literatura á tal punto que deja perder en inmerecido olvido producciones de gran mérito; mientras de otra dá una importancia irregular y bastarda á las obras que se escriben para el vulgo. Fermenta en este género de industria un elemento democrático que crece y prospera con la osadía y el descaro de los pensamientos, con el espíritu de partido y la demagogia literaria. Este elemento quiere reinar, quiere arrastrar hácia sí el poder que en literatura como en to-

do pertenece solamente á los mejores, á los mas capaces; por esto se afana en invadir todos los intereses de la vida y de la sociedad; no para estudiarlos y dirigirlos con regularidad, sino para hacerlos servir á sus miras de desorganizacion y de trastorno en todos sentidos. Por esto los grandes acontecimientos, las situaciones sociales, los trabajos y la direccion del espíritu científico, las relaciones locales y personales son hoy traídas al medio del foro público, cuando antes no salían fuera de ciertos círculos de iniciados; por esto los asuntos que antes merecian un estudio y discusion profunda, pesada á veces, se tratan hoy con formas ligeras y superficiales, se hacen objeto de pasatiempo, de curiosidad y no pocas veces de la malignidad y la sátira; por esto el duro y precioso metal de la discusion científica se ha cambiado en moneda de vellon para que circule mas fácilmente en el pequeño comercio literario, al paso que se afecta un tono de profundidad y de gran dilocuencia, donde debiera bastar la lisa y sencilla narracion de los hechos.

A la verdad nuestro siglo es abundante en situaciones críticas, en peripecias y complicaciones sociales, políticas y científicas; y no debe culparse por cierto al espíritu progresivo de publicidad de que allane y demuela muchas pequeñas barreras tras de las que se parapetaban y mantenían resguardados de la atencion pública los hombres medianos, los caracteres de baja ley. Lo que produce males gravísimos, y despoja á los trabajos de espíritu de la solidez y dignidad de los pensamientos, del clasicismo de las formas, es que los estudios profundos retroceden y decaen ante la superficial y veleidosa atencion del público; que las tendencias y los principios consumen sus fuerzas en luchas violentas inaccesibles á un exámen razonado y á todo género de avenencia; que una agitacion irregular y febril vá desalojando aquellas influencias suaves y moderadas que solo prometen porvenir á los gérmenes largo tiempo madurados de la educacion nacional; que las personas no se sujetan á las cosas sino las cosas á las personas; que los

partidos literarios se afanan por sobresalir y señalarse, mas que por buscar lo verdadero, lo bello y lo bueno.

En la industria literaria, en medio de la riqueza creciente de los conocimientos científicos, y la pronunciada necesidad de poner en aplicacion las ideas generales, sobresalen dos fenómenos que caracterizan muy particularmente la literatura actual: la extesion é importancia del periodismo, y el aumento de las obras enciclopédicas. Nacido el primero de la necesidad de discusion política y de comunicacion literaria, llevó por mucho tiempo en Alemania una miserable existencia, hasta que en nuestros dias se ha elevado á una posicion tal que ofrece un partido honroso y digno á los grandes talentos, y tambien un asilo fácil y cómodo á los pequeños. La parte mas aislada de la prensa periódica es naturalmente aquella que se dedica á ramos especiales de ciencias positivas; pero aun en esta esfera el progreso y enriquecimiento de las ideas provoca incesantemente á nuevos trabajos, ya doctrinales, ya puramente críticos; habiendo crecido á tal punto el número de este género de publicaciones, que especialmente en medicina y ciencias naturales se ven ya periódicos dedicados exclusivamente á dar prospectos y reseñas de los demás; prueba clara de que no es puramente intermediaria la literatura alemana, sino tambien original, que necesita para ser conocida de una literatura intermediaria. De los periódicos generales científicos han sufrido grande oposicion las Gazetas literarias, de las cuales la primera fundada en Jena en 1785, trasplantada despues á Hall, habia comenzado una nueva época en la crítica científica de Alemania; pero la generalidad de su título no era del gusto del siglo. Por esto la Gazeta general literaria de Leipsic, despues de ensayos inútiles, ha tenido que pasar por una regeneracion, con lo que ha logrado mayor publicidad que las anteriores de Jena y Hall. El Indicador sabio de Gottinga ha perdido mucho de su mérito desde los sucesos desagradables de la universidad en 1837. Los Anales de la literatura de Viena y los Anales de Heidel-

berg viven de su antigua fama. Los Anales de Berlin para la crítica científica se conservan en el espíritu de su fundación. A este género pertenecen también los Anales de Hall sobre la ciencia y el arte en Alemania, fundados en 1837 y redactados por Ruge y Echtermeyer. El Indicador sabio de Munich fundado en 1836, parece, á lo menos según su circulación, que no ha podido salvar todavía los límites de una provincia.

En este campo de la crítica propiamente científica se observa en general, fuera de algunos casos en que vence el espíritu de partido y aun quizá las inspiraciones del amor propio, un tono profundo, severo y decisivo, una crítica no puramente negativa, sino positiva y fundada en principios sólidos y fecundos, trabajos á veces mas importantes que las obras á que se refieren. Para el objeto secundario de dar un prospecto manual, y al mismo tiempo el mas completo posible de la literatura en Alemania, está destinado el repertorio general de la literatura alemana redactado en Leipsic por el primer bibliotecario Gersdorf, reunido en 1834 con el periódico del mismo título que fundó Crist. Dan. Beck, y en 1836 con la «Bibliografía general de Alemania.» Un pensamiento análogo aunque en mas modesta esfera sigue el Semanario literario que se publica en Berlin, redactado por Meyen, y que fundó en 1834 Buchner. Mucho mas numerosos y variados son los periódicos dedicados á asuntos de puro pasatiempo y distracción. Mientras algunos de estos, como la «Hoja de la conversacion literaria» se sostienen en un tono serio é importante; otros como el «Extranjero,» la «Hoja literaria de la bolsa de Hamburgo;» el «Repertorio de la literatura extranjera,» que se publica en Berlin contienen, no solo asuntos ligeros, sino tambien estudios graves y fundamentales sobre muchas cuestiones importantes, especialmente respecto al extranjero: otros por último como la «Hoja de la mañana» la «Gazeta de la tarde» con una multitud de papeles análogos, unos se conservan en el espí-

ritu de su fundacion, otros se amoldan incesantemente á las cambiantes inclinaciones de la época, muriendo entre tanto al nacer no pocos ensayos y empresas. Como la existencia de muchos periódicos de este género suele ser tan efímera como los fines y tendencias á que sirven, procuran para prolongarla no solo entretener el ocio de los lectores, sino escitar y satisfacer sin freno hasta las inclinaciones mas groseras é innobles. En estas regiones interiores anida de ordinario el talento de baja ley, la hinchada superficialidad, el chiste grosero, el jacobinismo y el sansculotismo literario, que adultera é inficiona los mejores talentos, que consagrándose descaradamente al error y á la mentira, es tanto mas perjudicial, porque el público, que funda su conciencia y su opinion sobre estos escritos, pierde el gusto á toda otra lectura que no se presente bajo las formas de un verdadero escándalo literario. No podian menos de levantarse voces enérgicas contra tamaño desórden; hasta recordar entre otras el folleto del Dr. J. C. Hitzig «sobre la literatura como elemento de la vida social.» Berlin, 1838. En cuanto á periódicos escritos bajo el plan de las revistas inglesas no han echado aun en Alemania profundas raices; de los «Anales Germánicos» comenzados con tan brillante aceptacion por G. Gervinus en 1835, y cuya introduccion debe señalarse como un cuadro exacto y profundo del periodismo aleman, solo ha aparecido hasta ahora una entrega; y solo el tiempo puede decir el éxito que tendrá. Respecto á la prensa política, que desde 1830 ha hecho grandes esfuerzos por representar la opinion pública, pero que toca de lejos á la vida propiamente literaria, merece articulo especial.

Las enciclopedias, cuyo origen sube en Alemania á una época remota, se han multiplicado notablemente en los últimos años. Los propiamente llamados diccionarios de la conversacion, son en gran parte continuaciones é imitaciones de la primera obra en este género trabajada por J. A. Brockhaus; entre los demás consagrados á asuntos especia-

les, son dignos de mencion: el Diccionario doméstico redactado por el profesor Fechner (8 tomos, Leipsic 1834-38); y el diccionario político dirigido por Welcker y Rotteck (tom. 1-4; Altona 1834 y sig.), que es el mas importante como redactado bajo el espíritu de un pensamiento político que ha tenido grande influencia en el desenvolvimiento y progreso de la vida pública en Alemania. En cuanto á las ventajas ó perjuicios de las enciclopedias, es fuera de cuestion que las unas y los otros andan estrechamente unidos; el público aplaude en las enciclopedias no solo la facilidad de adquirir en breve las nociones mas importantes sobre las ciencias, las artes y aun los oficios industriales, sino la comodidad que ofrece para la aplicacion inmediata, la manera con que se explican aquellas. Acaso muchos lectores no ven en los articulos de una enciclopedia otra cosa que articulos de un periódico; pero esto sería confundir la naturaleza de estos dos géneros de escritos: el periodismo se mueve en una atmósfera pasajera y movable; retrata la vida en su marcha rápida, á veces precipitada y violenta: la enciclopedia penetra mas en el fondo de las cosas, buscando en ellas lo real y permanente, principios de segura aplicacion. La enciclopedia trabajada con esmero es la enemiga de la erudicion superficial y vana, lejos de fomentarla. Como quiera son un buen medio de estender en todas las clases del pueblo la cultura y la civilizacion; pero no pueden menos de carecer de la severidad del espíritu científico.

Nos era preciso determinar en su contorno exterior los fenómenos que caracterizan en una esfera secundaria; pero basta las relaciones entre la produccion literaria y las necesidades é inclinaciones del pueblo; ahora en cuanto á la vida intelectual de un orden superior, la cual independiente en su marcha de exigencias y condiciones materiales prosigue la alta y noble empresa de dirigir y purificar la educacion moral del pais, aunque ha llegado á comprender su objeto, está muy lejos de cumplirlo enteramente toda-

vía; y por otra parte se encuentra hoy en la plenitud de sus fuerzas. A la verdad si venimos á lo presente desde la época anterior, habrémos visto pasar de esta vida uno tras otro los genios que en el período mas glorioso de nuestra literatura eran el orgullo y el ornamento de Alemania; aun no hace mucho á Goethe y á Schiller siguieron Schleimacher (en 12 de febrero de 1834), Guillelmo Humboldt (en 18 de febrero de 1835), conde de Platen (en 5 de diciembre de 1835) Daul (en 22 de noviembre de 1836), Ancillon (en 19 de abril de 1837), Adalberto Chamisco (en 21 de agosto de 1838); pero no se ha quebrado en estos el lazo espiritual que une lo presente á lo pasado no solo de ayer sino de siglos. Una nacion que posee un grande y rico pasado, encuentra en los nobles ejemplos que éste le ofrece, un manantial perenne é inagotable de vida propia. Hay además mucho que esperar de un pueblo que como el aleman cultiva con ardor infatigable su literatura nacional. A los nobles esfuerzos para escitar el interés hácia la literatura de la edad media, que comenzaron en la cuarta mitad del siglo anterior, se han unido recientemente los trabajos profundos y severamente históricos de Jacobo y Guillelmo Grimm, Lachmaun, Grat y otros muchos. Tambien es un hecho significativo el entusiasmo con que es recibido en el mundo literario todo lo que pertenece á la época clásica de nuestra literatura, como lo prueban las multiplicadas ediciones de las obras de Leibnitz (escritos alemanes publicados por Guhraner, un tom., Berlin, 1837) Goethe, Lessing. Kant, Hegel en primera línea; Heinse, Burger, Voss, Jume, Hebel, Miquel Beer, Th. Körner, Baggesen y otros en segunda y tercera; la aceptacion con que se han recibido en todos los círculos literarios las cartas entre Goethe y Gelter (6 tomos, Berlin, 1833-35), las cartas de Goethe, Herder, Wieland á Juan Enrique Merck (publicadas por K. Wagner, Darmstadt (1835); cartas de Enrique Merck (publicadas por Wagner, Darmstadt (1838); correspondencia de Kuebel (publicada por Varuhagen V. Euse y Th. Mundt

3 tomos, Leipsic, 1836) y otras muchas producciones literarias del siglo anterior que salen á luz por primera vez. Goethe continua siendo objeto de muchas controversias literarias que se sostienen en diversos sentidos. Sobre la tumba de Schiller se reunen pocos campeones; fuera de una preciosa adición á su biografía escrita por Streicher (unida de Schiller de Stuttgard, y su mansion en Mannheim 1782-85: tom. 1-2, Leipsic, 1837-38) solo debemos mencionar la obra de H. X. W. Hinrichs «Poesías de Schiller segun su órden cronológico y su enlace íntimo» ensayo importante donde se ordenan las producciones de este genio bajo un plan dispuesto en formas tan severas y abstractas como la lógica de Hegel. Por lo demás, el silencio que se observa acerca de Schiller demuestra que está ya formado acerca de él el juicio del público: siempre ocupará un lugar de primacía en Alemania, por mas que una crítica purista y mezquina haya pretendido rebajar su mérito, lo cual produjo de paso una reaccion contra Goethe no menos interesada é injusta.

Debemos mencionar por último los trabajos que se han hecho sobre la gramática y la estética de la lengua alemana. Fuera de los diccionarios cuyo catálogo solo merece un artículo aparte, la «gramática alemana» de Jacobo Grimm ha hecho dar un grande paso á estos estudios, porque no solo ha fundado la filología germánica, sino que ha ejercido una influencia decisiva sobre la manera de estudiar la lengua. Tambien los dialectos provinciales han llamado la atencion de los filólogos (L. Wienbarg «Debe corregirse ó abolirse la lengua vulgar alemana» Hamburgo, 1834 — J. A. Schmeller, diccionario de la lengua Bávara; 4 tom. Tübinga, 1827-37 — T. Tobler «Tesoro de la lengua de Apenzell, Zurich, 1837). Sobre el arte métrico y la rima alemana se han añadido á los antiguos trabajos de Moritz, Boss y otros, la obra de M. Enk «sobre la medida y cantidad del verso aleman» Viena, 1836. — E. Freese, prosodia alemana; Stralsund, 1837, y la obra del mismo «sobre los aso-

nantes alemanes » Stralsund, 1838. Menos favorable juicio nos hace formar la aplicacion con que se cultiva la lengua en cuanto á su arte puramente estético: (lo bello en las formas del lenguaje). Porque en tanto que una cierta facilidad y armonía de expresion, cualidad de casi todos los escritores, tiene su origen en la rica y cultivada articulacion de la lengua, hay muy pocos que posean un estilo sólido, aquilatado y original: muchos que estan dotados por otra parte de un verdadero talento en cuanto al fondo de las ideas, sacrifican el alto estilo á ciertas maneras artificiosas y superficiales que chocan y agradan al vulgo de los lectores; pero en vano se busca hoy la noble sencillez y diafanidad de la prosa de Goethe, la clara é ingenua sencillez de Lessing, el fuego eléctrico de Schiller, la rigurosa concision de Juan da Müller ó algo parecido. Mas bien se encuentra, para hablar de alguna de las muchas maneras usadas de estilo, la realidad plástica, y el paso magestuoso de la expresion cambiada por los matizados arabescos de un gracejo picante y de una fantasía desarreglada; conocen los que se pagan de estas maneras que antes se nota cuando se salta y se baila que cuando se anda á paso mesurado: y en tanto que los antiguos, estos modelos inimitables de estilo, cuidaban esmeradamente de distinguir la forma prosáica de la poética, hoy se tiene como progreso el confundirlas ambas. (Vid. Mundt, arte de la prosa alemana, Berlin, 1837). Pero confundir ambos géneros, y desconocer la naturaleza y el carácter de ambos, mientras que la diferencia íntima y fundamental entre ellos se apoya en la naturaleza de las cosas, como se apoya tambien el que el desconcierto que presenciarnos solo puede interesar por su novedad.

Ahora, en cuanto á lo que hay de íntimo y esencial en cada ramo de la literatura bajo el punto de vista histórico y filosófico, es asunto que merece ser tratado de propósito, y tanto mas cuanto que no sería posible considerar sin parcialidad el todo de tan variados fenómenos como nos presenta este cuadro en la relacion que pudieran guardar con

determinados principios y hechos generales. Se cruzan hoy tantos intereses, tantas direcciones y esfuerzos en el campo de la literatura, de los que cada uno tiene su centro y su esfera individual; se hacen valer ante el público bajo tan diversas formas, con tan varios grados de talento, se tocan y modifican en el comercio comun de tantas maneras, que casi requiere cada uno ser tratado por sí é independientemente. Una cosa se echa de ver sobre todas y á primera vista, que el carácter de nuestro estado social y político influye poderosa é incesantemente en la literatura; que la lucha entre un partido de movimiento y otro conservador con todas las variantes y fracciones que caben entre los dos puntos extremos se representa en la literatura tan exactamente como la vida política. Este espíritu de oposicion radical é íntima va penetrando tambien en el campo de la ciencia, hasta en lo mas elevado de las escuelas filosóficas como se observa especialmente en la filosofía de Hegel, en la teología, en la historia, lo mismo que en la novela y el periódico. Los conservadores no pueden hallarse bien en una época en que mal de su grado son impelidos hácia un porvenir incierto y oscuro; los hombres del movimiento al contrario estan contentos con sacudir la cabeza hácia adelante, lo cual en verdad solo requiere movimiento por amor de movimiento, sin preguntarse hácia que fin ú objeto marchan, y aun sin reflexionar si este fin merece ser conseguido, si vale algo en sí. Porque este vago presentimiento del porvenir es en el órden racional una idea tan vaga y ancha que admite en sí tanto lo malo y despreciable como lo bueno y sobresaliente. Así los radicales de un partido ni de otro no han podido mantener exclusivamente el campo de la contienda, á lo menos en las regiones apartadas del contacto inmediato de los intereses materiales, y en las que lo ideal del arte y la ciencia siempre renace y se levanta del polvo del combate puro y resplandeciente en su eterna verdad y belleza. Tan elevado punto de vista sobre la direccion y los fines de los partidos requiere necesariamente una investiga-

cion filosófica é histórica especial. En cuanto á la relacion de la filosofia con los demás ramos de la literatura, debe notarse que aunque la tendencia general á investigaciones rigurosamente sistemáticas no puede apreciarle exactamente, sin embargo hay en el espíritu del siglo una verdadera necesidad filosófica de estudiar las cosas y los acontecimientos en sus altas relaciones de buscar en lo individual lo general, en lo accidental lo esencial, en lo variable lo real y permanente. La escuela de Hegel trabaja con un celo infatigable por satisfacer esta necesidad; como la de Kant, aunque en distinta direccion, procura penetrar en lo íntimo de las relaciones y los hechos que nacen sobre el terreno de la vida práctica, ó por lo menos fijan el contorno y las formas permanentes de estas relaciones. Por esto, aunque la vida práctica y el genio artístico no tienen puntos de enlace directo con el formalismo de la escuela, esta sin embargo se ha apoderado de ellas por el elemento intermedio de la alta critica. El lenguaje da ya señales de este nuevo elemento en el órden intelectual; aunque, sea dicho en verdad, no han resultado de aquí grandes ventajas á lo material de la lengua, porque la fuerza asombrosa de espíritu con que Hegel consiguió amoldarla á sus propias ideas y á su manera de pensar es harto difícil de poseer, y el colorido exterior del pensamiento que se ha querido imitar de él, consiste solo en algunas palabras y giros extraños que á la verdad convienen á todo por su abstracta generalidad, pero que hacen desaparecer, y borran en medio de una monotonía insignificante el sello y carácter vivo que corresponde á la exposicion de un asunto individual.

Mas libre y desembarazada marcha la literatura histórica, que se acomoda mejor tambien al realismo de la época. La Alemania se ha señalado siempre en los estudios profundos históricos; y en cuanto al arte en este género de la literatura ha adelantado notablente. Se ha llegado ya á comprender y sentir bien la importancia y dignidad de la historia. Es preciosa y de primer órden acerca de esto la

obra de G. Gervinus «lineamentos fundamentales de la historia» (Leipsic, 1837), y esta idea se sostiene viva y pura en todos los que se dedican á escribir la historia en Alemania. Entre ellos, además de Fr. Chr. Schloller (sobre el cual ha publicado una excelente memoria G. Gervinus en sus opúsculos históricos, Karelrue, 1838) F. Raumer, Leop. Rauke, G. Gervinus, ocupan otros muchos un señalado y digno lugar. A sus trabajos debe la literatura histórica muchas nuevas riquezas. La «Historia de los pueblos Europeos» dirigida por Heeren y Uckert, adelanta rápidamente. Además de la historia de Alemania por Pfister, se publican desde 1834 la historia de Austria por Mailath, de Inglaterra por Lappenberg, de Francia por E. A. Schmid, de Portugal por Scheffer, y otras. De la historia del pueblo Aleman por Ludens, y la historia de Prusia hasta el fin de la soberanía del orden teutónico por Voigt, han salido ya á luz dos tomos: la nueva edicion de la historia del siglo XVIII por Schloper puede considerarse como una nueva obra: la obra de Rank «Príncipes y pueblos del Sur de Europa en el siglo XVI y XVII» está concluida; Raumer no solo ha continuado hasta 6 tomos su «Historia de Europa desde el siglo XV» comenzada en 1832, sino que en repetidos viajes á Inglaterra y Francia ha aprovechado ventajosas ocasiones de examinar y utilizar preciosas fuentes hasta hoy desconocidas, habiendo además publicado estos viajes. El «Archivo histórico» de Schloper y Bercht, los libros manuales de historia continuados por Raumer y por Mayr, sin citar las obras de H. Leo, Kortiun, W. Wachsmuth Flathe, Rehm y otros, sostienen y avivan el interés de las clases cultas hácia este género de literatura, ó dan á luz preciosos materiales y documentos. Finalmente tambien se ha adelantado mucho en la biografía: de las obras de este género recordamos solo la «Vida del general de Winterfeld» por Varnfizgen V. Euse (Berlin, 1836); la «Vida de la Reina de Prusia Sofia Carlota» del mismo; (un tom. Boun, 1837); la obra de Fr. Forster sobre Walenstein (Postdan, 1834)

y sobre Federico I, de Prusia (Postd., 1834 y siguientes): los estudios de Preusz sobre Federico el Grande, que pertenecen ya á una época contemporánea: finalmente la Historia de Inocencio III, por Hurter (dos tom. Hamb., 1834), la cual como la de Federico, segun es la importancia de los personajes para los términos de una pura biografía. Es de observar sobre todo el celo especial con que se estudian no solo los períodos mas influyentes de la historia, sino la historia de provincias y comarcas particulares, las instituciones, los usos y las costumbres, como tambien la diligencia en reunir y examinar los documentos históricos de todo género, de lo cual entre otras cosas es una muestra el gran número de colecciones de antigüedades. Se revela en este movimiento intelectual un fondo de buen sentido histórico, fundado sobre la conviccion de que el prospecto de la Historia universal solo tiene su base en las historias particulares trabajadas de antemano, señal de prósperos resultados para el porvenir. Entre tanto la geografía y las obras excelentes de muchos viajeros traen continuamente á la historia ricos é importantes materiales. Ni debe omitirse por último que apenas se publica alguna obra histórica importante en el extranjero sobre todo en Francia é Inglaterra, al punto es traducida una ó mas veces, y trasplantada sobre el terreno aleman, siendo especialmente apreciadas las memorias, y los demás escritos sobre la historia de los últimos cincuenta años.

En cuanto á la poesía, conviene determinar ante todo la proporcion con que se cultivan los diferentes géneros de literatura poética. Las fuentes de la Epopeya se han secado hace tiempo; y sería supérfluo demostrar aquí por qué este género no puede hallar en la civilizacion moderna asunto que le sea conveniente. Ocupan hoy su lugar la Historia y el Romance. La mayor parte de las poesías en forma épica, esto es, en exámetros ó estancias, que aparecen alguna vez, y que cuestan laboriosos esfuerzos aun á los mejores talentos, son solo cantos de algun suceso histórico, ó alguna

atrevida empresa, que pasan y se olvidan sin dejar profunda impresion. Aunque pudiera hoy tratarse convenientemente un asunto épico, debería admitir el elemento lirico, como sucede en el «Ahasverus» de J. Mosen, y el «Savonar-da» de Nicolas Lenan. La poesía dramática alienta tambien una vida débil; carece por una parte de talentos sobresalientes, que le den una nueva direccion; por otra influye sobre ella la decadencia del teatro; pero el tratar detenidamente de esto merece un artículo aparte.

Incomparablemente mas lozana y robusta florece hoy la poesía lírica alemana: no hablemos de la sorprendente multitud de colecciones poéticas, que en medio del grande movimiento literario de este pais, nacen todos los años como nacen á las orillas de los arroyos arbustos sin flor ni fruto; pero debemos mencionar á Uhland y Schwal, Nicolás Lenan, y Anastasio Grün, Ruckert, Platen, J. Kerner, Chamillo, Ptizer, Feuchtersteben, Freiligrath, Hoffmann, V. Fallersleben, Mosen, Carlos Beck, nombres de poetas, que unos están en toda la fuerza y plenitud de su inspiracion, otros han comenzado su carrera, otros han cesado de escribir hace tan poco, que todos pueden ser considerados como contemporáneos para contestar á la injusta censura, de que las fuentes de la poesía lírica no corren ya abundantes ni puras en Alemania, ó que se ha estinguido el gusto hácia este género de inspiracion. Porque en cuanto á esto último está bien claramente desmentido por las repetidas ediciones de las poesías de Uhland, Schwal, Chamillo, Ruckert, Platen, A. Grün, y ni aun las poesías de Goëthe y Schiller han alcanzado tan grande propagacion como la que han obtenido en los últimos años por medio de repetidas ediciones las de Uhland y las de Ruckert, sobre todo despues que este genio se ha decidido á recoger los tesoros diseminados de su «Intuicion del mundo», que es toda lírica. Y es tanto mas superior el pensamiento y el genio de la lírica de Ruckert á la severa critica, cuanto que se mueve sobre la esfera de la sensibilidad material, del placer ó del dolor

externo: la naturaleza, el amor, el arte, la historia en su mayor elevacion y generalidad, cual conviene al carácter fundamental de la lírica, son el objeto de sus cantos inspirados. Las poesías de Ruckert tienden á lo grande y universal: procuran fortalecer interinamente el ánimo agitado por el placer y el dolor, y librarlo de su prision material por el poder del pensamiento poético. ¡Cuánto sobresalen en este género el «Laienbrevier» de Scheffer, y la «Poesía didáctica» de Ruckert! Una lírica que da tales frutos tiene hondas raíces, y da muestras de larga y robusta vida: ella está destinada á ser no menos que la ciencia una virtud de unción y de salud para separar los elementos corrosivos que prenden y se arraigan en el corazón humano, y aun para convertir el veneno en medicina. Mas inmediatamente allegado á la vida material, aunque no por esto menos rico de influjo, ni menos capaz de nuevos adelantos y mejoras, es el romance, ó como se llama hoy con poca propiedad por cierto, la novela. Porque por difícil que sea encontrar entre el número de romances que sale á luz todos los años, muchos que puedan ser citados como modelos clásicos en el fondo y en las formas, no es posible sin embargo desconocer la importancia de este género de literatura, de esta epopeya de la sociedad moderna. El romance es mas que ningun otro género de poesia capaz de amalgamarse con todos los intereses, deseos, locuras, placeres y dolores, vicios y virtudes; él penetra la esfera de la fé, de la filosofía, de la política y la historia, de la familia, de cada estado en particular en todas sus variedades y relaciones; él es accesible á todos los grados del talento por la individualidad de los hechos que pone en escena, y se hace interesante por las grandes y bellas proporciones con que los representa; él es el compañero y como el primero que tiene la palabra en todos los estados y variaciones sociales. Por esto hoy, que no sirve de puro pasatiempo, sino que sigue una direccion determinada y reflexiva, se enlaza estrechamente á cada grado de cultura social; así la comparacion del romance inglés, francés y aleman nos indica

el carácter y el genio de la vida social de estas naciones, á pesar de que hoy la uniformidad de la civilizacion moderna haya hecho desaparecer aquí y allí algunas diferencias. Por esto la aceptacion con que son recibidas en un pais las producciones de otro debe considerarse como una señal de las inclinaciones que dominan en el público, y de la direccion de la vida social; aunque para que este juicio sea exacto, hay que pesar además muchas otras circunstancias. En estos últimos años la Alemania se ha inundado de producciones extranjeras, francesas, inglesas, danesas, rusas, etc. Las inglesas y las francesas son las mas notables; pero ¡qué diferencia hay entre el delicado y concienzudo carácter de las novelas de Bulwer, y el desgarró y desórden de una Dudevánt; ó entre el humor acre y cómica ingenuidad de un Mariyat y Dickens, y el frívolo libertinaje de un Pablo de Kock! ¡y quién pudiera no desear equivocarse en deducir de que todo esto es igualmente traducido, que el pueblo alemán lo aplaude todo igualmente! Conviene observar sin embargo que lo que ha traído á Alemania el influjo de la moderna literatura francesa es la creacion de la sociedad llamada «Jóven Alemania», que profesa harto á las claras no la reorganizacion, sino la disolucion de la sociedad, para que puedan temerse demasiado sus tendencias. Emancipacion de la mujer, esto es, destruccion del órden doméstico; emancipacion de la carne, esto es, demolicion de toda barrera de moralidad, evaporacion de todo sentimiento de virtud, tales eran las dos palabras sacramentales de su evangelio, que variaban de mil formas, y hacian penetrar en la religion y en la política, que debian ser iluminadas y resucitadas por los rayos del democratismo; hasta que despues de haber pasado sin influencia un escrito de Max. José Stefani «H. Heine, y una mirada sobre nuestra época.» Hall, 1834, las ideas de Menzel sobre la obra de Gutykose, «Wally», pusieron en conmocion al público y aun á los gobiernos; despues de lo cual los miembros mas esclarecidos de la jóven Alemania, cuyas ideas y conducta ha puesto en claro Gutykose,

bajo el nombre de «Literatura de pólvora», creyeron mas prudente volver al círculo de lo existente, consagrado por la razon, la moral y las leyes. Por lo demás, es dudoso que muchas otras obras de la literatura romántica del último año puedan colocarse en la misma línea que las tendencias originales de la jóven Alemania; tal como «los Epigones» de Imerman: á pesar de la aparente analogía entre unos y otros, hay sin embargo diferencias esenciales en el fondo.

Un tan reducido espacio de tiempo como hemos recorrido está demasiado enlazado con lo pasado para que podamos formar sobre él un juicio independiente y completo. Pero vemos crecer y extenderse cada dia el poder del pensamiento y de la palabra llevados hasta la choza del pobre en manos de la industria literaria; ojalá recordára el pensamiento su elevado ser y la grandeza de sus fines! Alemania se enriquece todos los dias de virtudes y talentos sólidos elevados, que se encaminan hácia la verdad y el bien; ojalá se apoderen ellos solos de la atencion y del interés del pais! Porque para concluir con algunas palabras de un escritor antiguo: no es posible fijar de antemano la marcha de la cultura ni de la manera comun de pensar en un pais; pero es imposible que por mucho tiempo y en una vasta extension se haga general y permanente un determinado estado social, cuando se compone de mudables opiniones, de leyes inseguras, de intereses locales reducidos, de gustos frívolos, de sentimientos someros y aparentes. Solo lo que por su naturaleza es real y sólido en el pensamiento y en la razon, lo verdadero, lo digno, lo clásicamente bello, con aquellos grandes hechos históricos que llenan el espíritu por su alta y general importancia, mas que por intereses apasionados y egoistas de nacionalidad, solo esto puede formar un centro de vida intelectual, que eduque á los hombres en la moralidad y en el bienestar, que nunca le alcanzan sino por la elevacion del espíritu, y la enerjía y pureza de la voluntad.

JULIAN SAENZ DEL RIO.

ODA

A LA DEFENSA DE SEVILLA (1).

¡España! ¡España! amada patria mía!
 ¡Patria de los valientes,
 Que el largo oprobio de tu faz borraron!
 Cuando tu afecto de mi pecho salga,
 Mi cantar abatido
 Sepúltese en el polvo del olvido.

LISTA.

EL es ¡oh! vedle: en su semblante oscuro
 Revuelve inquieto los infaustos ojos,
 Como hiena espantable que sedienta,
 Al mirar de su rabia los despojos,
 La sed de sangre en su furor aumenta.
 De estirpe baja y corazón esclavo
 El fué el ingrato que, en maldad extraña,
 Rasgar pensaba el pabellon de España;
 Y con su enjambre inmundado
 Ahogar también el ardimiento bravo
 Del pueblo que dió á Europa un nuevo mundo.
 Alzó la vista hácia el dosel radiante,
 Do en noble y fiera ostentacion de gloria
 Tiende sus garras el leon rapante;
 Manchó las gradas con su impura planta,
 Y en ecos tristes resonó el recinto,
 Al ver hollada la mansion de reyes
 Y el águila imperial de Carlos Quinto.

(1) Esta composicion obtuvo el primer premio, que consistia en un clavel de oro y en el título de sócio de número de la Academia Sevillana, en el certamen poético acordado por la misma corporacion sobre el sitio de Sevilla.

»¿La hermosa patria donde fué Numancia;
La patria de Guzman así consiente
Ajar su pompa y sin igual decoro,
Ciñendo lauros y coronas de oro
De ese Atila feroz á la vil frente?
¿Dónde estan ya sus bravos campeones,
Honor de Cerinola y de Pavía,
Que llevaron el susto á las naciones,
Cuando en sus fuertes é invencibles brazos
La espada centellante arder se vía?

»¿Qué fué, decidme, del glorioso imperio
Que abarcó al hondo mar, que nunca viera
Declinar en su espléndido hemisferio
La pura luz de la eternal lumbrera?
¿Y aquellos fastos de valor y gloria,
Y aquellos triunfos que miró rendido
Y absorto el orbe con terror profundo,
Los torna en mengua con tan torpe olvido
La reina un tiempo del inmenso mundo?

»Sús, varones, volad: nuevo ardimiento
Al libre infunda la triunfal bandera,
Que en torno al solio de Isabel primera
Le dió á Gonzalo celestial aliento.
La ansiada libertad sin mancha impere;
Que el pueblo débil que en la infamia vive,
Só el yugo indigno de opresores muere.»

Así escitára á la española jente
Su jenio tutelar. Sus nobles ecos
Resonaron en Málaga y Granada,
Y de guerreros escuadron valiente
Empuña al punto la fulmínea espada.
Se abrió de Jano el pavoroso templo,
Y España toda con guerrera pompa
A Europa dá de libertad ejemplo
Al eco rudo de la fiera trompa.
Comienza la atroz guerra;

Rápido rueda de Mavorte el carro;
Que nunca esclava se miró la tierra,
Do tuvo asiento el español bizarro.
¿Le miras ya, traidor? Súbito hielo
Se desliza en tu pecho y en tus venas;
La vista errante en congojoso anhelo
Confuso tiendes á tu grey de hienas;
Y al ver que tiembla en confusion horrible
Devorada tambien de afan interno,
Sientes el fin terrible
Que á las traiciones destinó el Eterno.

No hay paz ya para tí; no hay ya bonanza.
En el fiero estertor de tu agonía,
Sin tregua en el pesar, con flojo aliento
Caminas á la hermosa Andalucía,
Abismado tu triste pensamiento
Con ensueños de gloria y de venganza.
¡Oh ciego frenesí! ¿Piensas acaso
Mirarte ledo en la imperial Sevilla,
Sin ver que dista de tu afrenta un paso?
¿Hundir su libertad pensó tu encono,
Si pura siempre en sus leales brilla,
Y cada pecho le consagra un trono?
¡Ah! no, nunca será: los varoniles,
Los fuertes hijos del guerrero santo (1)
Jamás dan tregua á sus contrarios viles,
Que á España envuelven en horror y en llanto.
Para pechos magnánimos no hay muerte:
Si al crimen sigue el destructor recelo,
Jamás dá susto á la virtud la suerte,
Que solo premia á la virtud el cielo.
¿No ves desde esa falda
El pendon invencible de Castilla
Ondear al viento en la gentil Giralda?

(1) Alude el autor á San Fernando.

El á mostrarte vá cuanto hay del bravo
Al que siempre de infamias hizo alarde;
Que no hay valor en mercenario esclavo,
Ni en pecho noble corazon cobarde.

Arranque y tale la feraz campiña

Tu hueste asoladora,
Y en negra sangre sus verdores tiña:
Yerme los campos de amaranto y rosas,
Do vierte Flora su eternal tesoro
Y sus alas de azul, de nacar y oro
Ostentan las pintadas mariposas.

Destroze de la Europa

El aromoso eden: á tu vil saña,
A tu sed de ambicion y orgullo fiero,
Sevilla opone en su lealtad á España,
Y el fuerte pecho á tu iracundo acero.

¿Mas qué bronco ruido

Asorda en rededor el vago viento?

¿Es tremendo huracan, ó el estampido
Del trueno horrisonante

Que en sus ejes conmueve al firmamento?

¡Ah! no, ¡cielo, imposible! ¿tanto encono
Infunde al hombre la ambicion odiosa,
Que en sangre ledo y entre el mal reposa,
Si paso le abren al brillante trono?

Quema, destruye, arrasa

Con el fuego voraz de tus secuaces,
Que en son tremendo sin cesar retumba,
Nuestros templos y lares, nuestras haces,
Que nada nuestro espíritu avasalla;
Si á tus tiros es débil la muralla,
En cada brazo encontrarás la tumba.

Mas ¡hay! que el fuego crece,

Y el fiero estruendo del cañon tronante:
Agitado en extenso remolino
Se inflama el aire, en lumbré resplandece;

Y en nubes cenicientas ondeante,
Al fragor de las bombas y entre el duelo
Asciende el humo hasta el remoto cielo.
¡Impía, horrenda furia,
Bárbara atrocidad! tiembla, inhumano,
Tiembla, si; el ancho mundo, los que jimen
Al golpe inicuo en la feroz matanza,
Todos maldicen tu espantoso crimen,
Y hasta el cielo se cierra á tu esperanza.

¡Ay! que su negra sombra
La fiera asolacion en torno tiende!
¡Al triste pecho asombra
La llama horrible que en la noche esplende,
Y á la hercúlea ciudad al fin destina
A llanto acerbo y funeral ruina!
Las calles son escombros;
Los mármoles, los arcos, la grandeza
De opulentos palacios, áureos techos
Se miran ya deshechos
Del hueco bronce á la feroz rudeza.

¡Cuánto estrago y horror! ¡ay! cuántos gritos
De amargura, de rabia y de tormento!
¡Terrible vista, ¡oh, Dios! Aquí cubierta
La faz en sangre el tembloroso anciano,
Asorda el aire en dolorido acento,
Y hallar asilo en su penar no acierta.
Allí la madre pavorida huyendo
Al tierno niño en su regazo encubre,
Y mientras ruega en congojoso anhelo
Por él llorosa al implacable cielo,
El fuego los devora,
Y la insondable eternidad los cubre.
Perece el jóven fuerte: el sacerdote
Y la esposa de Dios helados miran
Sus hogares hundirse de alto ejemplo,
Y en hondos ayes sin cesar suspiran

Al bronco trueno que desploma el templo.

Y vosotras tambien, vírjenes bellas,

Vosotras que en amores

Sois el iris de paz y de alegría;

Vosotras que brillais como entre estrellas

En la zafírea cumbre

La blanca luna con radiante lumbré.

¿Qué fué de vuestra majia y vuestro encanto,

Que fué de tanto bien, de amor despojos?

En vez de adoracion á vuestros ojos,

La caterva sin ley les trajo llanto.

¿Do vais de luto llenas,

Suelto el cabello leve,

Huyendo ¡ay triste! en angustiosas penas?

Vuestros hondos quejidos, la amargura

Que el mal imprime en vuestra tez de nieve

¿Son miedo acaso? no: llorais de furia

Al ver no es dado á vuestros tiernos brazos

vengar de España sin piedad la injuria.

Mas calmad el dolor: vuestras miradas,

El odio noble que en el pecho os arde

Mostraron por su mal á esos guerreros,

Que siempre ha sido la maldad cobarde,

Y en Sevilla son todos caballeros.

Mirad ya cual su jefe pavorido

Sollozos lanza de su seno impuro,

La vista alzando hácia su bien perdido:

Y de llanto corriendo larga vena

Por su enjuta mejilla,

La espalda vuelve á la sin par Sevilla

Que á amargura y destierro le condena.

Huye los campos del undoso Bétis,

Y entregado á Albion con vil desdoro,

Las playas surca de la amarga Tétis.

Que cuando piensa en su delirio ciega

Tocar ya el trono la ambicion impía,

Al fin tan solo de su crimen llega,
Y el borde toca de la tumba fria.

Figueras inmortal, noble ornamento
Y alumno ilustre del tremendo Marte;
Tu brazo es la victoria,
Y la patria al mirar tu heróico aliento
Te entregó su magnífico estandarte.
El héroe nunca muere. Sí; la historia
Que en letras de oro de la fiel Sevilla
Anuncie al mundo la esplendente gloria,
Absorta en ellas fijará tu nombre,
Al cielo alzando al que con árduo ejemplo
Le dió de *invicta* el eternal renombre.

Y tú, santo guerrero,
Glorioso rey que por el aire vago
Tendiendo el ancho y rutilante escudo
Salvaste á tu ciudad de tanto estrago,
Oye mi humilde voz. Si siempre mudo
Mi labio fuera en la fatal discordia,
Hoy que los ecos de la union aliento
Infunden á mi pecho que, sediento
De paz, respira fraternal concordia,
Hoy á tí clama ¡oh rey! Los españoles,
Que siempre fueron en la lid asombro,
Que siempre fueron de lealtad crisoles,
Bien merecen la paz. Ya no hay tiranos
Que á su valor sucumban. Si de España
Huyó la vil traicion, su grande hazaña
Será que el mundo los contemple hermanos.

J. M. F.

GERFAUT.

(Continuacion.)

Cada vez que sus ojos se encontraban con la mirada de Octavio, se bajaban por un instinto de pudor; pero en aquellos momentos se avivaba su esplendor bajo los entornados párpados. Cada palabra, la mas indiferente, resonaba en sus oidos dulce y melodiosa. Cada contacto de mano le parecia una declaracion. A diez y seis años es el sexo un cómplice tan poderoso de todos los sentimientos que surgen en el corazon de una doncella! En ese período de adolescencia que media entre el blanco velo de la primera comunión y la blanca canastilla de boda un deseo vago, un presentimiento confuso del objeto real de la vida, una atracción invencible hacía el iman ignorado, prestan á veces á la mas ingenua algo de la embriaguez de Erigona.

Al reparar como con cada palabra que salia de su boca se embellecia aquella rosa fresca é inocente, experimentó Gerfaut un sentimiento de melancolía.

—Me amaría, dijo para sí, como quiero ser amado, con todos sus pensamientos, con todos sus deseos, con toda su alma. Yo sería para ella la llama que abrasa y el sol que fecunda: se arrodiraría ante mi amor como ante un altar, al paso que esa coqueta....

Volvióse hácia la baronesa que bailaba con Marillac, y encontró sus ojos fijos en él. Rápida, enojosa, imperiosa fué la mirada que recibió, y que significaba claramente. «Os prohibo hablarla de esa manera.»

—Por el pronto no estaba muy dispuesto Octavio á la obediencia, y en prueba de ello desplegó con Alina todos los recursos de su amabilidad.

A poco rato recibió no directamente, sino por medio de un espejo, confidente tantas veces indiscreto, otra mirada mas airada, mas amenazadora que la primera,

—Magnífico, dijo entre sí, acompañando á su asiento á la muchacha, celos tenemos. Esto ya es otra cosa. Ahora sé por donde flaquea la muralla, y á donde debe dirigirse el asalto.

Ningun otro accidente particular ocurrió aquel dia. Por la noche

quedó reducida la sociedad á los huéspedes ordinarios del castillo, y todo volvió á tomar su aspecto acostumbrado. A la hora de retirarse entró Octavio en su habitacion talareando un motivo italiano con tan marcadas señales de buen humor que sorprendieron á su amigo.

Que me hagan académico si comprendo una pizca de tu conducta, le dijo este; todo el dia sombrío y taciturno como un héroe de drama furibundo, y ahora mas alegre que Falitaff: ¿os habeis reconciliado?

—Estamos mas reñidos que nunca.

—¿Y eso te divierte?

—Estraordinariamente.

—Ya! ¿jugais al gana-perde?

—Poco menos: veo que nada consigo con mis buenos sentimientos, y pienso conducirme de hoy mas de una manera tan aborrecible que obligue á adorarme á esa caprichosa criatura

—Cáscaras! en fin, eso es un sistema como otro cualquiera. ¡Son tan raras las mujeres! ya conocistes á Paulina, la que luego se casó con aquel notario....Pues sabes á quien debí su correspondencia? échate á pensar! pero no te fijes en ninguna de mis numerosas cualidades morales, intelectuales ó físicas; nada, amigo mio, lo debí á un bastonazo.

—A un bastonazo!

—Sí: yendo de paseo, sacudí el polvo á un cierto sugeto que nos miraba de reojo. Despues me confesó que esta accion la habia penetrado el corazon. Oh mujeres! sexo engañoso! como dice Figaro.

—Las mujeres, prosiguió Octavio, se asemejan al reloj, cuyo movimiento es una reaccion continua: luego que ha ido á la derecha, se va a la izquierda para volver á la derecha, y así siempre. Supon la virtud á un lado, la pasion á otro, y el balancin femenino entre ambas cosas; se puede apostar á que despues de haber sacudido á la derecha de una manera violenta, volverá no menos enérgicamente á la izquierda, porque cuanto mas prolongada ha sido la vibracion, mas juego queda á la contraria. La mujer cae desde el templo en brazos de su amante, ó se hace Sor Luisa de la Misericordia, despues de haber tenido sobre sus rodillas la cabeza de Luis XIV. ¿Y cómo no hemos de adorar á estas locas sublimes? La mia, mas que todas, se aferra ahora á la árida roca del deber; pero yo la arrancaré, vive Dios! Y para acelerar la reaccion del péndulo, voy á poner á guisa de contrapeso un tormentillo que hubiera debido emplear antes.

—Pero, ¿por qué la haces padecer si crees que te ama?

—Por qué? por que ella sin duda lo quiere así: te imaginas que yo la atormento por diversion, que gozo con ver en sus mejillas la palidez del insomnio, con hallar señales de llanto en sus ojos? La amo,

amigo mio, la amo; sufro sus penas, y lloro sus lágrimas. Pero la amo sobre todo; y si para llegar hasta ella solamente me deja abierto un camino lleno de espinas y guijarros, ¿he de retroceder porque arras-trándola conmigo la expongo á que se hiera sus delicados pies? oh! yo se los curaré con mis besos!

—Está visto, es como la mujer de Sgaranella, que gustaba de que la pegasen.

—Eh! todo lo haces grotesco.

—Mira, yo no estoy enamorado: soy artista, y no es culpa mia tener alguna chispa. Y tú, por tu calidad de amante dócil, estás decidido á obedecer? pegarás?

—Moralmente.

—Haces muy bien. La ciencia del amor se parece á aquellas muestras antiguas que decian: *Aquí se peina al gusto de los parroquianos*. Si ese ángel gusta de que la tires de los cabellos, péinala á su gusto.

XIII.

El matrimonio! *invencion mirifica!* decia Ravelais. Admirable es por cierto, aun en medio de tantos fenómenos como á cada paso se advierten, el aplomo y frescura con que la mayor parte de los hombres penetran en este santuario, con la misma franqueza que si se tratase del templo de Liliputo. Al ver la serenidad é indiferencia de estos hombres, se creería que hacer feliz á una mujer, y recibir de ella igual beneficio, es la cosa mas fácil del mundo; y sin embargo cuán terrible problema es el matrimonio!

No hablemos por supuesto de esos consorcios, á cuyo frente se lee desde luego la palabra: *Fatalidad!* de esos caballeros de Moncada que se prostituyen vendiéndose, digámoslo así, para pagar sus deudas; de esos *viejos caducos*, tan venerables como celosos, que se casan á lo Ruy Gomez dando una mano á su bella esposa y otra á la muerte; de esos maridos jóvenes, que para distraerse de las fastidiosas impertinencias de una mujer de cincuenta años se echan á calaveras; ni hablemos en fin de esos desatinos que se cometen por la edad, por la educacion ó por el dinero, jérmenes infalibles de discordia y de calamidad: ocupémonos de esos casamientos que á todas las ventajas apetecidas reúnan otras condiciones especiales de felicidad, de uno de esos matrimonios de conveniencia, sin tomar en cuenta, á fin de hacer entender mejor este cuadro particular, que la clase á que pertenecen los desposados, clase escogida y privilegiada, guardia real del matrimonio en una palabra.

:

Es preciso decir en justicia que cuando el navío conyugal naufraga, los hombres son casi siempre la causa de esta catástrofe, porque no comprenden que el matrimonio es una ciencia tan difícil como la náutica, y tan necesaria como esta cuando se quiere surcar un océano mas sembrado de escollos que el del cabo de las tempestades.

De diez hombres que se casan, no hay uno que sepa hacerlo. Sin embargo, no se crea que tratamos aquí la cuestion de interés, en la cual por el contrario son la mayor parte demasiado peritos y entendidos para dejarse engañar. Lo que nosotros entendemos por ciencia, es ese talento de conducta, esa esperiencia de la vida que les enseña á escojer el punto preciso y la hora oportuna y favorable.

Una parte de los hombres se casa demasiado pronto, otra demasiado tarde, poquísimos son los que lo hacen en tiempo oportuno, cuya circunstancia divide al género marital en tres especies distintas, como á la fruta: verde, madura, y en conserva.

Los maridos verdes, recolectados principalmente en las provincias, se componen de esos jóvenes á quienes sus parientes procuran establecerlos lo mas pronto posible. El uno es el solo baron de la familia, un delfin de treinta y dos años, y es preciso que perpetue su raza; ¡qué desgracia si el nombre esclarecido de los Sottenville, ó de los Escarbaguas llegará á estinguirse! El otro tiene una madre, cuya virtud se estremece al ver á su hijo combatido por los vientos perniciosos del siglo, y quiere procurarle un asilo donde pueda guarecerse de la tempestad. En todos casos se hallan desde luego razones poderosas que justifican aquella determinacion. Búscase con mucho tiempo de anticipacion una jóven, cuya fortuna y posicion social realicen las pretensiones que con tanto derecho se abrigaban. En cuanto á carácter, talento y sentimientos nada se averigua, porque eso importa poco, de eso no se trata. Qué muchacha casadera, por mas traviesa que haya sido en sus primeros años, no se ha convertido despues cuando ha llegado á los quince en un modelo de virtud? Así lo atestiguan sus madres, y es preciso creerlas. Es verdad que la niña era un poco viva de genio cuando pequeña, pero ha cambiado enteramente: su carácter se ha dulcificado, se ha hecho muy amable, y quiere mucho á su padre, quiere mucho á su madre y tambien á sus hermanitos.... —Cómo es posible suponer que este ángel no ha de adorar á su marido?—y además es tan bonita!

Cuando ya, pues, se ha encontrado una heredera segun todas las condiciones del programa, se empieza por adoctrinar al delfin. Y con tal que la elegida no tenga torcida la nariz, un ojo de menos ó alguna otra imperfeccion demasiado á la vista, el negocio, porque el matrimonio no es mas que un negocio, queda arreglado sin dificultad,

estipulándose por ambas partes las condiciones con la mayor escrupulosidad. La boda se lleva á efecto con toda brillantez, los regalos son magníficos, el ajuar soberbio y lujoso. En los carruajes, si los hay, se esculpen dos escudos, y cuando está todo terminado, arreglado y dispuesto, se saluda á los esposos bendiciéndolos como Isaac á Jacob, y deseándoles como á este los beneficios de la tierra y el rocío del cielo. Así es como esta interesante pareja se lanza al mar de la vida, mientras que una voz paternal murmura aun en los oídos del marido la última plática que en idioma marino significa: compóneos como podáis.

Para conocer una ciencia es preciso estudiarla. Las mujeres son mas difíciles de ser comprendidas que el sanscrito y el hebreo, y las lenguas de fuego de los apóstoles son el último astro que desciende sobre las frentes de los maridos.

Hay jóvenes tan cándidos que podrían al casarse llevar tambien en sus cabezas la corona de azahar. Estos son los que se entregan con tanto entusiasmo á las delicias de su nuevo estado, que se enviscan como los gorrones.

Otros, por el contrario, aquellos particularmente á quienes les ha tocado en suerte una maritornes de nariz torcida y carrillos atomatados, hacen datar desde el día de su boda una nueva época de emancipacion mucho tiempo antes deseada. Hay en la naturaleza masculina yo no sé qué sustancia maligna, que fermenta tarde ó temprano. Semejante al gas que contiene el vino de Champagne, es preciso que este vapor se exhale, que esta espuma se derrame, para que el licor se repose, porque si no ha precedido al himeneo esta especie de evaporacion, no sucederá tampoco la tranquilidad que se apetece.

Otra clase de peligros cercan tambien á los hombres, que se casan demasiado tarde; maridos en conserva, como los hemos llamado, pero que en realidad estan mal conservados.

Si se hallan algunos jóvenes, cuya ligada existencia forma, por decirlo así, una extraña anomalía en esta época de prematuro desarrollo y de turbulenta agitacion, hay otros, y es el mayor número, que malgastan su vida, y desperdician desatinadamente los mas preciosos tesoros. Devoran estos ávidamente su existencia, y cuando han consumido toda la enerjía de su espíritu, si lo tenían, y toda la pasion de su alma, si tambien tenían alma, llega un día en que se detienen cansados y agobiados por el disgusto y el fastidio, con la cabeza y el corazón vacíos. Llega entonces la edad viril, que es el punto culminante de la vida, la época en que debía desplegar el hombre todo el lujo de su reflexion, pero ya es tarde: aquellos frescos colores han sido marchitados por precoces escesos. En este momento, algunas leves señales de decaimiento sirven de preludio al concierto de lúgu-

bres presentimientos, de sombrías predicciones, que cada año despues se hace mas sonoro, mas amenazador, mas espantoso, y cuyo ultimo compás se marca sobre la tumba. Las arrugas marcadas por las pasiones mas bien que por el tiempo, empiezan á surcar la frente, que prolongándose de dia en dia corroe los cabellos, á la manera que el desierto destruye con constante progreso los bosques que lo circumbalan.

Tan pronto como el hombre ha puesto el pié en este terreno inclinado, síntomas involuntarios le anuncian que acaba de descubrir un nuevo horizonte. Todas las mañanas durante algun tiempo examina los hilos de plata que adornan sus sienes, pronunciando, cuando el número de aquellos se ha aumentado, una interjeccion; que no me atreveré á escribir. Si le amenaza una robusted ridícula, mide entonces sus muñecas y su cintura, á imitacion de lord Byron, única semejanza que existe á no dudarlo entre ambos; si se halla expuesto á una calamidad contraria, se enternece amargamente cuando al concurrir á un baile observa antes el pronunciado aniquilamiento de sus pantorrillas. En cualquiera de estos casos cae forzosamente un soltero en un desvario filosófico, que esconde en seguida en lo mas profundo de su corazon, pero que acaba por ostentarse exteriormente y manifestarse hasta en lo mas indiferente de su conversacion. Ya no son aquellas fanfarronadas de Lovelace, que queria atar su escalera de seda á todos los balcones; ya concluyó aquel repertorio sin tasa de chistes añejos, con los que los solteros se creen con derecho de molestar á los maridos; ahora por el contrario es un cataclismo de sentencias, cuya lógica poco acostumbrada, sorprende de una manera extraña á los amigos para quienes no ha soplado aun el viento del cólera conyugal; ahora las delicias y la paz del hogar doméstico son preferibles á la existencia vaga y agitada del mundo. Agregan tambien otros axiomas á cual mas razonables y virtuosos, pero cuyo sentido verdadero es, que no se aperciben de la vejez, y que conocen que ya es tiempo de casarse.

Es menester poner un fin, dicen los mas francos. Un fin! ser el casamiento un fin para el marido, cuando es el principio para la mujer! Ah! navíos desmantelados! bergantines desamparados! os encaminais y deseais llegar al puerto! Pero creéis que esas bellas fragatas, que esas graciosas corbetas que reposaban en el astillero, mientras que vosotros bogabais en medio de las borrascas no tienen tambien deseos de recorrer ese mar de que ya vosotros estais cansados? Os imaginais que despues de amarrados juntos por lazos dorados y benditos, no les ocurrirá jamás la idea de dejaros anclados, reponiendo vuestras averías, y lanzarse en seguida con la elegancia de su arboladura, con la impaciencia de sus velas, con la hermosura de sus quillas, en

el Oceano que brilla bajo el sol resplandeciente, bajo la tormenta que ruge, al combate que las seduce y que las llama?—Entre los convertidos al himeneo, muy pocos tienen el tacto de escoger una señorita prudente y sazónada. Casarse con una solterona! escuchadlo sobre este punto. —Semejantes almas sin creencias necesitan vírgenes de Rafael, estos corazones sin amor desean Clementinas y Rebecas, es menester vidas nuevas y puras que iluminen aquellas existencias, arrastradas frecuentemente por todos los vicios, á la manera que la casta claridad de la luna ilumina la superficie de los mas inmundos pantanos.

Si estos hombres á lo menos se hiciesen justicia; si las luces de una esperiencia adquirida á tanta costa compensasen el precoz decaimiento de su juventud, podrian conservar la influencia vivificante, sin la cual es imposible toda dicha doméstica. Parece que el roce de las pasiones que los han desgastado, ha enmoecido sus sentidos en vez de pulirlos, y embotado su inteligencia en lugar de aguzarla. Insensibles á los frios y multiplicados matices de la organizacion femenina no llegan á conocer sino dos caracteres: una virtud llevada hasta el rigorismo, ó una debilidad que todo lo permite. Entre estos dos extremos nada ven, nada adivinan, y sin embargo así comprenden la mujer. Hay muy pocos aun entre los menos dignos, que no tengan alguna cualidad que pudiera desarrollar una culta inteligencia, no hay absolutamente entre los mas razonables quien, como la estatua de Nabucodonosor, no tenga un poco de arcilla mezclada con los mas preciosos metales.

Hay otra tercera clase de casamientos de conveniencia que parece debiera salvarse de los peligros de las otras dos, y á la cual una gran conformidad de edad, de educacion y de carácter, prometen en apariencia un feliz porvenir. En el primer rango de semejantes uniones privilegiadas debe colocarse la del baron Cristian de Bergenheim y de Clemencia de Corandeuil. El tio mas viejo y mas quisquilloso, y la viuda rentista mas etiquetera, no podrian descubrir en él el menor motivo de critica. Edad, posicion social, riquezas, ventajas físicas, todo parecia haberse combinado felizmente por un acaso tan raro como feliz. Por tanto, la señorita de Corandeuil, que tenia hacia su sobrina las mas altas pretensiones, no puso la mas mínima objecion á las primeras fórmulas. En aquella época no tenia hacia la familia de su futuro sobrino la antipatía que crearon en seguida muchas circunstancias de que mas tarde hablaremos; los Bergenheim eran entonces á sus ojos hidalgos de muy buena cuna y caballeros de Loraine, en toda la extension de esta palabra.

Una entrevista tuvo lugar en un baile que dió el embajador de Rusia. El baron de Bergenheim, ayudante de campo del ministro de

la guerra, asistió á él de gran gala, y aunque para él este acto era de pura ceremonia porque el ministro se hallaba presente, tuvo sin embargo un tanto de vanidad bien entendida, al observar que el uniforme de oficial de estado mayor, hacia lucir con ventaja, su alta y desembarazada estatura y sus formas atléticas. Efectivamente Cristian era un hermosísimo militar: los vigotes y las cejas de un tono mas claro que su rostro un poco tostado, le daban aquel aire marcial que tanto gusta á las mujeres. Clemencia no halló motivo de desairarlo. La manera con que su tia la educaba no la hacia bastante dichosa para que frecuentemente no deseara cambiar de posicion. Como la mayor parte de las jóvenes, consintió en casarse por no permanecer soltera; y dijo sí por no responder nó.

En cuanto á Cristian, se enamoró de su mujer como se enamoran generalmente los oficiales de caballería, y se manifestó perfectamente satisfecho de la sensacion que obtuvo en pago de tan súbita ternura. Algunos triunfos conseguidos de aquellas bellas, para quienes una charretera es una recomendacion irresistible, le habian inspirado una confianza de sí mismo, cuyo buen natural hacia escusar la fatuidad. Por otro lado, jamás se le hubiera ocurrido la idea, de que un capitan de estado mayor, á treinta años, con hermoso rostro, con un vigote rubio formidable, con cinco pies y ocho pulgadas, y con un puño capaz de derribar la cabeza de un buey de un sablazo, no pudiese ser amado.

Hay cantores aventajados que tienen la vanidad de leer perfectamente la música; sin embargo, presentadles una particion de Gluk: dispensadme, dirán, mi parte está escrita en la clave de *dó*, y yo no canto sino en la de *sol*. Cuántas mujeres estan escritas en la clave de *dó*! Cuántos hombres en la de *sol*! Por desgracia suya Bergenheim era de estos últimos. Despues de tres años de casados aun no habia comprendido la primera cualidad del carácter de Clemencia. Al cabo de algunos meses, se habia dicho á sí mismo que era fria por no decir que era insensible. Este descubrimiento, que hubiera podido herir su vanidad, le inspiró por el contrario hácia ella un respeto aun mas profundo; despues insensiblemente aquella reserva obró sobre él mismo, porque el amor es un fuego cuyo calor se amortigua falto de alimento, y la frialdad es mas pronta, cuando la llama tiene mas superficie que profundidad, cuando el cuerpo quiere mas que el alma.

Al detener la revolucion de 1830, la carrera militar de Cristian vino tambien á añadir nuevos pretextos de ausencia momentánea, de separacion material á la especie de tibieza que ya existía en sus relaciones con su mujer. Luego que hizo su dimision, fijó su residencia en su castillo de Vosges, hácia el que conservaba la predilec-

cion hereditaria de su familia. Su carácter se hallaba en perfecta armonía con aquella morada, porque en otro tiempo hubiese sido un tipo perfecto de aquellos buenos hidalgos de provincia, que murmuraban de la corte, que representaban en sus casas la feudalidad en pequeño, y que por ningún motivo abandonaban sus tierras sino en caso de convocacion de *l'arrêre ban* ó llamamiento de los nobles. Pero su corazón era demasiado generoso para exigir que su mujer participase, hasta el punto que él, de su retiro y de sus gustos campesinos. La confianza sin límites que en ella tenía, una lealtad que no le permitía suponer el mal ni temerlo de antemano, un carácter poco propenso á los celos, le hacian dejar á Clemencia con la mas completa libertad. Esta jóven vivia pues á su gusto en Bergenheim ó en París en casa de su tía, sin que jamás á su marido se le pasase por la imaginacion concebir la mas mínima sombra de inquietud. Y en realidad ¿qué hubiera podido temer? ¿qué falta ¡odia ella echarle en cara? No tenía para con ella las mayores bondades y atenciones? No la dejaba dueña absoluta de su fortuna, en libertad para satisfacer todos sus deseos y hasta sus mas insignificantes caprichos? Vivía él garantido con su contrato nupcial, con una confianza y una fidelidad admirables. Por otra parte, en la inocencia de su fatuidad juvenil y militar, un marido desgraciado se presentaba invariablemente á su imaginacion, bajo el aspecto de un anciano con peluca y corcobado.

Era la baronesa de Bergenheim, en la opinion general, una mujer dichosa, á quien la virtud debía ser tan fácil, que apenas se le podía atribuir mérito en tenerla. Segun ciertas gentes la felicidad consiste en tener un palco en la ópera, un tren elegante, y un marido que pague las cuentas sin detenerse en mirirlas. Con esto y mas de cien mil francos en diamantes, no tiene ya derecho una mujer de pensar ni de padecer. Hay sin embargo algunas pobres y tiernas criaturas que se alojan en esta dicha, como si se hallasen bajo las terribles capas de plomo de que habla Dante; respiran el aire vital y puro á que un instinto fatal les obliga; se deshacen inquietas y palpitantes entre el deber y el deseo; semejantes á una paloma prisionera, contemplan con triste mirada la prohibida region, donde tan grato les fuera bogar; porque al ponerles la ley un candado al pié, no les bendó los ojos, y la naturaleza les dió alas; mas desgraciadas mil veces si estas alas quebrantasen aquel candado!!

XIV.

En el combate que una mujer sostiene contra el amor, sucede casi siempre que hay un momento en que se vé obligada á llamar á la

mentira en socorro del deber. La de Bergenheim se hallaba en este temible período. En el momento en que Octavio, á fuer de hombre de experiencia, buscaba un auxillar en los celos, ella meditaba un plan de defensa igualmente fundado en la extratagema. Para quitar á su amante toda esperanza, afectó una súbita ternura hacia su marido, y, á pesar de los secretos remordimientos de su corazón, persistió durante dos días representando aquel papel, cuya falsedad era expiada con sus lágrimas, durante la noche. Cristian acogió la virtuosa coquetería de su mujer con aquel celo y reconocimiento propios de un marido privado de amor mas de lo que él mismo hubiese querido. Gerfaut, por su parte y á la vista de tan pérfida maniobra, cuya intención adivinó al momento, experimentó un acceso de furor contra él, de que su talento, su sangre fría y su astucia fueron preservativos ineficaces, y por lo tanto no aguardó sino una ocasión para estallar.

Una tarde, á excepcion de Alina á quien una reprimenda de la señorita de Corandeuil habia confinado en su cuarto, toda la familia se encontraba reunida en el salon de retratos. Repantigada en su enorme sillón, la solterona parecia decidida á sacrificar el wisht en obsequio de la conversacion. Marillac, apoyados los codos sobre una mesa redonda, bosquejaba descuidadamente algunas de aquellas caricaturas políticas puestas á la moda por el Charivari y muy particularmente agradables al partido legitimista. Cristian, sentado al lado de su mujer, cuya mano apretaba con una cariñosa familiaridad, pasaba despóticamente de un asunto á otro, y hacia ver en sus dichos la altanería del hombre dichoso que mira su felicidad como una prueba de su superioridad. Retirado junto á la chimenea, contemplaba Gerfaut con aire melancólico á Clemencia, que se inclinaba con abandono hacia su marido, cuyas palabras parecia escuchar con el mayor interés. La discusion tomó insensiblemente por texto la antigua cuestion del clasicismo y el romanticismo. Bergenheim era clásico furioso, como lo son de buena voluntad los señores de pueblo que hacen intervenir en sus opiniones literarias un sentimiento de propiedad, y prefieren los antiguos autores á los escritores modernos, por la razon de que sus bibliotecas abundan más en obras antiguas que en libros nuevos. El barón inmataba pues sin piedad alguna á Victor Hugo y á Alejandro Dumas, que jamás leyó, y ensalzaba á Racine y á Corneille, de cuyos versos apenas hubiera podido recitar media docena sin embargo de poseer dos ó tres ediciones. Marillac, por su parte, defendia encarnizadamente la causa de la literatura contemporánea, que miraba como asunto personal, y hacia hlover, á guisa de ba'a rasa, sobre los reductos clásicos una profusion de sarcasmos de menos talento que gusto.

—Los Dioses cayeron del Olympo, ¿por qué no caerian tambien del Parnaso? dijo por último el artista con aire triunfante. No hay que cansarse, Bergenheim, vuestra caduca oposicion no prevalecerá sobre el instinto del siglo. El porvenir es nuestro, concededlo, y nosotros somos los pontífices de la nueva religion; ¿no es así, Gerfaut?

A estas palabras, la señorita de Corandeuil levantó gravemente la cabeza.

¿Una nueva religion? replicó en seguida: si tal pretension estuviese justificada, vosotros seriais culpables de heregia, y, sin dejarme atrapar en ella, podría comprender que talentos elevados, corazones entusiastas, fuesen seducidos por las promesas de una falaz utopia; pero vosotros, señores, á quienes creo de buena fé, ¿no veis hasta qué punto os haceis ilusiones? Lo que llamais religion es la abnegacion mas absoluta de los principios religiosos, es la impiedad llevada al punto mas desconsolador adornada de cierta hipocresia sentimental que no tiene ni aun el valor de proclamar francamente sus principios.

—Os juro, señorita, respondió Marillac, que soy religioso, un dia por cada tres, que ya es algo: hay tantos cristianos que no lo son mas que el domingo!

—El materialismo; tal es el manantial donde bebe la literatura moderna, replicó la señorita de Corandeuil; y esta ola envenenada no tan solamente seca los pensamientos que quisieran elevarse hácia el cielo, sino que marchita igualmente todo lo que hay de noble entre los sentimientos humanos. Hoy dia no se contentan con negar á Dios, porque ya no se creen bastante puros para comprenderlo; y desconocen hasta las flaquezas del corazon. Ya no se cree en el amor. Todas las mujeres, de que nos hablan vuestros escritores modernos son vulgares, y á veces criaturas impúdicas, á las que un hombre de otro tiempo se hubiese avergonzado de dirigir una mirada ó dedicarlas un suspiro. Y aludo en esto al Sr. de Gerfaut; porque sobre este particular pudiera muy bien invocar vuestras obras en apoyo de mi opinion. Si os acusase de ateismo en el amor, ¿qué podríais responderme?

Sofocado Octavio por una de aquellas emociones fogosas, á las que no resisten los hombres de imaginacion, se levantó:

—No desmentiré semejante acusacion, repuso éste. Sí, cosa triste es pero verdadera, y tan solo los espíritus pusilánimes retroceden ante la verdad; no hay para ellos mas realidad que la de los objetos materiales; todo lo demás no son sino falsedades y quimeras. Toda poesía es un sueño, toda sutileza un engaño! ¿Por qué no aplicáremos al amor la filosofia complaciente, que ve las gentes cual ellas son, y que no arroja á la prensa un fruto sabroso bajo pretexto de es-

traer de él cualesquiera esencia imaginaria? Tan incontestable y positivo es el valor de unos ojos hermosos, de un cutis como el raso, de una mano y de un pié elegantes! ¿No sería irracional colocar en otra parte todo el caudal de su ternura? El talento vivifica, suelen decir; esto es falso, el talento mata. El pensamiento corrompe la sensación, y crea un sufrimiento donde, si no existiese, habría un placer verdadero. Maldito pensamiento!

¿Se le dá ó se le pide éste á una rosa que aspiramos? ¿Y por qué no se ha de amar como se respira? Aun cuando no se viese en la mujer sino una vegetacion mas perfecta, ¿dejaría de ser por eso la reina de las creaciones? ¿Por qué no se ha de gozar de su aroma tan solo bajándose hácia ella, y dejándola en la tierra en que nació y en que vive? ¿A qué fin arrancar de su seno aquella fresca flor, y secarla entre nuestras manos elevándola hasta las nubes? ¿Para qué hacer de una criatura débil y frágil un ser superior á todo elogio, una cosa á la que nuestro entusiasmo careciendo de nombre que darle, busca el de ángel, indigno y vulgar? Ángel, sí, sin duda, pero ángel terrestre y no del cielo; ángel de carne, mas no de luz! A fuerza de querer, queremos mal. Colocamos los objetos de nuestro cariño demasiado alto, y á nosotros mismos demasiado bajo: para aquellos jamás nuestra fantasía encuentra pedestal bastante elevado. Insensatos! Oh! la reflexion siempre es prudente; mas el deseo es loco, y la conducta se arregla por el deseo. — Nosotros sobre todo, espíritus activos é inquietos, cansados de muchas cosas, incrédulos para otras, sin respeto hácia las demás, fluctuando sobre la vida como sobre un inmundo lago, y mirándolo todo, aun los lauros, con desden é indiferencia, buscamos en el amor un altar, ante el cual se humille nuestro orgullo. Porque existe en el hombre una necesidad indomable de arrodillarse ante cualquiera ídolo, que permanezca derecho y se deje adorar. En algunos momentos suena en lo profundo del corazon una campana de piedra, cuya voz diera en tierra con el mas fuerte, gritándole: humíllate! Entonces, aquel que no conoce á Dios en su templo, y desprecia á los reyes en sus tronos, aquel que ha usado ya y roto los huecos ídolos de la gloria; aquel, falto de santuario donde ir á orar, se forja un ser para tener tambien su divinidad, para asirse á un anillo celeste que le saque un instante del lodo en que se arrastran los hombres, para no encontrarse solo en su impiedad, para ver en fin sobre su cabeza cuando la levante otra cosa mas que el vacío y que la nada. Busca una mujer, reúne su talento, sus pasiones, su juventud, su entusiasmo, todo el poder de su imaginacion, todas las riquezas de su corazon, y postra ante ella esta ofrenda, como Raleigh estendió su manto ante Isabel, diciéndola: Marchad, reina mia; hollad con vuestras adoradas plantas el alma de vuestro esclavo. —

Raleigh era un necio, ¿es verdad? porque despues que la reina hubo pasado, ¿qué quedó sobre su manto? El barro.

Gerfaut acompañó este apóstrofe con una mirada tan fulminante, que aquella á quien se dirigia sintió helarse sus venas, y retiró la mano que su marido habia conservado hasta entonces cogida con la suya; inmediatamente se levantó, y fué á sentarse al otro lado de la mesa, bajo pretexto de aproximarse á la luz para trabajar, pero en realidad era solo por alejarse de Cristian. Clemencia esperaba la cólera de su amante pero no el desprecio; le faltaron las fuerzas para soportar este suplicio, y la ternura conyugal penosamente instalada en su corazon hacia dos dias, se convirtió en polvo al primer soplo de la indignacion de Octavio.

La señorita de Corandeuil habia acogido con indulgencia las vehementes palabras del vizconde, porque por una consecuencia de su orgullo, separaba muy á su gusto su causa de la de las demás mujeres.

—Sentado ese principio, dijo, ¿pretendeis pues que si hoy dia la passion está pintada con colores falsos y vulgares, no es por culpa de los artistas sino por la de los modelos?

—Explicais mi pensamiento mucho mejor que yo hubiera podido hacerlo, replicó Gerfaut con tono irónico; ¿dónde estan esos ángeles de quienes me exigís los retratos?

—En nuestros sueños poéticos, repuso Marillac, levantando los ojos al cielo con aire inspirado.

—Pues bien! decidnos entonces vuestros sueños, en vez de copiar una realidad que os es imposible hacer efectivamente poética, puesto que la creéis completamente ilusoria.

A esta peticion simplemente articulada por el baron, Gerfaut sonrió amargamente.

—Mis sueños, respondió, os los contaré muy mal, porque el primer beneficio que disfruta el hombre al despertar es el olvido de lo que ha soñado, y hoy precisamente estoy muy despierto. A pesar de todo, me acuerdo de que un dia me dejé sorprender por un sueño que se desvaneció despues, pero cuya huella luminosa resplandece aun á mis ojos. Bajo una bella y seductora apariencia, habia yo entrevisto el mas rico tesoro que la tierra puede ofrecer al corazon del hombre; creí descubrir un alma, profunda como el mar, ardiente como la llama, pura como el aire, gloriosa como el cielo, infinita como el espacio, duradera como la eternidad! era para mí otro universo donde yo debia reinar; con cuan ardiente y santo amor intenté la conquista de este nuevo mundo no podré jamás decíroslo! pero sí podré aseguraros que menos dichoso que Colón, he encontrado el naufragio en vez del triunfo.

A la confesion que su amante hacia de su derrota, Clemencia por

un enterneamiento irresistible, le lanzó una mirada, que decía: no es verdad: en seguida bajó la cabeza, porque sintió su rostro cubrirse de un rubor abrasador.

Al volver á su cuarto, Gerfaut corrió á la ventana. Desde allí podía ver el aposento del baron, donde por largo rato reinó una amenazadora oscuridad. Decir las penas, agonías y cólera que este amante experimentó durante una hora, contar los proyectos furiosos y extravagantes á los cuales su imaginación se entregó sucesivamente, no enseñaría nada á los que han pasado por semejante prueba, y sería incomprensible para los demás. Por último un grito de victoria escapó de sus labios, á la vista de una luz inesperada que brilló de repente detrás de las ventanas, de las que no había separado sus miradas ni un solo instante.

—Sola está, dijo para sí; no ha tenido valor para mentir hasta el fin; está visto, el cielo nos protege, porque en la exasperación en que me hallo hubiera muerto á las dos.

XV.

La experiencia envuelve en sí una triste compensación de sus ventajas destruyendo la sencillez del carácter. Desgraciado el hombre que se deje dominar por ella! en vano querrá substraerse de su poder; su alma, naturalmente trasparente como el vidrio poroso que deja pasar la luz sin oscurecer su reflejo, se cubrirá de un opaco velo.

Un fenómeno moral, bastante extraño, se produce en el que llega á ser inscrito en el índice de la vida positiva; consiste este en convertirse en dos hombres en vez de uno; pero dos hombres enteramente distintos, conservando cada uno de ellos voluntades y deseos opuestos. Como todas las personas de talento, Gerfaut se encontraba á veces dominado por esta complicada existencia que acabamos de describir, hasta el punto de no saber á cual de aquellos cuerpos pertenecía su alma. Exaltado por un trabajo tenaz y por las sutilezas de la vida parisiense, se había desarrollado demasiado su alma para poderse absorber en una impresión cualesquiera por poderosa que fuese; de manera, que mientras su parte sensible se entregaba á las emociones con desmesurado ardor, acostumbrada su inteligencia á la reserva de la duda y á la perspicacia de la observación, permanecía exteriormente fría y desdeñosa. La experiencia era para Octavio una coraza de corcho que le impedía sumergirse del todo en el borascoso mar de las pasiones. ¿Pero una sola gota de tan turbia como

amarga ola, no contiene sin embargo en sí misma el mas delicioso nectar que jamás el hombre pudo apetecer?

¿Existe en el goce de las artes, en el estudio de las ciencias, en las coronas de gloria, una voluptuosidad, un deleite que iguale al que hay en un suspiro, exhalado sobre nuestros labios, y en una mirada apagada bajo la nuestra?

En vano reconocia Gerfaut esta superioridad del sentido sobre el alma; en vano queria despojarse de lo fantástico de tales pensamientos: en vano invocaba la imbecilidad del salvaje, cuyas sensaciones son tanto mas completas, cuanto su limitada imaginacion le permite encontrar en ellas un alimento suficiente; el instinto de su naturaleza, podia mas que su voluntad. Quería cerrar sus ojos, y sus ojos se obstinaban en abrirse; á pesar de todos sus esfuerzos, conservaba la funesta facultad de analizar sus impresiones en el momento mismo de experimentarlas, y de ver friamente reproducida en un espejo burlesco la inspirada y ardiente escena que acababa de representar; era á la vez en ella actor y espectador; se encontraba á un mismo tiempo conmovido y sereno, entusiasmado y frio, apasionado y exéptico; aunque no todo por falsedad de caracter, sino por lujo, ó por depravacion de inteligencia si se quiere.

Jamás tan bizarra anomalía, le habia proporcionado tormentos tan frecuentes como los que padecia desde que amaba á Clemencia de Bergenheim. Antes de aquella época, su corazon embotado por las pasiones de una turbulenta juventud, habia caido gradualmente en un entorpecimiento próximo á la nulidad; en medio de las tinieblas morales en que fatigado y harto se habia adormecido, la parte insana del alma que hemos comparado con la sombra del cuerpo, habia ejercido su imperio casi imperceptiblemente, por la misma razon de que ella sola reinaba, porque en la oscuridad de la noche la sombra no se apercihe, del mismo modo que la ola se confunde con el mar, siendo todo una sola cosa y una misma naturaleza. Pero desde que una nueva luz brilló para la vida de Octavio, desde que Clemencia se habia elevado á sus ojos como el astro luminoso la sombra apareció en seguida, provocada por aquel sol regenerador, y donde este lanzaba sus rayos, allí se presentaba ella para manchar su claridad.

En semejante ocasion, lejos de regocijarse con el triunfo que acababa de obtener, Gerfaut cayó en uno de aquellos excesos de desilusion durante el cual, impelido por el genio del mal, ejercia sin piedad contra sí mismo la tremenda ironía de su espíritu. Viendo que no podia dormir, se levantó, abrió otra vez la ventana, y apoyado sobre los codos permaneció así largo rato. La noche estaba serena, infinitas estrellas resplandecian en el firmamento, y la luna bañaba con su pa-

lida claridad las copas de los árboles agitadas por la brisa. Cuando hubo contemplado silenciosamente el melancólico cuadro de la naturaleza dormida se sonrió el poeta con desden.

Es preciso, exclamó, que concluya semejante farsa; mi vida no se ha de disipar inútilmente. No hay duda en que la gloria es tan ilusoria como el amor; pero pasar la noche en contemplar neciamente la luna, no es mas racional que temblar por el resultado de una obra destinada tal vez á vivir un solo día, un año, un siglo todo lo mas! ¿porque cuál es la fama que traspasa este término? Si amase realmente no sentiría el tiempo perdido; pero ¿quién me asegura que yo amo? Es cierto que por momentos tengo una sangre fria, una presencia de ánimo, una prevision del todo incompatible con el fuego violento de una pision verdadera; pero hay otros en que una repentina fiebre me quebranta y me debilita como á un niño.... Ah! la he querido extraordinariamente; la sensacion que experimenté por ella, se ha convertido en un martirio de mi imaginacion al mismo tiempo que en una emocion de mi corazón, y esto es precisamente lo que le dá esa despótica tenacidad.

He amado á esa mujer con preferencia á las demás, y una vez hecha la eleccion he trabajado mi amor como trabajaría el mas preferido de mis poemas; ella ha sido constantemente el objeto de mis meditaciones, el íman de mis deseos, el encanto de mis sueños; por ella ha construido mi imaginacion dorados palacios durante un año, y durante un año no ha salido de mi cerebro idea alguna que no tuviese por objeto rendirla el mas cumplido homenaje. Puse mi talento bajo su invocacion, pareciéndome que viviendo perpetuamente contemplando su imagen llegaría á ser digno de pintarla; me fijaba un porvenir si ella me hubiese comprendido, y pensaba muchas veces en Rafael. Oh! aun cuando esto no sea jamás sino un sueño, sería muy ingrato si negase que gozo en estos sueños momentos de incomparable felicidad.

Pero á pesar de todo, conozco hoy que este amor fué ficticio. No es de ella de quien yo estoy enamorado, sino de la mujer que mi imaginacion se ha creado. Existe positivamente en nosotros un poder extraño. Cuando éste ha sido meditado largo tiempo, y llega á madurar, nuestro pensamiento toma vida, y nos acompaña en todas partes. A fuerza de pensar en esa mujer, se me figura que mi alma se ha dividido, y que todo cuanto había en ella de juventud y de pureza se ha reunido en Clemencia, que amándola no amo aun, y que aspiro solamente á recobrar la mitad de mí mismo de quien estoy separado.

Acusamos á nuestras queridas de ingratitud y de egoismo, mientras que las mas de las veces solo son culpables por debilidad. Positi-

vamente una mujer tiene los brazos suficientemente fuertes para su-
jetar á su amante, y oprimirle contra su corazon en los transportes
de un delirio convulsivo; pero ¿tiene por ventura la necesaria exten-
sion de entendimiento para abrazar de la misma manera una inteli-
gencia superior, envolverla, contenerla y doblarla en toda su exten-
sion como podria hacerlo con un manto imperial forrado de armiño?

Geraut oculta la frente entre sus manos permaneci6 inm6bil al-
gun tiempo; de repente levant6 la cabeza, y una risa sard6nica se es-
cap6 de sus labios.

—Basta ya de revolotear por las nubes, exclam6. Si Marillac hubie-
se oido todas las estravagancias que me han pasado por la imagina-
cion, diria que poseo esta noche una metafisica disparatada. Bueno
es pensar en verso; pero es menester obrar en prosa, y esto es preci-
samente lo que yo har6 mañana. Los caprichos de esta mujer, que
ella acepta como esfuerzos de su virtud, me harán cruel é inexorable;
nada consigo con pedirle la paz postrado á sus plantas; quiere la guer-
ra, pues bien, lo conseguirá.

XVI.

Durante muchos dias sigui6 Gerfaut con tenaz perseverancia la
marcha que se habia propuesto. La mas exigente de las mujeres
hubiera estado perfectamente satisfecha de la política y miramientos
que tenia con la de Bergenheim; pero nada se notaba en él que
anunciase el deseo de una explicacion. Contenia, pues, con un
cuidado tan escrupuloso sus miradas, sus movimientos y sus pala-
bras, que hubiera sido del todo imposible distinguir la mas leve
diferencia entre las atenciones que guardaba para con la señorita de
Corandeuil, y las que habia adoptado con respecto á Clemencia. Sus
exquisitos miramientos, su delicada amabilidad, estaban exclusiva-
mente reservados para Alina. Sin embargo, habia en este fuego tanta
prudencia como destreza, porque sabia que á pesar de la propen-
sion á los celos que tenia la de Bergenheim, nunca creeria ésta un
abandono tan repentino, y descubriria por consiguiente al momento
el objeto de su estrategia, por pequena que fuese la exageracion
que hubiese en ella.

Renunciando así á un ataque directo, no hacia sino trabajar con
mas ahinco para fortificar su posicion. Redobl6 sin cesar su activi-
dad para abrir brecha en el atrincheramiento que él mismo habia
construido entre él, la tia y el marido; y segun los principios mili-
tares trat6 de apoderarse de la línea exterior antes de dirigir un ataque
formal á las murallas de aquella plaza fuerte.

Por esta máxima, la pasión de Octavio solo reflejaba, por decirlo así, en Clemencia. A cada instante llegaba á su noticia alguna nueva de aquel combate externo, al cual no podía ella oponer ningún obstáculo.

Su tía la decía varias veces con tono burlón: acaba Gerfaut de prometerme que aun permanecerá con nosotros quince días á lo menos.

Otras veces la repetía su marido que Gerfaut era muy complaciente; dice que es muy extraño, añadía aquel, que yo no haya mandado hacer un árbol genealógico para colocarlo en el salón. Opina que esto sería un complemento indispensable para la colección de nuestros retratos de familia, y por lo tanto quiere él mismo encargarse de hacerme este obsequio. Según dice tu tía es hombre muy instruido en eso de blasones. Creerás que ha pasado toda la mañana en la biblioteca revolviendo legajos, y recogiendo datos de mis antiguos títulos. Estoy contentísimo de que se presente esta circunstancia, pues á ella deberemos el que se prolongue su permanencia en nuestra casa, porque es un excelente chico; *liberal*, es verdad, pero caballero hasta los huesos.—Marillac que tiene una hermosa letra se ha comprometido á poner el cuadro en limpio, y á iluminar los escudos de armas.—¿Querrás creer que no podemos encontrar el blason de mi visabuela, la señora de Cantelescar?—Pero dime, querida, se me figura que no te muestras muy amable con tu primo Gerfaut.

A semejante pregunta, como á cualesquier otra de igual clase, la de Bergenheim mudaba siempre la conversacion; pero experimentaba entonces hacia su marido una antipatía muy próxima á la aversion. La falta de talento es uno de los defectos que menos perdonan las mujeres; y sin la menor dificultad acriminan la confianza que, adormecida en la buena fé de su felicidad, reposa en ellas mismas.

—Mira, Clemencia, mira que bonitos versos ha escrito Gerfaut en mi album, le decía á su vez Alina, quien entre otras cosas prohibidas en el colegio del Sagrado Corazon, tenia una soberbia cartera elegantemente encuadernada en terciopelo carmesí, que contenia dos pésimas copias, una aguada mucho peor aun, y los versos en cuestion. A esto llamaba ella su album! cómo llamaba su diario á un cuaderno donde, segun costumbre de muchas señoritas, consignaba por la noche los hechos mas notables ocurridos por el día. De algun tiempo á aquella parte aquel manuscrito se desarrollaba en términos que amenazaba ser en breve tan voluminoso como las memorias de la duquesa de Abrantes; empero si el album se presentaba á la admiracion pública, nadie habia aun podido ver el dichoso diario, y ni aun la misma Justina habia podido descubrir hasta entonces en el cuar-

to de la colegiala el santuario que encerraba tan misteriosa leyenda.

Alina era recibida aun de peor modo que los demás, y la de Bergenheim no disimulaba sino con mucho trabajo el disgusto que le causaba aquel gozo que rebosaba en el rostro de su cuñada siempre que se hablaba de Octavio. La diplomática conducta de éste produjo sus resultados, y se cumplieron sus previsiones con tal éxito, que probaban hasta la evidencia la exactitud de su cálculo. A pesar de lo perspicaz de su talento, Clemencia no pudo evitar la especie de puñalada con que la hirió su amante. Una irritación sorda y nerviosa, una inquietud llena de abatimiento y de acritud, unieron sus punzantes saetas á las de las crueles emociones de que tan frecuentemente era ya víctima. Atormentado su juicio por tantos sentimientos contradictorios de temor, de remordimiento, de despecho, de amor y de celos, se perdía muchas veces hasta el punto de no saber lo que deseaba, encontrándose en una de aquellas situaciones peculiares á las mujeres de un carácter complejo y movable que cualesquiera sensación las afecta, y que pasan con una extremada facilidad de una idea á otra enteramente contraria. Empezó por asustarse de la presencia de su amante en casa de su marido; pero se acostumbró á ella insensiblemente, y continuó despues burlándose de su primer susto. — En verdad, se decia á sí misma algunas veces, que era yo muy necia en atormentarme y ponerme mala por tan poca cosa; me insultaba á mí misma, desconfiando así de mis propias fuerzas, y viendo un peligro donde no hay el mas mínimo. No me figuro que emborronando ese arbol genealógico espere hacerse temible. Si para eso solamente anduvo cien leguas, de seguro no merecía haber sido tratado tan severamente. — Despues de haberse así consolado de los peligros de su situación, sin pensar en que despreciando el peligro se enardece el amor, pasaba á examinar la conducta de su amante. — Me parece que se halla enteramente resignado, decia entre sí; ni una palabra! ni una sola mirada al cabo de dos dias! Y puesto que sabe conformarse con tanta facilidad, debiera tambien obedecerme ciegamente y partir, y si quiere rebelarse que lo haga de un modo mas amable; porque al cabo lo que está haciendo es casi impolítico; debiera acordarse á lo menos que yo mando en mi casa, y que él es un huésped. — Maldito si sé qué especie de placer pueda encontrar en la conversacion de esa chiquilla! Apostaría que lo hace tan solo por hacerme rabiar! Pero se engaña miserablemente, pues á mí no se me dá nada de eso. — Con todo Alina toma el asunto con demasiada seriedad! Desde que él está aquí se ha vuelto tan coquetuela! Lo que hay de positivo es que Gerfaut hace muy mal en calentar la cabeza á una niña. — Y quisiera saber qué diría él para justificarse.

De esta manera, de idea en idea, y por consecuencias sumamente lógicas para el corazón, sino lo eran para el entendimiento, llegaba Clemencia inevitablemente al fin de cada reflexión al punto donde su amante había querido llevarla. El deseo de tener con él una explicación, deseo que ella misma no se atrevía á concederse de hecho por un rasgo de orgullo, tomaba de día en día una intensidad tan grande, que al cabo ni el mismo Octavio hubiera podido anhelarlo mas vivamente. Hasta que se vió privada de mil obsequios á que él la había acostumbrado no conoció su verdadero valor; la momentánea carencia de las delicias de tan dulce como peligrosa ternura, la hacia sentir en su alma un vacío inmenso. Con aquella energía peculiar al sufrimiento, sentía haber perdido el amor con mas vehemencia que lo había gustado, del mismo modo que se encuentra el día mas bello cuando ha llegado la noche. Por lo mismo que parecia Octavio dispuesto á olvidarla y abandonarla, conocia que lo queria con una ternura que rayaba en adoración. Se echaba en cara su crueldad hácia él mas de lo que pudiera acusarse de su misma debilidad, y hubo momentos en que su pena le suscitó ideas tan imprudentes y locuras tan temerarias, que ella misma se horrorizaba de habérselas imaginado. Su antipatía por todo lo que no fuese Octavio se aumentaba á tal extremo, en medio de aquella irritación de espíritu, que los deberes de familia, aun los mas insignificantes, eran para ella objetos de odio y penalidad. Parecíale que cuantas personas la rodeaban eran otros tantos enemigos que la separaban de su dicha, y su dicha era Octavio: su felicidad consistia en oír su dulce y penetrante voz, leer sus cartas, recibir en fin en una de sus miradas un beso de su alma; y tanto encanto, felicidad, palabras, cartas, miradas, todo lo había perdido!

Al cabo de cuatro días sus fuerzas se agotaron bajo el peso de tanto tormento.

—Si sigo así, exclamó, me volveré loca, no hay remedio, mañana le hablaré.

En aquel mismo instante, sobre poco mas ó menos, Gerfaut decia á su vez: —Mañana tendré una entrevista con ella. Así por una extraña simpatía los dos corazones parecían estar acordes á pesar de su separación. Pero lo que para Clemencia era de absoluta necesidad, no era para su amante sino una determinación deducida de un cálculo matemático, por decirlo así. A favor de aquella sagacidad que poseen en amor los hombres inteligentes, había seguido paso á paso las apasionadas variaciones que se verificaban en la baronesa, sin que ella le hubiese dicho una sola palabra, y á pasar del desdenso é indiferente velo con que aun tenia el valor de cubrirse, no había perdido un ápice de los sufrimientos experimentados por ella durante

cuatro días. Así, pues, la creía suficientemente abatida para poder arriesgar un paso que hasta entonces hubiese sido peligroso; y con el egoísmo natural á todos los hombres, aun á los mas enamorados, esperaba esta debilidad de su misma pena.

El siguiente día fué señalado para una cacería concertada entre los amigos. Desde muy de mañana Bergenheim y Marillac seguidos de los ojeadores y de la jauría de podencos, se encaminaron al sitio de reunion, que era precisamente la pomposa haya á cuyo pie fué tan bruscamente interrumpida la agradable entrevista del artista. Gerfaut rehusó unirse á ellos bajo el pretexto de terminar un artículo para la *Revista de Paris*, y se quedó solo con las tres mujeres. Concluida la comida se retiró á su cuarto para dar mejor apariencia de verdad al motivo de que se había servido; pero en realidad tan solo para aprovechar la primera ocasion favorable, y convocarla si menester fuere por una ausencia momentánea.

Largo rato hacia que estaba ocupado en cortar una pluma delante de la ventana que daba al jardín, cuando apereibió en la del piso bajo precisamente debajo de la suya las manos y el hocico de Constanza, que en seguida saltó pesadamente sobre el poyo para tomar el sol.

La dueña está en su santuario, exclamó Gerfaut, persuadido como lo estaba de que tan imposible era ver á Constanza sin su ama, como á San Roque sin su perro.

Un poco despues, vió á Justina y á la doncella de la señorita de Corandeuil, escaparse cojidas del brazo por la calle de plátanos arriba, como si fuesen á dar un paseo campestre toda vez que para nada eran ya necesarias. Por último, aun no había escrito media página, cuando descubrió enfrente de su ventana á Alina con un sombrero de paja en la cabeza y una regadera en la mano. Un lacayo trajo en seguida una cubeta llena de agua, y la colocó junto á un tiesto de alelíos que la pensionista había tomado bajo su proteccion, y se puso á cuidarlo con aquel celo particular en que las jóvenes de corta edad encuentran el pago de una gran pasión acariciando flores, canarios, gatos ó cualquiera otro animalito.

Ahora, pues, dijo Gerfaut, veamos, si la plaza está accesible.

—Y cerrando su pupitre, bajó á paso de lobo.

Luego que hubo atravesado el pórtico del piso bajo y en seguida una estrecha galería adornada con algunos medianos cuadros, se encontró á la puerta de la biblioteca. Gracias al árbol genealógico que se había encargado de formar de entre los innumerables legajos y pergaminos que llenaban uno de los estantes, poseía una llave de aquella pieza rara vez abierta. A fuerza de sermonear sobre lo perniciosas que son ciertas lecturas para las niñas, la señorita de

Corandeuil habia hecho prevalecer su sistema de cerraduras, destinado especialmente para preservar á Alina de toda tentacion, ó de abrir alguna de aquellas novelas que la cuarentona proscrubía en masa, solo al leer su título, ni mas ni menos que hubiera hecho el ama de D. Quijote. — En 1780 las señoritas no leian novelas. — Esta era su respuesta final y la barrera impenetrable á las reclamaciones de la colegiala, condenada esclusivamente al régimen de M. le Ragois y á la geografia de Mentelle.

En medio de la biblioteca, y sobre una mesa, estaban los diccionarios de Moreri, de d'Hozier, de Saint-Allais, de Corcelle, muchos forros de títulos viejos y una grande hoja de papel de Holanda sobre la que estaba empezado á delinear al lapiz el árbol genealógico de los Bergenheim. En vez de ponerse á trabajar, Gurfaut volvió á cerrar cuidadosamente la puerta por donde habia entrado, y se dirigió en seguida á abrir otra que á primera vista no se notaba. Tiras de cuero perfectamente pintado, figuraban haber allí estantes de libros, semejantes á los que cubrian las paredes, y para distinguirla de lo restante de la biblioteca, era menester estar prevenido de antemano. Aquella puerta habia llamado singularmente la atencion de Gurfaut la primera vez que la notó. Despues que la hubo abierto con toda precaucion, se encontró en un angosto pasadizo, á cuyo fondo, frente por frente de la ventana, habia una escalera de caracol que conducia al piso principal. El gato que cree sorprender al pajarillo dormido no marcha con mas precaucion que Octavio al subir la escalera, y á algunos pies de distancia de él hubiera sido imposible distinguir el ruido de sus pasos ó de su respiracion.

Cuando pasó del último escalon, el sitio donde se encontraba era un gabinete lleno de armarios, alumbrado por una sola puerta vidriera cubierta con una cortina de muselina. Esta puerta daba á un locutorio que separaba el salon de la baronesa de su dormitorio. Una ventana enfrente del gabinete, y las dos puertas de cada una de las dos referidas piezas, ocupaban casi en su totalidad toda la ensambladura de las paredes, cuyo resto estaba cubierto de una tela gris perla con dibujos de color de lila. Los ángulos se redondeaban formando pequeños nichos, llenos de flores raras que embalsamaban con su aroma aquel santuario. El entarimado no formaba mas que un roseton, donde el arce y el castaño, el limonero y el palisandro ostentaban en sus incrustaciones un trabajo tan acabado como el de un mueble salido de los almacenes de Susse ó de Girous. Un divan ancho y espacioso, cubierto con una tela igual al resto de la colgadura ocupaba todo el espacio que habia debajo de la ventana. Este era el único mueble que allí ha-

bía, y parecía imposible introducir ni un solo sillón de mas.

Cerradas las persianas y la cortina con sumo cuidado, no dejaban traspasar sino un ligero rayo de luz que venia á atravesar la muselina de la puerta vidriera, de manera que Octavio necesitó acostumbrarse un poco á semejante oscuridad antes que pudiese descubrir á Clemencia. La baronesa estaba recostada sobre el diván, la cabeza vuelta hácia el respaldo y con un libro en la mano. Al principio creyó Octavio que ella dormía; pero bien pronto notó el brillo de sus ojos fijos en la cornisa á quien parecía estar haciendo las mas elocuentes confidencias.

Por una deducción lógica que le pareció incontestable se dijo á sí mismo: ni duerme ni lee, luego piensa en mí.

Después de un momento de contemplación, y viendo que ella permanecía inmóvil, Gerfaut ensayó á levantar dulcemente el picaporte, á fin de entrar lo menos bruscamente posible. El pestillo habia ya cedido ligeramente y sin ruido, cuando la puerta del salón se abrió de repente. Un torrente de luz inundó el pavimento, y Alina apareció en el locutorio con su regadera en la mano.

La joven se detuvo un instante creyendo que su cuñada dormía; pero encontrando en la escasa luz la resplandeciente mirada de Clemencia, la dijo con su fresca y sonora voz:

—Mis flores todas siguen sin novedad, y ahora vengo á regar las vuestras.

Nada respondió Clemencia, mas sus cejas se contrajeron ligeramente, mientras seguía con la vista á la interesante jardinera, que fué á arrodillarse delante de una soberbia maceta. Aquel síntoma casi imperceptible y la siniestra expresión de su mirada, presagiaban la borrasca. Algunas gotas de agua que cayeron en el entarimado, sirvieron de pretexto, y Gerfaut, á pesar de sus amores, no pudo menos de acordarse de la fábula del lobo acusando al cordero de enturbiarle el agua, cuando oyó al ídolo de sus pensamientos prorumpir con impaciencia:

—Dejad esas flores que no necesitan ser regadas. No veis que estais manchando el suelo?

Alina se volvió, miró un instante á la que le regañaba, y dejando la regadera, saltó sobre el diván, como el gatillo que habiendo recibido un arranazo de su madre, se cree ya suficientemente autorizado para ir á jugar con ella. A semejante ataque inesperado, la de Bergenheim quiso levantarse; pero antes de poderse incorporar, fue de nuevo derribada sobre los almohadones por la inocente Alina que apoderada de sus dos manos, la besaba en las mejillas.

Dios mío, y que mal géñio teneis de algunos dias á esta par-

te! dijo Alina apretando v'etoriosamente las manos de su adversario sobre la que estaba casi sentada.

—¿Quereis volveros como vuestra tia? Ahora no haceis mas que reñirme. ¿Qué os he hecho? ¿Estais incomodada conmigo? ¿No me quereis ya?

Esta interrogacion hecha con un acento cariñoso, produjo en Clemencia una especie de remordimiento de los celos que ella no podia vencer. Para expiarle, besó en la frente á su cuñada aparentando un afecto que tranquilizó bastante á esta última.

Qué estais leyendo, dijo, recogiendo el libro que durante el combate habia caido al suelo: — *Notre Dame de Paris*; qué interesante debe ser esto! ¿Quereis dejármelo leer? Eh! quereis ó no.

— Ya sabeis que mi tia os ha prohibido leer novelas.

— Eso es por hacerme rabiar y nada mas. ¿Creeis que tiene razon?... ¿Es preciso que no me instruya, y que pase mi vida en leer la historia y la geografía? Como si no estubiese cansada de saber que Luis XIII era hijo de Enrique IV, y que en Francia hay ochenta y cuatro departamentos!— A fé, que vos leeis muchas novelas. ¿Y si fuese malo lo haríais?

Sin meterse en una de aquellas controversias que el discurso extremadamente lógico de los niños hace siempre difíciles, Clemencia respondió con una voz imperativa y capaz de poner fin á la discusion:

Quando os caseis, hareis lo que querais. Hasta entonces es menester que sigais los preceptos de las personas que se interesan en vuestro bien, y cuidan de vuestra educacion.

Todas mis amigas, respondió Alina un poco enojada, tienen parientes que se interesan por ellas tanto como pueda hacerlo por mí vuestra tia, y sin embargo no les impiden el leer novelas. Ahí teneis á Clara de Saponay, que ha leído todas las novelas de Walter-Scott, Malek-Adel, Eugenia y Mathilde... y que sé yo..... Gessner, Mademoiselle de Lafayette.—En fin todo..... A mí solo se me permite leer á Numa Pompilio y á Pablo y Virginia.—Y á diez y seis años no es una ridiculez!

Vamos, no os enfadeis, id á la biblioteca, tomad una novela de Walter-Scott: pero que no sepa nada mi tia.

Al oir esta capitulacion, por medio de la que quiso probablemente Clemencia reparar su precedente rareza, Alina loca de contento dió un salto hasta la puerta vidriera. Apenas tuvo Gerfaut tiempo para abandonar su puesto de observacion, y precipitarse entre dos armarios donde se ocultó lo mejor que pudo debajo de una capa que por casualidad estaba allí colgada. Pero sin reparar la jóven en las piernas de aquel, que, como es natural, se encontraban

imperfectamente disimuladas, corrió la escalera de alto á bajo con la rapidez del rayo, y volvió á subirla, tarareando, con los dos volúmenes en la mano.

—Waverley ó la Escocia hace sesenta años, dijo leyendo el título, para alegrarse con anticipacion. He tomado el primer tomo porque ya me prestareis los demás á medida que los baya leyendo, ¿no es verdad? Clara me ha dicho que una señorita puede leer las obras de Walter-Scott, y que son muy bonitas.

Ya veremos si sois discreta, respondió Clemencia sonriéndose; pero cuidado con hacer ver esos libros á mi tia, porque yo sería á quien ella reprendería.

Tranquilizaos, ahora mismo voy á esconderlos en mi gabinete.

Fué hasta la puerta, se detuvo un instante, y volvió diciendo:

—Me parece que Gerfaut ha trabajado hoy en la biblioteca, porque he visto sobre la mesa un monton de librotos. ¿No es verdad que es muy amable en tomarse el trabajo de hacernos nuestra genealogía? ¿Se pone tambien á las mujeres en esas cosas? Creo que vuestra tia no figurará en eso para nada; además que no es de la familia....

Al nombrar á Gerfaut, la nube que se habia disipado en la frente de Clemencia, volvió de nuevo á oscurecerla.

No sé nada sobre ese particular, respondió secamente.

Lo digo, porque en el salon no hay sino retratos de hombres, cosa á la verdad que les hace poco favor. Yo preferiria ver los de mis abuelas; cuanto mas divertido sería contemplar aquellos hermosos trajes que llevaban en aquel tiempo, que no esas horribles barbas que dá miedo verlas.—Pero probablemente en los árboles genealógicos no se incluyen á las señoritas, continuó diciendo con aire pensativo.

Preguntádselo á Gerfaut, respondió Clemencia con una irónica sonrisa, seguramente no dejará de decíroslo, vistos los grandes deseos que tiene de complaceros.

¿De veras? dijo Alina con la mayor inocencia, no me atreveré jamás á dirigirle semejante pregunta.

¿Pues qué os asusta aun?

Un poco, repuso Alina bajando los ojos y ruborizándose.

Aquel sintoma devolvió á la de Bergenheim todo el mal humor, contra el cual se habia esforzado hasta entonces, y con un acento de penetrante burla replicó bruscamente:

¿Os ha escrito vuestro primo d'Artigues?

Alina levantó los ojos, y la miró distraidamente.

—No sé....

—Cómo! ¿no sabeis si recibisteis ó no carta de vuestro primo? dijo Clemencia riendo con afectacion.

—Ah! Alfonso..... no..... quiero decir..... sí; pero ya hace mucho tiempo.

—Cuán fria é indiferente os habeis vuelto con el pobre Alfonso! Ya no os acordais de lo que llorasteis el año pasado cuando se marchó, de lo que os incomodasteis con vuestro hermano, porque se chanceaba sobre tan tierna aflicción, ni de cuantas veces jurasteis que no tendríais jamás otro marido que no fuese vuestro primo!

—Yo era una tontuela, y Cristian decia perfectamente. Figuraos que Alfonso no tiene sino un año mas que yo, por consiguiente buena pareja hubiéramos hecho. Ya sé yo que no soy muy juiciosa, y por lo tanto es necesario que mi marido lo sea por los dos.—Cristian os lleva nueve años.

—¿Creeis acaso que es demasiado? dijo la Bergenheim con tono malicioso.

—Al contrario.

—¿Y qué edad quisiérais que tuviese vuestro marido?

—Treinta años sobre poco mas ó menos? respondió Alina titubeando.

—¿La edad de Gerfaut?

Una y otra se miraron un instante en silencio. Octavio, que era el único oyente de aquella conversacion, de la cual era él el objeto y el alma secreta, notó desde el sitio en que estaba oculto la expresion de dulzura que tomaron los ojos de Clemencia fingiendo provocar una entera confianza. La pobre colegiala se dejó seducir ingenuamente por aquella apariencia de interés y de ternura.

—Si me prometierais no decírselo á nadie, os contaría cierta cosa

—¿Y á quién quereis que se lo diga? Ya sabeis cuán discreta soy para vuestros secretillos.

—Pero este es un gran secreto, dijo Alina.

—Vamos á ver; sentaos aquí, y contadme ese gran secreto.

Clemencia tomó á su vez las manos á su cuñada haciéndola sentar á su lado.

—Ya sabeis, dijo ésta, que Cristian me ha prometido un reloj como el vuestro, porque el mío ya no me gusta. Pues bien, paseándonos ayer, me quejaba de que no me lo hubiese dado aun. ¿Y sabeis lo que me respondió?—Bien es verdad que se reia cuando lo dijo.—No es necesario que yo te lo compre; porque cuando seas la vizcondesa de Gerfaut, tu marido te lo regalará.

—Vuestro hermano ha querido divertirse á vuestra costa; ¿es posible que seais tan niña que no lo hayais conocido?

—Niña! dijo Alina levantándose muy picada; yo sé lo que he visto. Ayer tarde han estado hablando en el salon largo rato, y estoy muy persuadida de que era de mí de quien hablaban.

La baronesa soltó una careajada que aumentó el despecho de su cuñada, menos dispuesta que nunca á dejarse tratar como á una chiquilla.

—Pobre Alina! prorumpió la baronesa, has de saber que de lo que hablaban, era del quinto retrato, cuyo original no puede encontrar Gerfaut por mas que revuelve los archivos, creyendo por lo tanto que no pertenece á la familia. ¿Os acordais aquel de la cara arrugada con barba canosa que está junto á la puerta.

La pensionista bajó la cabeza, como un niño á quien derriba el soplo de una maligna hermana mayor su casita de naipes.

—¿Y cómo lo sabeis vos? dijo despues de un momento de reflexion. Estando tocando el piano, ¿cómo podiais oir de un extremo á otro de la sala lo que decia el Sr. de Gerfaut?

Entonces fué Clemencia la que á su vez bajó la cabeza, porque se le figuró que su cuñada adivinaba en aquel momento aquella sutileza de oido, aquella atencion continua con que bajo el velo de la indiferencia no dejaba escapar una sola palabra de Octavio. Así pues, segun costumbre, trató de ocultar su embarazo redoblando su ironía.

—Muy probable es en efecto que yo me engañe, y que vos tengais razon. Y bien, en ese caso ¿cuándo tendremos el gusto de saludar á la señora vizcondesa de Gerfaut?

—Yo no hago sino contaros sencillamente lo que pienso, y en pago siempre os burlais de mí, dijo Alina, cuya redonda cara se alargaba un palmo á cada palabra, pasando del sonrosado á la púrpura; si mi hermano me ha hablado de eso, ¿tengo yo la culpa?

—Me figuro que no habia necesidad de que os hablase de ello, para que pensaseis continuamente en lo mismo.

—Y qué, ¿no es menester pensar en algo?

—Pero es necesario sujetar el pensamiento; no es nada conveniente á una señorita el pensar en un hombre, respondió Clemencia con tal severidad, que si su tia la hubiese oido, habría reconocido en seguida con orgullo la pura raza de los Corandeuil!

—Pues yo creia que era esto mas propio de una señorita soltera que de una señora casada.

A tan imprevista réplica enmudeció Clemencia, y permaneció cortada delante de su cuñada como un estudiante delante del pedagogo, que acaba de administrarle una senda palmeta.

—Oiga la rapazuela, ¿á dónde diablos habrá ido á buscar eso? dijo para su sayo Gerfaut incomodado hasta el extremo por los dos armarios, entre los que se hallaba empotrado.

Viendo que su cuñada nada la respondia, tomó Alina aquel silencio por mal humor, y por no ser menos se enfadó tambien.

—A dios la dijo: estais hoy insufrible; ya no quiero vuestros li-

bros. Arrojó los volúmenes de Waverley sobre el divan, tomó su regadera sin reparar en que hacia otra nueva libacion sobre el entarimado, y salió cerrando estrepitosamente la puerta.

Pensativa y sombría la de Bergenheim permaneció inmóvil, como si la reflexion de Alina la hubiese convertido en estatua.

Entraré ó no, se preguntaba á sí mismo Octavio, ya fuera de su nicho y con la mano en el picaporte.—Hé aquí un nuevo Agnés que con sus simplezas me vá á causar una extorsion terrible. Persuadido estoy de que á estas horas hay quien boga viento en popa por el tempestuoso mar de los remordimientos, y esos dos capullos de rosa que tan fijamente está mirando, se le figuran los ojos de su marido.

Antes que la indecision del poeta hubiese cesado, se levantó la baronesa bruscamente, y salió de la sala cerrando tras sí la puerta con tanto extruendo como lo habia hecho su cuñada.

Maldiciendo en lo mas profundo de su alma á las colegialas, á los colegios y á los corazones de diez y seis años, á pesar de la poesia que en ellos encuentra un escritor ilustre, Geraut bajó la escalera del gabinete y volvió á la biblioteca. Despues que se hubo paseado largo rato por delante de los diccionarios y de los pergaminos instalados sobre la mesa, salió para subir á su cuarto. Al pasar por junto al gran salon, una horrascosa armonía irió su oido; cohetes cromáticos ascendentes y descendentes, escalas de seis octavas rápidas como las cataratas del Niágara, arpegios extraordinarios, un martilleo, en fin, de bajos capaz de hacer saltar las teclas, se sucedian sin interrupcion con una petulancia, con un nervio y un transporte que probaban que la furia francesa no es el infantazgo exclusivo del sexo fuerte. En medio de aquellas notas graves, locas, tristes, apasionadas rugiendo á veces cuando se reunian, Geraut reconoció en la pureza de los rasgos y en la brillante elegancia de algunos pasajes que aquella improvisacion no podia salir de los visoiños dedos de Alina. Comprendió pues que el piano servia de confidente en aquel momento á la baronesa de Bergenheim, y que desfogaba en él con toda la explosion que una larga concentracion hace al fin indispensable las contradictorias emociones á que se hallaba entregada hacia algun tiempo; así, para un corazon falto de otro donde poder desahogar su alegría y su pena, la música es un amigo que escucha y que responde. Bajo los dedos que interrogan, el instrumento recibe la presion del alma condolidada, y se anima para consolarla. El soplo del dolor errante sobre el teclado despierta una armonía que la mece y la embelesa, ó al menos viene á distraerla por una exaltacion pasajera.

Apoyando la cabeza contra la puerta del salon, escuchó Geraut algun tiempo en silencio. A cada frase, á cada modulacion, su espíritu

como por un maravilloso instinto de simpatía, se identificaba con el sentimiento de que ella era intérprete. Reconocía en aquellos acordes graves, roncós, lúgubres, sostenidos con vigor, como si la ejecutora de ellos pretendiera embriagarse con su disonancia; los punzantes acentos del arrepentimiento que se encarniza en el alma destrozándola con sus devorantes garras. Un sordo ruido de notas mas sostenidas y confusas en un principio elevándose despues insensiblemente y acabando por una especie de trueno estrepitoso, significó las dudas, los temores, y los tormentos de los celos. Aun habia sufrimiento, pero sufrimiento que se exhala en vez de consumirse; era el corazon herido dejando de sangrar su llaga, pero no el corazon oprimido y sofocado bajo una férrea mano que le prohíbe respirar para gemir. Despues de muchos suspiros, quejidos y agonías, el furor de aquella ejecucion disminuyó poco á poco, y se convirtió en una continuacion de dulces y tranquilas modulaciones, del mismo modo que el Ródano precipitándose desde las escabrosas rocas de Valais, corre despues adormecido en el pacífico Léman. Durante algunos instantes la imaginacion de Clemencia anduvo errante en medio de vagas melodías sin fijarse en ninguna. Por último un recuerdo pareció cautivarla. Despues de haber murmurado en el piano los primeros compases de la romanza del Sauce, volvió al motivo con mas precision, y cuando terminó el ritornelo, empezó á cantar con dulce pero apagada voz:

Assisa al pié d' un salice,

Muchas veces la habia oido Octavio cantar en sociedad, pero jamás con acento tan profundo. Por un pudor de aquellos que las mujeres nobles tienen por instinto, Clemencia se hubiera ruborizado de descubrir á los concurrentes de un salon la mas mínima sensacion de su alma, ni aun siquiera la mas ligera idea de aquellos sentimientos cariñosos que proporcionan un sonido de voz vibrante y tierna. Puede decirse que delante de extraños cantaba con los labios; mas ahora lo hacia con el corazon. A la tercera estrofa, luego que Gerfaut comprendió que ya podria hallarse exaltada, así por la expresion de su canto, como por el aroma de su melancólico amor, y del doloroso delirio que aquella esquisita romanza exhala, el poeta entró muy despacio, juzgando que el momento era favorable.

La primera persona que vió, fué á la señorita de Corandeuil recostada en un sillón, con la cabeza inclinada hácia atrás, los brazos caídos, y dejando escapar, á guisa de acompañamiento, una melodía nasal, cascada y silbante. Los anteojos de la sesentona, cuyos extremos enganchados en sus trenzas comprometian su armonía de una manera singular, estaban colocados á la punta de la nariz: la Gaceta

de Francia que se escapó de sus manos fué á dar precisamente sobre Constanza, acostada segun costumbre á sus pies.

Pitonisa atroz! exclamó Gerfaut. ¿La maldicion ha caído sobre mí, ó qué es esto? Sin embargo, viendo que la dueña y el dogo dormian tan profundamente como Guillot y su rebaño, cerró la puerta cautelosamente, y atravesó el salon andando de puntillas.

La baronesa habia cesado de cantar; pero sus dedos modulaban aun el motivo de la romanza. Observando la marcha circumspecta de Octavio, se inclinó un poco para mirar á su tia, cuyo sueño aun no habia notado, porque el enorme respaldo del sillón le impedia verla. Pocas personas conservan al dormir un gesto imponente, y por esta razon el perfil de la tia, á medio despeñar, tenia una expresion grotesca á cuya influencia no resistió la gravedad de su sobrina. La gana de reir fué mas fuerte en aquel momento que el respeto ó la melancolía; y al sentarse de nuevo, impelida por uno de aquellos movimientos comunicativos que produce la alegría, miró involuntariamente á Octavio que tambien reia por su parte. Aunque nada de sentimental habia en aquel cambio de ideas, procuró éste aprovecharse de él, y en un momento se colocó sobre un taburete, detrás del piano á la izquierda y solo distante unas cuantas pulgadas de Clemencia.

—¿Cómo hay quien duerma cuando cantais?

Así empezó. A cualquiera hubiera ocurrido una frase tan trivial; pero sino habia elocuencia en las palabras, la habia en la expresion. El suelto y desembarazado modo con que Octavio se sentó, la elegante precision de sus maneras, el gracioso movimiento de su cabeza inclinada seductoramente cuando hablaba, todo anunciaba una gran costumbre en la clase de conversacion que iba á emprender. Si las palabras eran de un estudiante, el acento y la desenvoltura eran de un maestro.

La primera idea que tuvo Clemencia fué la de levantarse y salir del salon; pero una especie de encanto la detuvo en su silla. Al ver brillar hacia de su rostro aquellos negros y penetrantes ojos, que tantos dias hacia le habian negado sus súplicas; oyendo vibrar, dulce como un suspiro, la voz que tanto amaba, sintió palpar su pecho, eclipsarse sus pupilas bajo los párpados, y no ser dueña de sus ojos para impedirlos fijarse sobre los de Octavio; pero haciendo un esfuerzo los volvió hacia otro lado afectando mirar á su tia.

—Tengo una gracia particular para hacerla dormir la siesta: dijo con un tono de jovialidad que la emoción de su seno desmentia palpablemente. Si quisiera la haría dormir hasta la noche; pero si no toco mas se despertará.

—Si así es, os suplico que sigáis tocando; no la despertéis, respondió Gerfaut; y como si temiese que no le escuchasen, empezó á tocar á diestro y siniestro, sin inquietarse de la disonancia que resultaba.

—Tocad á lo menos en el tono, dijo Clemencia sonriéndose, y sobre todo, toquemos con método.

La palabra toquemos, fué bastante indiscreta, porque su amante tomó acta de aquel término, calificándolo de consentimiento de complicidad en cuanto pudiera suceder. En una conversacion íntima, la palabra nosotros, es la mas traidora del lenguaje.

Ora fuese porque no tuviera gana de que despertase su tia, ora porque desease evitar una conversacion cuya turbacion presagiaba, á pesar de haberla deseado tan ardientemente, ora porque quisiese gustar en silencio la dicha de verse aun querida, pues desde que Octavio se sentó á su lado, sus mas leves movimientos eran otras tantas confesiones de amor, la de Bergenheim sacudió con donaire la cabeza por dos ó tres veces como buscando un motivo, y en seguida empezó á tocar el wals del duque de Reischstadt, marcando únicamente el compás de acompañamiento para indicar á su amante el sitio donde debía colocar los dedos.

El wals empezó. Clemencia tocaba la parte cantante y Octavio la del bajo; dos manos quedaban desocupadas, y precisamente las que se hallaban mas próximas. En tal situacion, ¿qué habian de hacer dos manos próximas y desocupadas cuando la una pertenecia á un hombre atrevidamente enamorado, y la otra á una mujer que despues de haber mortificado á su amante, recojia el fruto de su severidad? Antes que la primera parte se hubiese concluido, los blancos y afilados dedos de la llave de *sol* eran prisioneros de los de la llave de *fa*, sin que hayamos por esto de creer que la armonía padeciese detrimento alguno, puesto que la tia continuaba durmiendo.

Un momento despues, los labios de Octavio se imprimieron en aquella mano temblorosa, aspirando el aroma de aquella tibia y perfumada piel. Dos veces quiso la baronesa desasirse, porque ya el estremecimiento de aquella caricia corria por sus venas; y dos veces le faltaron fuerzas para verificarlo, cambiando su tentativa en una presion continua contra aquellos tenaces lábios que ella se figuraba tener sobre el corazon. La mano, pues, devolvía sus halagos. Urgente se hacia ya que la tia se despertase; pero entonces mas que nunca dormía á todo trapo, aunque el wals continuaba; y si se notaba alguna leve indecision en el canto, la mano izquierda egecutaba sus notas con una enerjía capaz de convertir á Mademoiselle de Corandeuil en otra *Belle au bois* dormida.

Luego que Octavio hubo acariciado una y mil veces aquella mano que ya no le disputaban, levantó la cabeza para obtener un nuevo favor; porque los amantes no son como el mar, á quien se le dijo: De aquí no pasarás! Esta vez la de Bergenheim no volvió los ojos á otra parte; pero despues de haber mirado á Octavio del mismo modo que

deben mirar los ángeles, le dijo con una coquetería llena de seducción.
—Y Alina?

La muda contemplacion que obtuvo por respuesta encerraba una indiferencia tan elocuente sobre este particular que en su vista toda palabra era supérflua. Contemplándose querido Gerfaut, daba gracias á la estratagema que le habia procurado la felicidad de que estaba gozando; pero aparentó desdenarla, para saborearla mas á su gusto. Su dulce y maligna sonrisa vendió el secreto de su maquiavelismo; fué comprendido y perdonado. En este momento todo desapareció; dudas, temores y combates; muchos esfuerzos les habia costado desunirse: pero los dos se hallaban envueltos en la misma caída. Ya no necesitaban esplicaciones acerca del mútuo sufrimiento que el uno y el otro habian tenido, porque este habia dejado de existir, y se hallaban ya en aquel paraíso del amor, cuyo éxtasis se hace mas delicioso con el recuerdo de las penas pasadas. Permanecieron largo rato en silencio contemplándose dichosos de verse, el uno junto al otro, solos, porque la tia no pensaba en despertarse, respirando el mismo aire, sintiendo latir sus corazones al mismo tiempo, meciéndose blandamente al son de aquella música cada vez mas incierta y confusa, y temiendo disipar con una sola palabra el inefable embeleso de aquella felicidad. Cambiáronse sus almas en abrasadoras miradas, cuyo ardor y adoracion eran iguales, porque la última resistencia habia huido del corazon de Clemencia. Y cuando sintió los labios de su amante reemplazar en los suyos el beso de sus ojos, cayó sin sentido en los brazos que la enlazaban apretando el teclado por una contraccion nerviosa; parecíale que el salon daba vueltas, que el dia se convertia en noche, y que su vida se evaporaba en un suspiro lentamente respirado por Octavio.

El vals se habia concluido, y sin embargo la señorita de Corandeuil no se habia despertado. Ningun ruido se oia, y hubiera podido decirse que tambien el sueño se habia apoderado de los dos amantes: inmóviles en los brazos el uno del otro, como dos ángeles orando. Este hechizo fué interrumpido por un ruido espantoso, semejante al de la trompeta que debe llamar á los culpables al juicio final.

XVI.

¿Habeis visto en una serena tarde de octubre una pareja de palomas cerniéndose sobre las copas de los árboles de un bosque deshojadas por el otoño? Semejantes á dos aéreos esquifes sujetos con invisibles amarras, su vuelo es dulce y silencioso, sus alas se bañan con delicia

en el aire que las sostiene, y el instinto que las guía presta á todos sus movimientos un aspecto de gracia muelle. Mas de repente, escondido tras de alguna encina, un cazador apunta á las aves con seguridad, y las hiere á entrambas en medio de su gozo y de su ternura. Si por ventura no eres cazador, lector amigo, puede que te inspiren alguna lástima estas pobres avecillas que caen mutiladas y sangrientas.

Una bala que hubiera herido del mismo modo á nuestros amantes no les habria parecido tan cruel como la sensacion causada por aquel espantoso estrépito. Estremeci6se Clemencia de pies á cabeza, y se recogió en su silla helada de terror. Gerfaut se levantó no menos turbado que ella: la señorita de Corandeuil, arrancada súbitamente á su pacífico sueño, se puso en pié de repente como esas figuras fantásticas que saltan de una caja de tabaco.

Abrióse una de las hojas de la puerta situada enfrente de los balcones: asomó en aquel hueco la boca de una corneta de caza, y la tocata de la muerte del lobo hizo retemblar los ecos del salon con una fuerza que probaba que el músico hubiera podido bien luchar con Rolando en Roncesvalles. El drama se convirtió en parodia, y una segunda peripecia cambió la pantomima y los sentimientos de los personajes. Volvió á caer la vieja sobre su silla tapándose los oídos y pataleando; pero en vano pretendió manifestar su indignacion de viva voz, sus palabras se perdieron en la confusion del terrible instrumento. Clemencia se aplicó los dedos á los oídos como su tia: ya se vé, algo habia de hacer: Gerfaut soltó la carcajada alegremente como si le pareciera admirable la broma, porque la colorada faz del baron de Bergenheim acababa de sustituir á la trompa, y reia con unas ganas que inspiraba deseos de acompañarle.

— Ah! ah! ah! no contabais con esta parte de acompañamiento, dijo el baron cuando pasó algo de su primer acceso de buen humor: ¿es este el artículo de la *Revista de Paris* que teniais que escribir? ¿y pensais que os deje cantar duos italianos con mi esposa mientras yo me voy á correr por los bosques? vizconde, no soy un marido tan bonachon. Ea, ea, media vuelta á la derecha, y hacedme el obsequio de una escopeta para que salgamos á echar un par de liebres antes de comer.

— Bergenheim.... Bergenheim, exclamó la vieja cuando su conmocion pudo permitirle hablar; esto ha sido una falta.... una grosería.... modales de soldado, de caribe; tengo la cabeza destrozada, y de seguro antes de un cuarto de hora me asaltará una terrible jaqueca. Esas gracias son buenas para gánzápiros.

— Eh! no os acordeis de la jaqueca, tia, respondió Cristian, cuyo buen humor rayaba en mas alto grado que otras veces; si estais mas fresca que un capullo de rosa.... y Constanza tendrá para comer cabezas de liebre en abundancia.

En este momento, otro alboroto no menos estrepitoso que el primero, resonó en el patio: los acentos roncros y desentonados de una bocina de caza tocada ávidamente por un aficionado muy novicio, hacían el acompañamiento á los ladridos confusos y variados de una numerosa jauría; y todo esto interpolado con careajadas, latigazos y clamores de todo género. En medio de este bullicio, distinguióse de pronto un alarido mas penetrante que todos los demás, un grito de angustia y desesperacion.

—Constanza! exclamó la señorita de Corandeuil asustada: precipitose hacia los balcones de la antesala, y todo el mundo la siguió!

El espectáculo que el patio presentaba era tan animado como pintoresco. Marillac, de pié en un banco, soplabá como un triton, en una trompa á la Dampierre, ensayándose en el wals de *Roberto el Diablo* de un modo mas infernal todavía que aquel con que le escribió el autor. A sus pies, siete ú ocho cazadores y otros tantos criados alentaban con sus gritos á la numerosa trailla compuesta de mas de cuarenta perros, animosos para la caza como ellos solos, pero como ellos solos tambien alborotadores y pendencieros.

En medio de esta horda sin fé ni ley, habia caido la infortunada Constanza despues de atravesar la antesala, la escalera y el portal, perseguida siempre por el eco de la trompa de Cristian que producía en sus nervios el efecto del cuerno de Artolfo. Bien fuese que la querrela entre la señorita de Corandeuil y Bergenheim hubiera alcanzado á la gente canina, ó fuera instigacion de los lacayos, quienes desde el mas grande al mas pequeño detestaban cordialmente al animal, lo cierto es que se vió lanzado en un momento como si fuera un gamo, atropellado, volteado, mordido por los cuarenta foragidos de cuatro patas, que parecían resueltos á llevarse cada cual á guisa de trofeo un pedazo de su vestimenta, color de café con leche.

El personaje que mas se divertía con este deplorable espectáculo era indudablemente el tio Rousselet. Estregábase las manos con regocijo, y su bocaza hendida articulaba un silbido provocador que alentaba á los asesinos en su crimen, casi tanto como la clarinada de Marillac.

—Constanza! volvió á gritar la señorita de Corandeuil, helada de espanto al ver á su dogá tendida en medio de sus enemigos, y semejante á un esqueleto de caballo roído por los lobos.

Este grito no hizo efecto alguno en la parte animal de los actores de aquella escena, pero produjo en los lacayos y aun en una parte de los cazadores, la misma impresion que el terrible clamor de Aquiles en los Troyanos á orillas del Escamandro: cesaron los ahullidos; muchos de los espectadores procuraron escurrirse prudentemente; el picador empezó á llamar á latigazos á sus subordinados,

y Rousselet, mas político que todos los demás, se arrojó intrépidamente á la cohorte, lanzando á derecha é izquierda vigorosos puñetazos, y asíó en sus brazos á la perrita casi desmayada, sin cuidarse de los faldones que dejaba á la encarnizada tropa perruna.

Cuando vió la vieja á sus pies el objeto de su ternura, cubierto de lodo, salpicado de sangre, y exhalando gemidos ahogados que la parecieron el extertor de la muerte, desplomóse sobre una silla sin decir una palabra.

—Largo de aquí, dijo por lo bajo Bergenheim á su huesped asiéndole del brazo.

Gerfaut tendió una mirada en derredor buscando á la señora de Bergenheim, pero no la encontró. Sin apurarse por la desesperacion de su tia, Clemencia se refugió á su habitacion, porque conocia la necesidad de estar sola para calmar su conmocion, ó acaso para gozar en paz de ella por segunda vez. Por lo tanto, Octavio se resignó á seguir á su compañero, cuya retirada tenia todas las trazas de una verdadera derrota. En menos de medio minuto, cazadores y perros dejaron desierto el patio, y se alejaron rápidamente por la calle de plátanos camino del bosque, en bulliciosa algazara, charlando y cantando alegremente. Tan solo Gerfaut se arrastraba á su pesar á retaguardia, desmintiendo de esta suerte la pasion por la caza de que en un principio habia hecho alarde.

En la actualidad la enerjía de sus sensaciones podia mas que el disimulo exigido por la prudencia, que en él era ya habitual.

Para ponerse al nivel de sus compañeros hubiera necesitado una perfeccion de hipocresía, de que se juzgaba incapaz á pesar de todos sus esfuerzos. Cuando uno se ha elevado en alas de la fé, de la poesía ó del amor hácia esas regiones que todavia no son el cielo, pero que se acercan bastante, y desde donde se escuchan ya sus conciertos, y se columbran sus resplandores, el menor ruido de la tierra forma una disonancia que desgarrá todas las fibras del alma.

A los pocos minutos, los ladridos de los perros, las chanzonetas de los cazadores, el zumbido del viento en los bosques, el susurro de las hojas, y mas que todo las inagotables bufonadas de Bergenheim habian promovido en Gerfaut tan completo fastidio, que se pintó á las claras en su rostro. Esta expresion lúgubre chocó al baron, quien por naturaleza era el hombre menos observador del mundo.

—¿Qué cara de entierro teneis? dijo á su huesped riendo; pareceis un ciervo perseguido. En verdad que me arrepiento de haberos arrancado de casa; la compañía de las hembras os era mas agradable.

—¿Tendreis celos si os digo que es así? respondió Octavio haciendo un esfuerzo para acomodarse al tono de zumba de su interlocutor.

—¿Celos? de ninguna manera; y no porque no seais digno de causar

:

recelos á un pobre marido. Pero los celos no son propios de mi carácter ni de mis principios.

—¡Sois filósofo! dijo el amante con una sonrisa algo forzada.

—Mi filosofía es sumamente sencilla. Respeto demasiado á mi mujer para sospechar de ella, y me quiero también á mí mismo lo suficiente para no atormentarme de antemano por una desgracia imaginaria. Cuando llegara á suceder esta desgracia, tendría tiempo para ocuparme de ella. Era negocio pronto concluido.

—¿Qué negocio? preguntó Marillac interrumpiendo un coro que cantaba solo, y alojando el paso para tomar parte en la conversacion.

Un negocio bien tonto, querido, con el que aun no teneis que ver nada, vos ni vuestro amigo Gerfaut, ni espero que yo tampoco, aunque estoy en la categoría.... Hablamos del infortunio conyugal.

—Mucho habria que decir sobre el particular, observó Marillac en tono sentencioso mirando á su amigo de reojo: es materia que daría para escribir tomos enteros. En cuanto al modo de verlo, cada uno tiene su sistema y su plan de conducta.

—¿Y cuál sería el vuestro, picaron? repuso Cristian: ¿seriais un marido tan cruel como inmoral solterón sois? Porque infaliblemente á lo uno sigue lo otro. Ea, veamos, ¿cuál sería vuestro sistema?

—Estais equivocado, Bergenheim: mis caravanas de soltero me han dispuesto esencialmente á la indulgencia. *Debilis caro.*

—Soy poco fuerte en el latin. Con que ¿qué quiere decir?

—Quiere decir que si yo fuera casado y me engañara mi mujer, tomaría un partido prudente, en atencion á la reconocida debilidad de ese sexo encantador.

—Cosas de soltero, amigo mio, ¿y vos, Gerfaut?

—Confieso, respondió este algo turbado, que no he reflexionado mucho ese punto. Y además como yo creo en la virtud de las mujeres....

—Bah! mirad que ahora no estan aquí las señoras, y es perdida vuestra galantería. En caso de desgracia, ¿qué hariais?

—Me parece que diría con Lanoue:

«El necio chilla, el tonto llora, el hombre de honor engañado se aleja y calla.»

—En parte soy de la opinión de Lanoue: solo que yo intercalaría una pequeña variante diciendo: *se aleja, se venga y calla.*

Segunda ojeada de inteligencia de Marillac á su amigo.

—*Per Bacco!* dijo en seguida: sois un esposo veneciano.

—Eh! respondió Bergenheim, digo que mataría á mi mujer, al quidam, y puede que á mí mismo por remate! He! sultan, por ahí, albahá!

Diciendo estas palabras, de un salto gigantesco salvó un foso que

separaba el camino por donde iban los tres amigos, de un llano adonde habian ya entrado los otros cazadores.

—¿Qué opinas? murmuró el artista al oído de Octavio con acento dramático.

En vez de contestar, hizo el amante un movimiento de labios intraducible pero que significaba:

—No se me dá nada.

Mientras Marillac saltaba el foso, vió su amigo al otro extremo del llano á la de Bergenheim que paseaba lentamente por la calle de plátanos. Un momento despues desapareció detrás de unos arbustos, sin que ninguno de los otros cazadores la hubiera columbrado.

—Cuidado con caer, dijo el artista, el piso está muy escurridizo.

Esta advertencia fué perjudicial á Gerfaut, que al saltar tropezó en una raíz y cayó.

—¿Os habeis herido? dijo Bergenheim.

Octavio se levantó haciendo esfuerzos para andar, pero vióse en la precision de apoyarse en su escopeta.

—Me parece que me he torcido un pié, dijo, y se llevó la mano al punto designado como si experimentase un vivísimo dolor.

—Diantre! puede que sea una dislocacion, observó el baron volviendo pies atrás: sentaos. ¿Creeis que podreis andar?

—Sí, pero temo que la caza me fatigue demasiado: voy á retirarme.

—¿Quereis que se forme una parihuela para conduciros?

—¿Os burlais? no soy tan flojo. Volveré pasito á paso, y tomaré un baño de pies.

—Apóyate en mí, yo te acompañaré, dijo el artista ofreciéndole el brazo.

—Gracias, no te necesito, respondió Octavio: véte con mil de á caballo! añadió por lo bajo.

—Capisco, repuso en el mismo tono Marillac apretándole el brazo. Oh! sí, sí, no puedo permitir que te vuelvas solo. Bergenheim, continuad vuestro paseo, una torcedura no vale la pena con tal que respete el gaznate y el estómago.

Miró Cristian alternativamente á sus huéspedes y al grupo que estaba ya al otro extremo del llano. Hubo un momento en que la caridad cristiana luchó con su pasion por la caza; pero venció esta al fin: y sobre todo cuando vió que Gerfaut, aunque cojeando algo, estaba realmente en disposicion de andar, y mucho mas con el auxilio de su brazo.

—No os olvideis de meter el pié en agua, le dijo, y llamada a Rousselet: es muy práctico en dislocaciones.

Tranquilizada su conciencia con esta recomendacion se alejó para

seguir al alcance de sus compañeros, mientras los dos amigos des-
hacían lentamente lo andado.

—Soberbio marido! exclamó Marillae soltando el trapo á reir: y
pensaba amedrantarnos! estos bonachones de maridos tienen unas
ocurrencias! por supuesto, ¿la torcedura es ardid? entiendo, en-
tendiendo.

—Vas á hacerme el obsequio de dejarme en paz así que lleguemos
al soto, respondió Gerfaut sin olvidar la cojera: seguirás derechito
tu camino, ó desfilarás por la izquierda, como gústes, el único lado
prohibido es el derecho.

—*Suficit.* Serás servido.

—No vuelvas al castillo, porque debe aparecer que estamos jun-
tos. Si te vuelves con los cazadores, dile á Bergenheim que me has
dejado sentado al pié de un árbol, y que se me ha pasado lo agudo
del dolor. Mucho mejor hubiera sido que no me acompañases con-
forme yo quería.

—Tenía mis razones para desear salir de las garras de Cristian.
Hoy es lunes, y á las cuatro tengo una cita en que tú estás mas inte-
resado que yo. Ahora bien, ¿quieres seguir un buen consejo?

—Escucharle, sí, seguirle, no respondo.

—O raza de amantes! exclamó el artista exaltado, raza loca, absur-
da, endiablada, impía y sacrilega!

—¿Qué mas?

—¿Qué mas? te digo que todo esto vá á acabar con puñales.

—Bah! ya no hay puñales.

—¿Sabes que ese rabioso de Bergenheim, con su cara de pascua
y sus risotadas tiene á su cargo tres ó cuatro muertes hechas por
bagatelas?

—*Requiescant in pace.*

—Mira no tenga que mandar entonar un *De profundis* por tí tam-
bien. Es él excelente espadachin, excelente tirador; un hombre en
fin completo.

—Bueno, si llego á tener un lance con él, nos batiremos con ar-
sénico.

—Mala ocasion de chanzas. Te digo que si nota algo, no se an-
dará en chiquitas: te mata lo mismo que al conejo que ahora
persigue.

—Podrías buscar comparaciones menos humillantes para mí, res-
pondió Gerfaut sonriendo, prescindiendo de lo que exageras. Todas
esas grandes reputaciones de matachines suelen desmentirse en un
encuentro formal; esto no es quitar su mérito á Bergenheim, pues
le creo muy sólido, muy real.

—Es indudable, es un verdadero león del Atlas! por eso me parece

una extravagancia venir á atacarle en su jaula, y traerle de la melena. Enhorabuena que te enamores de su mujer, que la hagas la corte, mientras él esté á cien leguas; pero ponerte al alcance de su garra no es amor, es demencia. Es muy capaz de asesinarte, y ofrecer á su mujer tu corazón estofado.

— Hombre, al menos sería una muerte pintoresca, y nada vulgar.

— Que aproveche. No te envidio la expectativa; mírale, hombre, mírale bien, ¿no tiene trazas de un Goliath?

Sobresalía en efecto la hercúlea figura de Cristian sobre todas las de los otros cazadores, y á pesar de la distancia, se oyó resonar el metal de su voz, vigorosa como toda su persona, aunque sin poderse distinguir sus palabras.

¿Marillac, no comprendes los encantos del peligro, el atractivo que las dificultades dan al placer? Las manzanas del jardín de las Hespérides debían ser mil veces mas sabrosas que las del árbol de la ciencia, guardadas como estaban por un dragon. No sé si es vejez precoz del alma, si mi gusto embotado necesita estimulantes que reanimen el amor; pero te confieso que esa vigorosa figura de Cristian produce en mi drama un efecto, que por cuanto tiene el mundo no quisiera destruir: es la sombra que hace aparecer mas viva la luz. Desde que estoy aquí le he estudiado, y le conozco como si me hubiera criado con él. Estoy cierto de que á la primera sospecha me matará si puede, y siento un interés particular en saber que está expuesta mi vida. Todas esas pasiones parisienses son cargantes de puro pacíficas. ¡Es moneda tan corriente! ¿cómo quieres que resista uno el sueño en brazos de una dicha, que le arrulle con la monotonía de una nodriza? Para movimiento no hay como el mar: el cielo sobre la cabeza, el abismo á los pies.

— ¡Estás loco!

— Casi agradezco á Bergenheim que sea como es. Da grima ver á un marido débil ó sandio: pero á éste le estimo ultrajándole, y amo mas á Clemencia.

— ¡Si no te burlas eres de lo mas estúpido que ha nacido! Tú, materialista, apegado á la vida, gozar con tener la espada de Daimos sobre la cabeza! ¿Y á eso llamas felicidad? ¿á eso vivir?... Majadero!

— Ya estamos en el soto, respondió Gerfaut soltando el brazo del artista, y dejando de cojear; ya no pueden vernos: con que basta de ficción. Ya sabes lo que has de decir si vuelves á buscarlos: que me dejas al pie de un árbol.

Esto dicho, se echó al hombro la escopeta que le había servido de apoyo hasta entonces, y se internó en la espesura por el lado del río.

XVII.

Al extremo de la calle de plátanos formaba la orilla un plano inclinado parecido al en que estaba edificado el castillo, pero mucho mas cortado y sin desmontar en parte. Para evitar este paso impracticable para carruajes, el camino que conducia á lo alto del valle revolvía á la derecha para seguir una senda mas igual. A orillas del agua no habia mas que un estrechísimo sendero cubierto por la sombra de los sauces, y cortado en su principio por un enorme trozo de roca tapizado de musgo, defensa natural, que el tiempo despeñara desde lo alto de la montaña para cerrar el paso.

No era, sin embargo, insuperable este obstáculo: mas para salvarle se necesitaba de una planta firme y de una cabeza inaccesible al vértigo, porque el menor descuido podia precipitar al desgraciado en el rio, cuya rapidez estaba en relacion de su profundidad. Desde la roca se podia llegar á lo alto del escarpe por medio de unos escalones de piedra mas á propósito para cabras que para hombres, ó volviendo á bajar por el otro lado, seguir el camino del rio momentáneamente interrumpido. En este último caso, á distancia de sesenta pasos, se llegaba á un sitio, donde la orilla bajaba otra vez, donde el torrente se ensanchaba sobre un fondo de arenas y de fango, que asomaba acá y allá, formando islotes cubiertos de zarzales. Este sitio era el vado usual para los que teniendo que pasar de una orilla á otra, querian ahorrarse el bajar hácia el puente del castillo.

Al lado de la roca de que hablamos y hácia la parte de los plátanos, la base de la especie de muralla contra la cual estaba apoyada como un poste, formaba una especie de escavacion bastante profunda: la corriente habia tropezado con piedra blanda, y su incesante violencia habia llegado á ahondarla. Era una gruta natural formada por el agua, pero al cual la tierra por su parte se habia encargado de obedecer. Por delante, un enorme sauce habia echado raíces á algunas toesas del suelo en una hendidura de la roca, y dejaba caer sus melancólicas ramas que flotaban en el agua. Cuando iba el sol á quebrantar sus rayos sobre el verde cortinaje, penetrando acá y allá á través de la oscuridad alguna luz, cuando el viento azotando las copas de los bosques, evocaba sus tímidas armonías, cuando el rio elevaba su monotonó murmullo, un concierto singular de luz lejana, de tibia frescura, de melodías vagas y sentidas, prestaba á aquel santuario un extraordinario encanto de soledad y de melancolía.

Hacia algunos instantes que la baronesa estaba sentada á orillas de la gruta en un banco formado por la base de la roca. Con una varita que maquinalmente arrancára en el camino, trazaba sobre la arena fina brillantes y fantásticos dibujos que horrabá en seguida cuidadosamente con el pié. Sin duda estos geroglíficos inesplicables para cualquiera persona, significaban algo á sus ojos: sin duda su imaginacion infundia pensamiento á aquellas líneas confusas, y temia que el menor vestigio olvidado por acaso revelase el secreto.

Cuando amamos, la naturaleza entera ama con nosotros, se hace cómplice de nuestros menores pensamientos, recibe las eternas confidencias de nuestro ánimo, y se reviste de vida humana para escuchar y responder. Entonces adquiere la imaginacion facultades inauditas: destruye las formas del mundo exterior para echarlas en un molde nuevo: presta inteligencia á la materia mas inerte, y la crea á la imágen de su deseo, como Dios crió al hombre á su propia imágen.

Estaba Clemencia abismada en uno de esos éxtasis que destruyen el tiempo y la distancia, y durante los cuales la vista del alma percibe una imágen ausente con tanta fidelidad como teniéndola delante. Las fibras de su corazon, cuya vibracion-paralizára la llegada de Cristian, habian recobrado su apasionada agitacion. Se hallaba sola, y á sus solas reproducia la entrevista del salon: oia de nuevo el pérfido wals: sentia el calor del aliento de su amante: recibia aquella mirada magnética que jamás habia podido soportar sin turbarse, y al llegar á esta parte de su sueño, habia degenerado en realidad: porque Octavio, sentado al par de ella, sin que le hubiese oido llegar, habia renovado la escena del piano.

No experimentó miedo porque no era una impresion nueva, era la encarnacion de su sentimiento preexistente, era su pensamiento realizado. Habia llegado su espíritu gradualmente á ese punto de exaltacion que hace imperceptible el paso del sueño á la vida. La pareció que siempre habia estado allí Octavio, que aquel era su puesto; en un momento no pensó nada. Pero muy pronto recobró la razon: levantóse sobrecogida, y se alejó algun trecho, quedándose clavada con los ojos bajos y las mejillas cubiertas de rubor.

—¿Por qué me temeis? ¿no sabeis que soy digno de amaros? la dijo con voz conmovida. Y sin procurar detenerla, ni acercarse á ella, se puso de rodillas con un movimiento lleno de gracia y de tristeza.

Cuando una mujer no ha reconocido oficialmente como derecho el favor sorprendido en un instante de arrebató, descender de sus brazos á sus pies es contravenir á la ley, que hace axioma de amor el dicho de Danton: y generalmente esta falta tiene un resultado fátal. Gerfaut lo sabia esto perfectamente, porque pocos jóvenes ha-

brian estudiado detenidamente los mas insignificantes pormenores del arte que Ovidio consagró con una poética especial. Pero sabia al mismo tiempo que si en circunstancias ordinarias deben seguirse las reglas generales, suele presentarse á veces tal caso escepcional, tal situacion, en que es indispensable el olvido de los principios habituales. En la actitud asustada de la hermosa, en el rubor de sus mejillas, en el súbito brillo que advirtió á través de los entornados párpados, dedujo que se preparaba una accion de rigorismo, y tuvo miedo, porque sabia que las mujeres, poseidas del remordimiento, castigan siempre al amante por via de expiacion por ellas propias.

—Si dejo cobrar fuerzas á esta virtud, pensó, soy hombre perdido en quince dias á lo menos.

Y le parecia denasiado dulce su posicion para comprometerla con una imprudente temeridad. Tranquilizar á la blanca paloma de mirada de águila para quitarla de la cabeza el capricho de volarse otra vez, era un rasgo de política no menos que de buen gusto. Hizo una de esas juiciosas retiradas que serían una fuga para un general mediano, pero con las que un capitan hábil conquista un título de gloria, como si fuera una victoria real. Abandonó el peligroso terreno en que se habia acampado, antes de que le arrojasen á viva fuerza, cambiando el mas apasionado arrebato en el mas sumiso continente. De modo que cuando alzó Clemencia los airados ojos, en vez de un atrevido á quien castigar, halló un amante respetuoso á quien perdonar; buscaba un enemigo insolente, y se la presentó un esclavo suplicante.

Respiraba tan lisonjera humildad la actitud de Octavio, tan inquieta ternura su acento, que se sintió desarmada, y se dispó en su frente la tormenta, sin que el rayo acompañase al relámpago. Un sentimiento de inefable ternura experimentó al ser así comprendida y obedecida antes de mandar, porque no adivinó el maquiavelisimo oculto bajo esta adoracion: solo vió la estimacion á su persona, el respeto á su pudor, una delicadeza hermana de la suya; una coqueta mas hábil hubiera temido un lazo oculto. No pudo contener un arranque de agradecimiento hácia el que tan bien sabia amar, y la sacrificaba con seductora modestia las exigencias de su propia pasion. Aun pensó tambien (tienen las mujeres á veces ideas tan extrañas!) que concederle una recompensa por su conducta sería una medida de alta prudencia, y así le alentaría á continuar por el buen camino, haciéndole aficionarse á la tierna y virtuosa mirada, en cuya peligrosa utopia meditara alguna vez. Acercóse á Octavio, le asió de la mano para levantarle, y se sentó la primera para obligarle á que la imitase. Cuando se hubo vuelto á colocar á su lado, estrechó dulcemente la mano que no habia soltado, y buscó las miradas de su

amante con apaciguados ojos, diciéndole con aquella voz profunda y penetrante que tienen las mujeres alguna vez.

— ¡Amigo mío!

Hay palabras muy sencillas, vulgares si se quiere, pero que en caso de necesidad recobran todo el lujo de su significacion primitiva. Las mujeres en particular poseen el secreto de estas expresiones.

En la posicion en que Clemencia se encontraba, era muy difícil arreglar su manera de expresarse, y pocas frases habia en el lenguaje que debia usar que no envolviesen algun peligro. Conciliar la efervescente pasion de su amante con la dignidad de su propia virtud de tal suerte que la una permaneciese sin mancha, y la otra no se viese ofendida; transformar aquella gruta sombría y llena de asechanzas en uno de aquellos retirados asilos donde espiran los deseos desmedidos y los malos pensamientos; ensalzar su trono de reina, pero de reina indulgente y graciosa; cubrirse con el velo del recato sin por eso ser altanera; hacer seguir el mismo movimiento á dos corazones, de los cuales el uno palpitaba, á su modo de ver, con demasiada violencia, pero ambos tan dichosos de latir al mismo tiempo, esta era su mision, bien difícil de llenar por cierto. Los sentimientos enérgicos siempre son desagradables. La mas leve señal de frialdad ó indiferencia hubiera podido picar la extremada delicadeza de Octavio, y vivir en paz con él era para Clemencia una necesidad á la que hubiese sacrificado tal vez mas de lo que ella misma se atreviera á confesar. Por otro lado, ¿qué peligro no habia si se abandonaba á aquella emocion que la axaltaba á cada instante, y de la que apenas podia ya evadirse? ¿Cuál seria su refugio si tenia un momento de debilidad? Perder tal vez para siempre su amante si le repudiaba con un rigor que él pudiera calificar de capricho; ó perderse ella misma si no le detenia. Así caminaba entre estos dos escollos, y para no caer en ellos, para no ser cruel negando demasiado, ni imprudente concediendo con exceso, necesitaba una destreza maravillosa y un tacto tan esquisito como prudente. ¿Pero no poseen las mujeres una ciencia innata de todo lo que es bueno y conveniente? hay en el mundo un abismo sobre el cual no puedan mecerse jugueteando, si quieren desplegar aquella mágica inteligencia de que la naturaleza las ha dotado?

Amigo!... este fué el talisman encargado de conjurar los peligros de tan crítica posicion. Todo lo envolvía esta palabra, perdon de lo pasado y regla para el porvenir; la declaracion de una íntima ternura y la salvaguardia contra su exceso, era un don y una súplica á la vez, ¿y no era aquel suficientemente precioso para que un hombre pundonoroso juzgase imposible despreciar esta?— Venid, parecia decir tan diestra palabra, huyamos de esta atmósfera abrasadora

donde quereis detenerme; sus vapores ensucian mis blancos vestidos, su llama marchita las flores de mi corona, y su emponzoñado olor impregna en el alma una languidez funesta, y en la frente un delirio de criminal embriaguez. No debe el ángel descender hasta el hombre, sino este elevarse hasta aquel; no me degradeis, vos seríais el desgraciado, porque yo pertenezco al cielo, y perderle sería mas cruel que el morir; la virtud es una patria, cuyo destierro de ella es insostenible; sí, seríais desgraciado, porque sé que me perteneceis, y mi dolor sería el vuestro. No corteis mis alas, pero sí tomad mi mano y donde las pasiones se ennoblecen, y los corazones se divinizan. Allí, seguidme; volaré por los dos, conduciéndoos por las bellas regiones es permitido amarse, porque la ternura se halla santificada por la pureza. Observad que en el amor hay virtud y crimen, como en los incienso perfume y ceniza. Una vez devorados por el fuego, la virtud y el perfume se elevan al cielo, la ceniza y el crimen descenden á la tierra. Arrojad al viento la ceniza de vuestro amor para que al acercarme no me mancille. Vuestra pasion es como el carbon, que se apaga despues de haber causado el incendio, la mia es como la estrella del firmamento, que alumbra pero no quema. Ya lo veis, yo soy quien posee la verdadera ciencia; así pues escuchadme y obedeced si quereis que os ame, y yo seré dichosa pudiendo amaros.

Tal era la frase con que la mirada y la voz de la señora de Bergeheim enriquecieron una palabra única pero fecunda; Gerfaut la entendió sin necesidad de oirla pronunciar, penetrando hasta los mas recónditos pliegues de aquel velo medio descornado con toda la fluidez, gracia y delicadeza del talento femenino. Pedíale la paz, y la paz es muy dulce para quien está cansado de la guerra. Aceptó pues el tratado sin discutir las condiciones, inclinóse ante el ramo bendito del amor espiritual que le era presentado como oliva pacificadora, haciendo creer de esta suerte, que consentia para siempre el exorcismo de sus indiscretas pasiones. Pero al propio tiempo que respondia con las mas dulces expresiones y con las mas sumisas protestas, su imaginacion pesaba con inconcebible rapidez las ventajas é inconvenientes de aquel trato. Sus palabras eran las de un amante de quince años, sus reflexiones las de un diplomático de cincuenta.

Amigo!... si... no hay duda se decia á sí mismo. No disputaré sobre la significacion de esta palabra siempre que se reconozca el hecho; ¿qué me importa el color de la bandera? esto solo puede preocupar á los tontos. Amigo! aun no es esto el trono, pero sí un escalon para subir á él. Provisionalmente la playa no es mala, y siempre me hallaré mejor colocado en ella que sobre aquella brecha de donde me veo rechazado hace cerca de un año cada vez que intento el asalto. Así pues, seamos amigos mientras otra cosa no se pueda.

Es además tan dulce oír esta palabra cuando es pronunciada por un acento de sirena, y cuando dicen al mismo tiempo los ojos: Amante!

Con semejante resolucion, enarboló esta bandera de paz á la manera que el corsarió enarbola tambien un pabellon semejante al del navío, cuya vigilancia quiere sorprender, y por lo pronto alejó todo pensamiento que pudiera contrariar aquella maniobra política. Cuando se encontró sentado al lado de Clemencia en aquel sitio sombrío y solitario, su imaginacion exaltada por los recuerdos de lo sucedido en el salon, no habia sido dueña de sujetar desde luego una emocion de las mas borrascosas; pero aunque poeta moderno, estaba bastante familiarizado con los clásicos para acordarse cuasi involuntariamente de aquellos versos de la Eneida.

Speluncam Dido dux et trojanus eamdem, etc.

Con el valor de un anacoreta conjuró aquella imagen tentadora, desplegó toda la firmeza que le era habitual, y llegó al último grado del heroismo, retirándose para asegurar el triunfo.

Entonces, en el fondo de aquella misteriosa gruta, pasó entre los dos amantes una escena llena de tan delicados detalles, de tan variadas tintas, que para bosquejarla fuera menester el diestro pincel del Correggio, y la precision analítica de Gerardo Dow; desvanecidas en los aéreos vapores que bañan algunas de las composiciones de Girodet. Aquella jóven de predilecta inteligencia, de perfecta aristocracia en todas sus acciones, pulido diamante de la trascendente civilizacion de los principales salones de París; y este hombre notable entre las capacidades del siglo, atrevido corifeo de la elegancia mas selecta de la rue Saint-Florentin, llegaron insensiblemente, trepando por las floridas colinas de una conversacion encantadora, á las regiones del mas etéreo platonismo: ella, inocente, entusiasta con candor, tanto mas atrevida en su ternura, cuanto mas se alejaba de la tierra y cuanto mas sentía dilatarse su corazon en una atmósfera mas casta; él, primeramente, verdadero hipócrita del pateticismo, luego arrastrado por la fuerza de sus mismas palabras, y por último, suficientemente exaltado por su parte para no saber ya si representaba un papel, ó si decia su boca lo que su corazon tenia por verdadero. De esta manera bogaron largo rato por los cielos á la vez oscuros y luminosos del éxtasis místico, interrogando á las tinieblas de cada nube, ó al esplendor de cada estrella.

—¿Me amarás siempre como ahora? preguntó Octavio.

—Siempre, respondió Clemencia sin quitar sus ojos de aquella mirada de fuego que se lo preguntaba.

—¿Tú serás el alma de mi alma? ¿el ángel de mi cielo?

—Vuestra hermana, repuso ella con dulce sonrisa, acariciando con su mano la cara de su amante.

Sonrojós Octavio al recibir aquella caricia, y volvió los ojos como pensativo.

—Soy sin disputa, dijo para sí, el sandio mas grande que ha existido hasta ahora desde el casto José á el tímido Hipólito.

En efecto, si algunos de aquellos amigos suyos, que dejó en los salones del café de París, hubiesen podido verle en este momento, habrían hallado motivo para armar entre ellos una broma capaz de aturdir al boulevard de Gand. ¡Gerfaut, el *fashionable* entre los artistas y el tronera entre los poetas, convertido en uno de aquellos jóvenes ministros alemanes, que Augusto de la Fontaine nos describe tan honestamente tiernos y tan metafísicamente cándidos; aquel Gerfaut, armado en otro tiempo de garras y pico cual un ave de rapina, renacer ahora convertido en cándida paloma! Tan extraordinaria regeneracion era de tal modo risible, que lo conocía él mismo en toda su extension. Así fué que para escaparse de la burla de su propio criterio, y para lavar aquella especie de mancha de virtud, estuvo tentado de olvidar la táctica que á sí propio se había impuesto, y descender resueltamente del reino de los ángeles.

Al sentir junto á su mejilla la mano que su hermosa querida habia apoyado en ella; al ver inclinado hacia él aquel rostro idolatrado, cuya palidez parecia colorearse gradualmente por una llama interior, al contemplar aquellos ojos expresivos, que eran ahora los primeros en buscar á los suyos, olvidándose con el mas tierno abandono que sus rayos parecian otros tantos deseos, un pensamiento engañoso penetró sordamente en lo profundo de su alma. Permaneció silencioso y distraído en la apariencia, pero muy atento en realidad á una voz tentadora, semejante á aquella con que Mephitopheles hablaba á Margarita, y que le hacia eptreoir estas palabras:

—¿Estás seguro, amante cándido, de no ser un poquito mas ridículo de lo que tu carácter y tus antecedentes dan á entender? ¿Ha turbado tu sueño el casto laurel de Scipión el Africano? ¿Es una apuesta que has hecho contigo mismo, ó una prueba de mortificacion que te impones para expiar tus pasadas culpas? ¿Haces oposicion en este momento al remío de Monthion? Si así es, envía al jurado tu conversacion actual, añadiendo por nota que tienes por interlocutora una de las mujeres mas amables del reino, y ya puedes estar seguro de ser coronado. ¿Qué deseo te agita de tomar el cielo por asalto, cuando tan bien te hallas en la tierra, cuando esta gruta es tan seductora, tan perfumado el aire que en ella se respira, y tan blanda la yerba que tapiza su suelo? Hace mucho tiempo que deseabas un momento semejante; hace un año que no sueñas ni hanelas otra cosa, y ahora que te se presenta la desprecias, te ocupas en disipar tamaña suerte en niñerías propias de un estudian-

te que acaba de leer á Werther. ¿Ignoras que si bien esta sencillez es perdonable á los quince años, se convierte en bobería á los treinta, y que tan senda ingenuidad no asienta sino con sonrosado color y con el imberbe rostro de la adolescencia? Seguramente no procedes de buena fé.... ¡ah! si es así, cuidado con lo que haces. Acuérdate de su talento perspicaz, de su hábil coquetería, de su genio satírico, cuyo sarcasmo has experimentado ya. ¿No la crees en fin tan preocupada por los vapores, en medio de los que hace ya media hora la estás paseando, tan aturdida por el éter místico que le haces respirar, tan completamente rendida por todo ese magnetismo inmaterial del ultra Rhin, que no le haya ocurrido como á ti alguna idea puramente parisien? Soñarás esta noche, tal vez morirás mañana; pues vive ahora.

—¿En qué estais pensando? preguntó la baronesa sorprendida del silencio y del aire distraído de Octavio.

—Que me maten si se lo digo, contestó este para sí; sin embargo debe encontrarme bastante ridículo, tal cual soy en este momento.

—Respondedme, pues, replicó ella, con el despótico acento de una mujer querida, segura de su imperio, y contenta de ejercerle.

La desobedeció á pesar de esto, y en vez de responderla le lanzó una mirada fija é indagatoria. Sin duda creyó encontrar en las facciones de Clemencia un reflejo de sus propios pensamientos, porque su mirada tenia la profunda y sardónica penetración de aquellas que los oráculos romanos se dirigian al encontrarse, si hemos de creer lo que dice Ciceron. La baronesa sintió penetrar por entre sus párpados la proyección magnética de aquella mirada, é internarse como una espada en aquellas regiones desconocidas, que son el santuario donde reside la inteligencia. Esperimentó cierto estremecimiento al verse contemplada de aquella manera, y para sustraerse de aquella muda interrogación que la turbaba, apoyó su frente en el hombro de Octavio, diciendo dulcemente:

—No me mireis así, ó no querré mas á vuestros ojos.

En aquel movimiento, el sombrero de paja cuyas cintas no estaban atadas se resbaló, llevando tras sí el peine que sostenia aquellos hermosos cabellos castaños, que en desórden cayeron sobre sus espaldas.

Gerfaut pasó la mano con amorosa presteza por detrás de la seductora cabeza colocada sobre su seno, para llevar á sus labios aquella perfumada y hermosa cabellera, y su boca se perdió en ella como en un haz de flores. Cojió al mismo tiempo dulcemente aquel talle ligero y gracioso, que casi parecia pedirle esta caricia; pero fiel observador á sus nuevos principios, aun en este mismo instante no arriesgó un paso mas apasionado. Su brazo enlazaba á Clemencia de

una manera tan insensible, que ella misma se hubiera creído libre, y él no la quería sino con esta condicion. El breviario de los cortesanos y de los amantes consiste en tres cosas, segun dicen: pedir, recibir y tomar. Pedir, es muy dulce; tomar, tiene el atractivo que acompaña siempre al fruto prohibido; pero recibir, es la felicidad misma. Octavio presintió que esta felicidad iba á ser suya. Despues de haber implorado tanto y tan largo tiempo para no obtener nada, usó de cierta especie de coquetería á fin de dejarse querer á su vez. Al cabo de un instante notó que Clemencia se aproximaba aun mas á él.

La indecisa luz de la gruta adquiria poco á poco un tono mas misterioso. El sol tocaba ya en el horizonte, y la noche se aproximaba; los rayos de aquel astro que hasta entonces, por decirlo así, se habian filtrado al través de las ramas del sauce lloron, se habian retirado gradualmente, y su pálido reflejo no doraba ya sino las cimas de las rocas. El silencio y la calma fueran mayores si los lejanos ahullidos de los perros que cazaban en lo alto del valle no tragesen á aquel recinto un recuerdo del mundo exterior. Pero aquel ruido era una garantía de seguridad para los amantes; la debilidad progresiva de las voces anunciaba que los cazadores se alejaban mas y mas y con ellos el peligro.

—Clemencia! dijo Octavio con voz conmovida.

La de Bergenheim levantó la cabeza mirándole un instante con asombro.

—Como late vuestro corazon, pobre amigo!

Y en seguida apoyó de nuevo su frente sobre él con la misma gracia del niño que quiere dormirse sobre el seno de su madre. ¿Esperaba calmar por medio de esta cariñosa presion la turbacion de su corazon agitado, ó experimentaba un placer secreto oyendo la voz interior que á cada latido la decia: Te amo? Cualquiera que fuese el motivo de aquella posicion abandonada, Octavio no se quejaba de ella. Sus errantes ojos parecían pedir un consejo á las mas leves puntas de la roca, á las mas pequeñas matas que alfombraban la gruta. Insensiblemente levantó la cabeza que reposaba sobre su pecho, separó los cabellos de que estaba innundada, arreglándolos al rededor de las sienes con tan extremado cuidado como si todos sus pensamientos se hubiesen hallado reconcentrados en aquel solo objeto. Pero la violencia de su emocion fué mas poderosa que su reserva: estrechó á Clemencia entre sus brazos apasionadamente, diciéndole con una voz apenas inteligible:

—Esta amistad es demasiado cruel! Hacedme morir sino quereis amarme!

Sintióse Clemencia turbada por el acento de aquellas palabras,

tuvo miedo de Octavio y aun mas de sí misma: el peligro era eminente, y reflexionar un instante era sucumbir en él. Probó pues á desahucarse de aquel brazo que era para ella un cinturón de fuego; y no pudiendo conseguirlo se dejó caer de rodillas implorando por medio de una súplica inarticulada la piedad de su amante. Al verla postrada de aquella manera, experimentó Octavio de nuevo una sensación de ironía y desconfianza. No era aquella la primera vez que le pedían misericordia, sabía por lo tanto cuán lejos está á veces tan alarmante pantomima de las verdaderas impresiones y el estudiado cuidado que ponen muchas mujeres en aparentar la muerte de su virtud á imitación de los gladiadores romanos. Esta idea le atravesó el corazón como un hierro helado; hubiérase resignado á encontrar tal vez á Clemencia fría, indiferente y desdeñosa; pero suponerla sagaz é hipócrita era un defecto que jamás la podría perdonar. Por una de aquellas raras injusticias en que abundan las imaginaciones exaltadas, creyó desde luego ver un crimen en su debilidad, imaginándose que disminuiría su amor á medida que aumentase el de ella, hallándose como se hallaba deborado por ardientes deseos, hubiera preferido por lo mismo verla tranquila y virtuosa.

—Si cede, decía entre sí, no es sino una mujer como todas las demás, y en este caso no merece ciertamente el año de mi vida que la he consagrado.

Por segunda vez su mirada centellante se fijó sobre la baronesa de Berghenheim con una constante tenacidad. Pero ni la mas leve inteligencia acogió semejante signo masónico, ni el menor síntoma de confusión ó de consentimiento confirmó sus dudas. La ironía de su pensamiento no fué comprendida, y este ultraje pasó sin respuesta porque habia sido ignorado. Al estudiar la expresión de aquel rostro levantado hácia él, y cuya verídica pasión era animada por la inocencia, como la llama de una lámpara ilumina con puro fulgor la transparencia del alabastro que la rodea; contemplando aquella mezcla de ternura involuntaria y de púdico espanto, aquel deseo positivo de virtud fluctuando aun en medio de la borrasca de tan peligrosas emociones, y en fin aquella linda flor de castidad que un soplo de amor la postraba á sus rodillas, experimentó una especie de felicidad y de remordimiento al propio tiempo. Avergonzose de sí mismo, de su desconfianza, de su falsa y desilusoria experiencia, y por último de aquella fatal incredulidad siempre dispuesta á marchitar con su mano la rosa mas fragante. Con la humildad de un carácter cariñoso y elevado pronto á reconocer sus yerros, rindióse pues ante la superioridad moral de la mujer tan perfecta cuando es buena, tan angelical cuando es virtuosa, y que lleva á una exageración tan sublime todas las nobles prendas del espíritu y del cora-

zon. Experimentó sin esperarlo una de aquellas puras alegrías tan raras en la vida de un hombre de mundo, creyendo en la inocencia de la que amaba. En aquel momento cesó su escepticismo. Su alma entera adoró á Clemencia arrojando lejos de sí sus infernales ideas.

Octavio aproximó segunda vez sus labios con nuevo entusiasmo á aquel manantial, en cuyo fondo habia hallado en vez de un reptil la frescura de una rosa, y bañó su pasión en aquella cristalina ola para recobrar de este modo el sosiego que en aquel momento le era tan necesario. Adivinando cuidadosamente los pensamientos y las palabras de Clemencia á fin de que nada turbase á la que él creia digna de todos los homenajes de su respeto, fué el primero en volver la conversacion á una expresion apacible y moderada. La parte que Clemencia le habia concedido, y de la que ella misma le habia hecho soberano, tenia estrechos límites; pero tan pequeño era aquel reino para un corazon inteligente? En vez de estrellarse contra unas barreras que ya sabia él no eran inaccesibles, cifró todas las sutilezas de su talento en adornar su conquista. Contentóse pues con la amistad que le concedian; pero usó de ella con tanta dulzura, con tanta intimidad que apenas podia echarse de menos al amor, y se penetró tanto de su papel, fueron sus expresiones tan cariñosas, su voz tan dulce, y calmaron sus ojos con un fluido tan apacible sus ardientes rayos, que si el corazon de Clemencia no le hubiese pertenecido hacia ya largo tiempo, lo hubiera conquistado en aquel dia.

Por un sentimiento natural á las mujeres, cuyo gesto es siempre mas elocuente que la palabra, y que introducen mañosamente en su posicion como declaracion vedada á su lenguaje, habia permanecido Clemencia de rodillas, aun cuando el peligro que le habia dictado aquella actitud hubiese desaparecido. Suspensa el alma, atenta solamente á las palabras de Octavio, se entregaba de lleno á la dicha de amar, sin cuidarse de las horas que corrian, de la completa oscuridad que reinaba ya en la gruta, ni de los peligros á que á cada instante se hallaba espuesta. Los lejanos ecos de las cornetas de caza la despertaron por último, advirtiéndola su imprudencia. Levantóse al fin, haciendo un repentino esfuerzo, y ató sus cabellos con una precipitacion llena de inquietud.

—¿Me negareis aun uno de esos rizos como recuerdo de esta hora celestial? le dijo Octavio deteniéndola dulcemente la mano en el momento en que iba á ponerse el peine.

—¿Lo necesitais para acordaros? respondió Clemencia lanzándole una mirada que no era negativa ni afirmativa.

—Quiero el recuerdo en mi corazon y vuestros cabellos sobre él! vivimos en un siglo indigno, y no pudiendo hacer alarde de vuestra librea, deseo sin embargo llevar un signo de mi esclavitud.

—Caballero mío! dijo ella con cierta ternura mezclada de orgullo.

De nuevo dejó desarrollar sus cabellos, y quedóse en seguida como indecisa pensando en la manera de ejecutar su graciosa intención.

—Con todo, yo no puedo cortarlos con los dientes, replicó con sonrisa.

Octavio sacó entonces de su bolsillo un puñal cuya cortante hoja igualaba á la de un sable damasquino.

—¿Para que llevais siempre ese puñal? preguntó la jóven con alterada voz; un terror involuntario se apodera de mí cada vez que os veo semejante arma en la mano.

—No teneis nada que temer, dijo Gerfaut sin responder á aquella pregunta, respetaré la cabellera que os sirve de corona. Ya sé por donde debo cortar, y si mi ambicion es grande, mi mano será discreta.

La de Bergenheim no tuvo confianza en semejante moderacion; y temerosa de poner á discrecion de su amante sus hermosos y abundantes cabellos, tomó ella misma el cuchillo, cortó un rizito que atusó en seguida con sus dedos, y lo ofreció á Octavio con un gesto amoroso que duplicaba el precio de aquella dádiva.

En aquel mismo instante los sonidos de las cornetas se oyeron de nuevo á una cercana distancia.

—Es preciso abandonaros, exclamó Clemencia, dejadme marchar; decidme adios.

Adelantóse hasta él presentándole su frente para recibir aquella despedida. Pero sus labios encontraron los de Octavio; rápido y fugitivo como el relámpago fué este beso, y escapándose de aquellos brazos que aun querian detenerla, se lanzó fuera de la gruta, y desapareció en un instante por entre las escabrosidades del terreno.

Permaneció Gerfaut un gran rato en el mismo sitio sumergido en aquella especie de fatiga que experimenta el alma siempre que ha disipado en vivas emociones una gran parte de su sensibilidad ó de su energía, hasta que abandonando por último aquella penosa languidez trepó por la roca por donde habia bajado, á fin de ganar la superficie de aquel escarpado terreno. Pero á los pocos pasos se detuvo horrorizado como si hubiese visto levantarse delante de él algun venenoso reptil.

A lo último de la entrecortada roca, entre la espesura de los abellanos y oxicaútas con que la cúspide de la montaña se hallaba coronada, apercibió á Bergenheim, inmóvil y encorbado, en la actitud de un hombre que procura ocultarse para observar mejor lo que desea. Como las miradas del baron no se dirigian hácia el lado en que se hallaba Octavio, no pudo este adivinar si era él ó no el objeto de aquel espionaje, ó si la disposicion del terreno permitia á Cristian

descubrir á la baronesa que á la sazón debia encontrarse en la calle de plátanos. Indeciso acerca de lo que debia hacer, permaneció tambien inmovil, medio acostado sobre la roca, una de cuyas prominencias podia ocultarle á la vista del baron, caso de que no le hubiese aperebido de antemano.

(Se continuará.)

INTERESES MATERIALES (1).

CAMINOS.—RIOS NAVEGABLES.

Artículo 1.º

MUCHO interés ofrecen hoy las cuestiones políticas, mas no por eso hemos de olvidarnos de las mejoras materiales que exige poderosamente el estado de la nacion. Por espacio de diez años hemos debatido una cuestion dinástica y otra de libertad, quedando entre tanto abandonados muchos puntos tocantes á la prosperidad pública, al fomento de la riqueza, y al verdadero progreso del pais. Cansado el pueblo de estas luchas, hasta cierto punto estériles, pues que han influido escasamente en su bienestar, quiere bienes positivos, reformas materiales; y aquel gobierno que se las dé mas cumplidas, será el que alcanzará mayor gloria, y el que logrará consolidarse en España. Hemos dicho que la revolucion ha sido estéril, nada mas que hasta cierto punto, porque no desconocemos las ventajas materiales que tambien ha producido, las cuales dan hoy ya sus frutos en el desarrollo de la riqueza nacional. Preciso es confesar que la supresion del diezmo, y la desamortizacion civil y eclesiástica han mejorado y ensanchado el cultivo, hecho crecer considerablemente la produccion, y llevado muchas pro-

(1) Aunque este escrito ha visto ya la luz pública en el *Globo*, ha sido en diferentes trozos, y formando varios artículos con el carácter propio de las publicaciones diarias. Es de tanta importancia el asunto tratado en él, que hemos creído conveniente retocarlo y arreglarlo para la *Revista de Madrid*, formando un solo artículo.

vincias, sobre todo las de Andalucía, á un grado de prosperidad incalculable. ¡Pero cuán poco es esto comparado con lo que la revolucion bien dirigida hubiera podido hacer! ¡Cuán poco si se atiende á lo mucho que esperaba el pais de sus legisladores y de su gobierno en el año de 1834!

Si examinamos atentamente la historia de nuestras vicisitudes políticas; si analizamos los motivos que animaban á la mayor parte de los que han promovido aquellas reformas económicas, hallaremos que al decretarlas han pesado mas en su ánimo preocupaciones antiguas, ódios inveterados contra las clases á quienes iban á perjudicar inmediatamente, y el deseo de satisfacer pasiones políticas del momento, que las graves razones de conveniencia pública, la fria conviccion de una verdad económica, y el alto propósito de centralizar la administracion, y dar fuerza al gobierno. Pero es ley de las revoluciones que los que en ellas toman parte, produzcan el bien sin saberlo, ó por motivos distintos de los que á los mismos animan, y la nuestra se parece bajo esta relacion á todas. Cuando los progresistas amotinados pedian la supresion del diezmo y de los mayorazgos, y la venta de los bienes eclesiásticos, hacianlo mas bien por odio á las clases privilegiadas, que por la consideracion de las ventajas económicas y aun políticas que debia producir tal mudanza. De la misma manera que cuando los revolucionarios de 93 proclamaban la república una é indivisible, contribuian sin saberlo á la grande obra de la centralizacion política, y de la unidad de la Francia.

Creemos que las grandes cuestiones políticas deben considerarse resueltas entre nosotros, á pesar de que todavía quedan por tocar algunas de interés secundario, tales como la ley electoral, la de milicia nacional y la de libertad de imprenta. Pero ni estas reformas deben dar motivo á que las cuestiones revolucionarias, por las cuales se ha derramado tanta sangre, vuelvan á tratarse, ni menos deben ellas embarazar el que las cuestiones de intereses materiales sean

ventiladas con la amplitud, con la profundidad, con el empeño convenientes.

Entendemos por intereses materiales todos aquellos que tienen relacion inmediata con el progreso de la riqueza y de la prosperidad pública. Así todas aquellas cuestiones que tienen por objeto el fomento nacional, son cuestiones de intereses materiales. Son medios de conseguir dicho objeto, ó tienden á favorecer la produccion industrial, proporcionando salida á sus frutos, ó á aumentarla aplicando á ella numerosos capitales, ó á perfeccionarla procurando la instruccion de las clases laboriosas; de donde se deduce que son tres los medios de fomentar los intereses materiales: las vias de comunicacion, las instituciones de crédito, y la instruccion especial de las clases trabajadoras.

Las vias de comunicacion proporcionando fácil salida á los frutos, hacen necesario el aumento de la produccion, y abaratan el precio de aquellos, sin que mengüen por eso las utilidades y por consiguiente el bienestar del obrero. Las instituciones de crédito no multiplican en realidad los capitales, pero sí su efecto aplicado á la produccion, puesto que por ellas un capital efectivo puede estar empleado á la vez en su totalidad en varias especulaciones, cada una de las cuales produce un interés proporcionado á toda la suma efectiva. La instruccion especial de las clases obreras hace que tengan pronta y cumplida aplicacion á la industria los descubrimientos de las ciencias exactas y naturales, y por consiguiente que se produzcan mejor y en menos tiempo y con mas economía aquellos artefactos que antes exigian mas desembolsos y mas trabajo, siendo sin embargo mas imperfectos.

No es ahora nuestro propósito exponer detenidamente la teoría económica que tiene relacion con cada uno de estos puntos; pero sí manifestar el estado en que se encuentran los intereses materiales de España, y lo que debe hacer el Gobierno para fomentarlos.

No haremos comparaciones desventajosas de nuestra si-

tuacion económica con la de Inglaterra, de los Estados- Unidos ó de Francia, ni nos admirarémós de la gravísima diferencia que existe entre esas naciones y la nuestra sobre los puntos de que tratamos, porque estas diferencias son harto notorias, y tienen una explicacion muy natural no menos sabida. Esas naciones no sufrieron como la nuestra tres siglos de inquisicion, que detuvieron el progreso humano, y paralizaron la civilizacion en nuestro suelo: esas naciones no han menoscabado su grandeza ni debilitado la enerjía del espíritu nacional, manteniendo entre las diversas partes de su territorio una division perniciosa y á veces un odio y una hostilidad constantes: esas naciones, en fin, han tenido en todo el presente siglo gobiernos sabios y emprendedores que han sabido conciliar perfectamente sus intereses políticos y hasta personales con los intereses positivos del pais. Pero ¿qué es lo que ha favorecido en España el fomento de la prosperidad nacional desde la muerte de Carlos III? ¿Acaso el gobierno ignorante y corrompido de Carlos IV? ¿Por ventura el levantamiento de 1808? ¿los extravíos políticos de los legisladores de Cádiz? ¿la administracion estúpida y perseguidora de la restauracion de Fernando VII? ¿el gobierno constitucional revolucionario de 1823? ¿el reaccionario apostólico de Calomarde? ¿el régimen de asonadas y pronunciamientos que dura todavía desde 1834? Bien se vé que en todos estos aciagos períodos no debe de haber sido el fomento de los intereses materiales lo que mas haya llamado la atencion del Gobierno: bien se vé que hombres ignorantes, apasionados, rencorosos, anarquistas ó imposibilitados por la fuerza de las cosas de administrar el pais con fortuna, no han debido contribuir en gran manera á aumentar la prosperidad nacional. Por el contrario en las naciones que hemos citado: en Inglaterra una aristocracia entendida, poderosa y que marcha con su siglo, ha conservado durante este tiempo el influjo que le corresponde en el gobierno del pais, y como cuerpo que no muere, ha sido superior á las vicisitudes políticas, y comunicado á su pa-

tria todos los medios de accion y de adelantamiento que ella posee. Francia ha tenido á Napoleon, cuyo nombre solo basta para explicar sus progresos; y los Estados-Unidos han contado con un pais virgen, dispuesto á recibir toda especie de reformas, con la ilustracion y saber de la civilizacion inglesa, y con las buenas tradiciones que les habian dejado sus dominadores. ¿Cómo es de extrañar que estos estados posean grandes vias de comunicacion, instituciones numerosas de crédito, y una instruccion industrial á la altura de los mayores progresos de la ciencia?

Al dar una ojeada sobre España, se vé que las vias de comunicacion son insuficientes, no solo para dar salida á la produccion de que su suelo es susceptible, sino á la que existe hoy sin esfuerzo de sus naturales. Apenas se ha abierto ninguna nueva carretera desde el reinado de Carlos III, único monarca que ha hecho algo por el fomento de la prosperidad nacional desde los últimos que reinaron de la casa de Austria. Aun muchas de las que se abrieron en aquellos estan deterioradas, y los caminos provinciales y vecinales son casi nulos, puesto que apenas los hay transitables para ruedas. Las obras de canalizacion, que con tanto empeño se prosiguieron bajo el mismo reinado, estan hoy tambien paralizadas, y son en su mayor parte inútiles para el trasporte de las mercancías. Resulta de aquí, que los frutos de lo interior del reino tienen que consumirse en el mismo lugar en que se producen, ó que pudrirse en los almacenes: que los de las costas no van al interior sino con gastos enormes, ó no les queda mas salida que la incierta todavía para el extranjero. Esta escasez de consumo paraliza ó mengua la produccion, la hace mas imperfecta, y ocasiona esa miseria proverbial de las provincias de lo interior de España.

Aunque no tan deplorable, lo es mucho, sin embargo, el estado de nuestras instituciones de crédito. Dos bancos existen hoy que pudieran fomentar grandemente las especulaciones industriales, si no estuviesen ambos en Madrid, cu-

yas circunstancias naturales favorecen muy poco el desarrollo de la industria. Faltan estas instituciones en aquellas provincias mas ricas en elementos industriales, y donde pudiendo tener los frutos abundante y fácil salida, fuese la producción de ellos susceptible de un casi ilimitado incremento.

El estado de la instruccion especial de las clases industriales es aun mas lastimoso, puesto que casi puede decirse que no existe. Hay, en verdad, ingenieros hábiles, pero muy escasos en número: estos conocen teóricamente todos los progresos hechos en las artes; pero aun no han logrado aplicarlos, porque luchan con la ignorancia y las preocupaciones de los obreros subalternos, los cuales, una vez aprendido rutinariamente su oficio, ni conciben siquiera la posibilidad de que lo que saben esté sujeto á mudanzas.

Estos males gravísimos exigen pronto y eficaz remedio, el cual, si bien tiene que ser lento, no es por eso menos posible. Necesario es que el Gobierno constitucional aspire á consolidarse buscando este remedio. A él debe su existencia el trono de Luis Felipe: por el grande incremento que han tenido en Francia los intereses materiales, ha echado ya hondas raices el Gobierno de julio. ¿Y qué título es mas legítimo que éste para merecer la confianza y el amor de los pueblos?

Los medios de comunicacion en España estan en el atraso mas deplorable, y el Gobierno tiene mucho que hacer, no solamente para llevarlos al grado de adelantamiento en que se hallan en otras naciones, sino para mejorarlos hasta el punto que basten escasamente para sacar de nuestra actual riqueza el fruto de que este naturalmente es susceptible. ¿Cuál es el estado actual de los caminos de España? ¿cuál el de sus canales? ¿cuál el de su marina mercante? ¿cuál el de su navegacion de cabotage?

Tenemos en España algunas buenas carreteras, obra muchas de ellas de los reinados de Fernando VI y de Carlos III; pero mal conservadas, parte por la incuria de la

administracion, parte porque carecemos de una buena legislacion de caminos. Para conservarlos se establecieron hace tres años peones camineros, y aunque esta institucion ha contribuido algo á mantener los caminos en mejor estado que antes tenian, no ha dado sin embargo el resultado que debia esperarse de ella. Indolentes y mal vigilados los peones camineros, descuidan los trabajos de limpieza y reparacion que les estan encomendados, deteriorándose ahora las carreteras poco menos que cuando tal institucion no existia. Las leyes que en otros paises determinan el peso que puede permitirse á los carruajes y la anchura que deben tener sus llantas, contribuyen eficazísimamente á la conservacion de los caminos; porque estando calculado el peso que sufren estos sin deterioro, y la proporcion en que está la incision de las ruedas con la anchura de su llanta, claro es que el medio mas conducente para que los carruajes hagan el menor efecto posible sobre el terreno por donde pasan, es determinar el máximo de su llanta y de su peso. Una y otro son tales que en nada perjudican al interés individual, consiguiendo sin embargo el objeto; y aunque así no sucediese exactamente, justo sería que el interés individual cediese al general de la administracion y del comun. Pero en España no existen semejantes leyes: todo carruaje puede llevar cuanto peso quiera su dueño, y cada uno construye sus ruedas como mejor se le antoja. Resulta de aquí que al pasar algunos de aquellos dejan surcos inmensos sobre nuestros caminos; el peon que debiera repararlos los abandona, y en poco tiempo suele hacerse casi intransitable el camino mejor construido. Al Gobierno toca únicamente reparar estos males gravísimos: á él corresponde únicamente organizar mejor la institucion de los peones camineros, y proponer á las Cortes las leyes que hacen falta sobre esta materia.

Aun es mucho mas deplorable el estado en que se encuentran los caminos provinciales y vecinales. En este punto es grande y costosa la obra de la administracion. Pro-

:

vincias hay limítrofes que apenas tienen comunicacion entre sí. En este caso se hallan entre otras muchas las provincias de Extremadura y Andalucía: ricas ambas en produccion, y falta la primera de salida para sus copiosos frutos, pues que tiene que hacer á lomo casi todos sus transportes. En caso muy semejante se hallan casi todas las provincias de España: todas necesitan hacer ó mejorar sus reciprocas comunicaciones, y aunque las obras de esta clase no son las mas brillantes, son hoy las mas necesarias.

Nada recordamos que prevengan las leyes sobre la manera de contruir estos caminos, y la administracion tampoco ha hecho nada para suplir la falta de los legisladores. Mas siguiendo los principios generalmente admitidos en las naciones mas adelantadas, deben concurrir á la construccion de los caminos provinciales en partes proporcionadas las provincias que los han de disfrutar mas inmediatamente y la administracion: aquellas por el mayor beneficio que van á réportar, esta por lo que gana con tales obras el procomun. Así es que en nuestro concepto debería el Gobierno establecer únicamente las bases generales en que habia de fundarse la construccion de estos caminos, y luego los jefes politicos cada uno en su provincia buscaría los medios mas adecuados de proveer á sus costos en la parte que debiera caber á sus administrados.

Por distinta regla debieran ejecutarse los caminos vecinales, pues que gozando los pueblos por donde pasan casi exclusivamente de sus beneficios, de ellos deben ser tambien los gastos de su construccion. Por lo tanto, no toca al Gobierno y sí á las autoridades locales el cuidado de promover estas obras.

No entramos á averiguar cuál sería el medio mas cómodo y fácil para cada provincia de contribuir á los gastos de sus caminos, y si el sistema inglés sería preferible al francés, ó vice-versa; porque repetimos, que sobre este punto no pueden establecerse en España reglas generales. Provincias hay, donde convendrá una derrama en metálico; otras

donde sería mejor imponer á sus colonos y propietarios una contribucion proporcionada de peonadas; otras en fin, donde de acuerdo la administracion local con el Gobierno, deberían ceder á una empresa particular la construccion de sus caminos, mediante un portazgo módico por cierto número de años, etc. Así es, que los jefes políticos deberían informar ampliamente al Gobierno sobre los medios mas adecuados en sus respectivas provincias, para establecer sus comunicaciones, y prévia su autorizacion ejecutar las obras.

No deja de ser, sin embargo, cuestion delicada el determinar qué parte puede cederse en estas obras al interés individual sin menoscabo de los intereses públicos, y con qué condiciones. Recientemente se ha discutido en Francia este punto importantísimo con motivo de la construccion de los caminos de hierro, y de su luminosa discusion no han dejado de resultar interesantes verdades. Dejar exclusivamente al Gobierno la construccion de toda clase de obras, es aventurado; porque sabido es que los gobiernos no suelen ser buenos fabricantes. Encomendarlas exclusivamente á compañías de particulares, no deja de ser tambien peligroso; porque los especuladores no se proponen nunca levantar monumentos de gloria, sino de propia utilidad; y no miran, por lo tanto, el interés de lo futuro, sino al de lo presente, y en ello primero el suyo y después el del comun. Los que sostienen esta manera de ejecucion de las obras públicas se fundan, sin embargo, en principios económicos muy ciertos, aunque falsificados por la exageracion. El interés individual, se dice, es mas activo, mas vigilante, mas entendido que el Gobierno en esta clase de obras: los que tratan con él no le engañan, y ni se perjudica por favorecer á otros. Así es, que si las obras públicas han de hacerse sólida y económicamente, es preciso encomendarlas al interés de los particulares. Todo esto es cierto; pero el sistema de que se trata, tiene, sin embargo, sus inconvenientes; ó tiene, como dicen los franceses, los defectos de sus

cualidades. El interés individual es mas activo y vigilante en favor suyo que en el del procomun: su mayor ganancia consiste en su economía; pero esta cede muy fácilmente en perjuicio del público: nadie le engaña; pero por lo mismo es muy posible que él intente burlar los intereses comunes: es inteligente, ¿pero quién asegura que su inteligencia no se aplicará mas en provecho propio que en el del Estado? Se dirá, quizá, que en el caso de que tratamos se identifica el interés individual con el público; pero esto no es enteramente cierto, porque el primero aspira á realizar la mayor ganancia en el menor tiempo posible, y el segundo consiste en que las obras tengan la mayor perfeccion, solidez y duracion que pueda alcanzarse.

Pero como se puede combinar en la construccion de las obras públicas la intervencion del Gobierno con la accion de los particulares, no es difícil conseguir las ventajas de ambos sistemas sin ninguno de sus inconvenientes. En esta combinacion el interés individual cuida de la economia y pormenor de la obra: el Estado vigila su construccion y procura su solidez: el primero representa el interés presente, el segundo cuida del interés futuro: la obra resulta barata, porque tal es el interés de los particulares á quienes está encomendada; y resulta sólida y duradera, porque el Gobierno la dirige ó inspecciona.

Estas reflexiones que aplicamos ahora á la construccion de los caminos, tienen igualmente lugar en casi todas las obras públicas que deben emprenderse, y así es que cuando tratemos de ellas, seguiremos abogando por este sistema. Y es tanto mas necesario acudir á él, cuanto que el estado de nuestra Hacienda no permite tampoco al Gobierno acometer por sí solo ninguno de los grandes trabajos que se necesita emprender para abrir nuevos caminos, hacer canales, etc. Tendrá que acudir á los particulares, y si fiase á ellos exclusivamente su construccion ó la administracion de sus productos, que han de servir para indemnizarlos, no solamente padecerian los intereses públicos, sino que el

mismo Gobierno se desprendería del grande influjo que habrán de darle estas mejoras.

Palpable es el atraso en que se halla tambien en España la navegacion interior, y siendo al mismo tiempo pocos y malos los caminos, natural es que nuestros medios de comunicacion sean mas dificiles y costosos que en ningun pais de Europa. Las causas de este atraso consisten, unas en la naturaleza física del pais, otras en la incuria del Gobierno. España es un pais naturalmente seco á causa de la naturaleza calcárea del suelo, el calor del clima y la casi completa destruccion de sus bosques y plantíos. Los rios corren profundamente encajonados y con suma rapidez por entre escarpadas montañas, por lo cual son rara vez navegables, y apenas permiten tampoco las sangrías necesarias para el riego de las tierras. Sus cauces estan interrumpidos además por multitud de bancos de arena, y la poca profundidad de su embocadura no consiente el establecimiento de buenos puertos.

A estos obstáculos naturales para la navegacion interior júntanse los que opuso el Gobierno abandonando muchos acüeductos edificados por los romanos; dejando perderse los depósitos de aguas de las montañas, y casi todos los canales de riego construidos por los árabes; olvidando asimismo la obra de canalizacion que empezó Carlos I, y continuaron casi todos los monarcas sus sucesores hasta Carlos IV; no cuidando de vencer con el auxilio del arte los poderosos inconvenientes que ofrece la navegacion por nuestros rios, y no alentando siquiera á los particulares á emprender por su cuenta las obras de esta clase mas necesarias.

Resultado de todas estas causas ha sido que nuestros rios no son navegables sino en las cercanías de sus desagüaderos; que aun en estos parajes está sujeta la navegacion á todos los accidentes naturales del tiempo y de las avenidas; que de los canales empezados no se saca apenas ningun beneficio excepto el de riego en un territorio muy reducido, y que tambien existen desaprovechados los golpes de agua que se

crian en nuestras montañas. Así es que, aunque aquellas no abundan tanto en España como en otros países, pudiera emplearse útilmente la que existe, y aun sacar de ella considerable partido para el fomento de nuestra riqueza; pero en vez de suceder así, puede decirse por el contrario que carecemos casi absolutamente de navegacion interior.

Bajo la dinastía de la casa de Austria hizo el Gobierno laudables esfuerzos por establecer esta especie de navegacion. Vivía en tiempos de Felipe II un ingeniero célebre llamado Antonelli, el cual no solamente proyectó grandes obras públicas, sino que acabó una muy importante. Incorporado entonces Portugal á España, quiso aquel monarca facilitar la comunicacion entre ambos reinos, y Antonelli practicó grandes obras en el Tajo, con cuya ayuda hubo de hacer navegable este rio, puesto que por él se hicieron dos expediciones hasta el reino vecino. Pero alguna de sus obras hubo de arruinarse al poco tiempo; Antonelli murió á la sazón, y en adelante nadie volvió á intentar la empresa. También en el mismo tiempo se practicó un reconocimiento en el Guadalquivir con objeto de habilitar su navegacion, aunque nunca llegó á comenzarse la obra.

Ocho son los principales rios de España, todos inútiles en su mayor parte para el trasporte, á pesar de componer entre todos un curso de aguas de 726 leguas. De ellos unos pueden ser habilitados para la navegacion, y otros son absolutamente inútiles para este efecto. Como aun no se han practicado los reconocimientos necesarios para saber hasta qué punto son susceptibles muchas de esta especie de obras, y tampoco han visto la luz pública los pocos trabajos que existen sobre esta materia en los archivos del Gobierno, nadie puede decir á cuánto se extendería en España la navegacion fluvial, si se invirtieran en ella los capitales necesarios. Ignoramos, pues, las provincias que pueden comunicarse entre sí por medio de los rios, excepto las pocas por donde pasa el Tajo, el Duero y el Guadalquivir, únicos de los que sabemos se han hecho reconocimientos escrupulo-

sos. Así es que para establecer un buen sistema de navegacion interior hay que resolver antes un problema de suma importancia, á saber: cuántas leguas de las 726 que componen los rios de España pueden habilitarse, cuántos serian los costos de esta obra, y cuáles sus ventajas para el fomento de la riqueza. Por el resultado de este trabajo podrá saberse: 1.º las líneas de navegacion que conviene establecer por medio de los rios: 2.º las que se deberán abrir por canales: 3.º las que son mas urgentes, menos costosas, y deben empezarse primero.

A fines del año pasado una empresa particular contrató con el Gobierno la habilitacion del Tajo, cuya obra le fué adjudicada sin prévia licitacion, y bajo condiciones en nuestro concepto poco favorables á los intereses públicos. Estipulóse en este contrato: 1.º el tiempo en que habia de darse concluida la obra; 2.º la vigilancia del Gobierno sobre ella; 3.º el tiempo que habia de durar el privilegio exclusivo de la navegacion; 4.º la tarifa por que habia esta de regirse. Mas todo esto se acordó, segun tenemos entendido, sin conocimiento de causa, pues la base indispensable de tal convenio debia ser: 1.º el reconocimiento del rio; 2.º el cálculo de los costos que tendria su habilitacion: operaciones que debió practicar el Gobierno por su cuenta, y sin las cuales era imposible determinar préviamente las condiciones equitativas del convenio. Nada de esto se hizo, y sin embargo el empresario se obligó á dar concluida su obra en cuatro años, antes de saber la que el rio necesitaba, y se comprometió asimismo á hacer los trasportes por cierta tarifa, antes de calcular los costos de la obra, y la cantidad aproximada de dichos trasportes, y antes aun de tener formada la sociedad que habia de anticipar los fondos. No censuramos nosotros en manera alguna á los particulares que hicieron semejante contrato; pero sí al ministro que decidió tan ligeramente una de las cuestiones mas importantes sobre obras públicas. Lo que el señor Caballero resolvió de una plumada, es asunto en otros paises

de menudos informes (*inquiring*), y largas y profundas discusiones en los Parlamentos. Sin garantía de ninguna clase; sin licitacion ni conocimiento de causa, se puso en manos de un particular una de las obras mas importantes, y que mas afectan los intereses materiales de España: se monopolizó la navegacion de un rio; se autorizó la corta de maderas, y se fijó una tarifa de transporte. Y para hacer mas palpable el yerro, no se publicó el dictámen de la direccion de Caminos, y ni siquiera precedió un considerando á la real órden que adjudicaba la obra. No queremos decir con esto que el Gobierno se haya efectivamente perjudicado, pues estando tan á oscuras como él de antecedentes, no lo sabemos; pero sí que no ha tomado las providencias necesarias para asegurarse de la equidad de la estipulación. Muy breve será si se quiere el plazo de treinta años que debe durar el privilegio exclusivo de la navegacion; pero ¿cómo puede esto saberse sin calcular antes el desembolso de que deberán indemnizarse los empresarios, y al cual sirve de estímulo aquel privilegio?

Los vicios radicales de este contrato ha venido á confirmarlos la experiencia. Ocho meses hace que la GACETA lo publicó, y nada sabemos todavía del resultado. No solamente se ignora que el reconocimiento del Tajo haya tenido principio, sino que ni siquiera se sabe si ha llegado á formarse la sociedad empresaria. Entre tanto se ha impedido á otros capitalistas intentar el negocio, y el Tajo sigue siendo cada dia menos navegable. ¡Cuán diferente sería el resultado si el Gobierno hubiese obrado con menos ligereza! si en vez de aceptar proposiciones sin conocimiento de causa hubiese mandado practicar un reconocimiento en el rio, y formar el presupuesto de sus obras y de sus productos posibles. Sacando despues á subasta pública las obras, muchos capitalistas se hubieran apresurado á interesarse en ellas. Conocido el capital que esto exige, y aproximadamente sus utilidades, acudirían á adelantarlo muchos que no lo solicitan hoy porque no conocen el negocio,

y el resultado de esta licitacion sería altamente beneficioso para el país que ganaría en ello un río navegable y el transporte de sus mercaderías por ínfimo precio.

Pero de cualquier modo la habilitacion del Tajo debe ser obra costosa y difícil. Con poca razon colocaron los poetas los Campos Eliseos en las márgenes de este río, pues no se ven en ellas sino rocas escarpadas que parecen cortadas á pico, una campiña árida é inculta, abrasada por los ardores del sol, cuando el soplo de los huracanes no levanta nubes de polvo rojizo, y un territorio pobre y selvático á excepcion de los valles de Aranjuez y de Talavera. La corriente es por lo general impetuosa, estrecha é interceptada á cada paso por obstáculos naturales, y el agua turbia y casi siempre cenagosa. Hoy la disposicion de sus orillas impide el paso de las barcas, y por eso no es navegable hasta Villabella, nueve leguas mas arriba de Abrantes en Portugal. Dificilmente llegan las barcas hasta el último punto; y solo á tres leguas de él es donde el río se extiende algun tanto, y permite bordear á los barcos, sobre todo cuando estan altas las aguas. En la villa de Allandra es ya el Tajo una especie de golfo, cuya anchura no baja de una legua y media; y sigue siendo navegable hasta perderse en el Océano Atlántico.

Mas en las provincias de Madrid, Toledo y Extremadura tiene el Tajo para su navegacion todos los inconvenientes que hemos dicho, mas los que nacen de las azeñas ó azudes que lo embarazan. Nosotros, que ni somos ingenieros, ni tenemos los datos necesarios, no podemos calcular con acierto sobre la naturaleza de las obras que deben practicarse, ni su coste; mas uno y otro dependerán del desnivel natural que tenga el río, de la magnitud de los obstáculos que cortan su corriente, del número de sus bajos y de la disposicion natural de sus orillas que, como hemos dicho, es muy poco favorable.

No se han fijado bien en la contrata de que hablamos las atribuciones del Gobierno sobre la direccion de las obras,

:

y este es un punto del mayor interés. Dicese en el convenio, que la compañía «se sujetará á la inspeccion y vigilancia de los ingenieros del Gobierno en el curso de la ejecucion de las obras, en todo lo relativo á su policia, conservacion y reparacion;» pero no es esta suficiente garantía de que el interés público no sea perjudicado por el individual, y aun admitiendo el sistema de confiar la ejecucion de las obras públicas á compañías particulares, es conveniente que el Gobierno tenga en ellas mucha mas intervencion. El interés de las compañías es momentáneo, pues no dura mas tiempo que su monopolio: el interés del Gobierno dura tanto como la sociedad: aquellas estarán siempre por dar á sus obras la perfeccion que baste para conservarlas el tiempo que dure su privilegio: este aspirará á dirigirlas de la manera mas provechosa para el procomún en un espacio ilimitado de tiempo. Así es que no basta en nuestro juicio que el Gobierno se reserve la facultad de inspeccionar los trabajos en lo relativo á su policia, reparacion y conservacion, sino que debia haber estipulado expresamente la direccion de la obra; esto es, debia haber determinado los trabajos que hayan de practicarse para dejar habilitada la navegacion, además de su inspeccion y su vigilancia sobre ellas. Así estaria seguro el Gobierno, no solamente de que las obras se hacian en regla, sino de que estas mismas obras eran las mas adecuadas y convenientes. Quedando al arbitrio de la compañía el determinar los trabajos necesarios, podrá no emprender sino aquellos que basten para hacer su negocio, y el Gobierno no podrá impedirlo, porque sus facultades se extienden únicamente á vigilarlos. Con decir esto, no ponemos en duda la buena fé de la compañía, ni es nuestro ánimo hacerla sospechosa al público; pero los gobiernos, al contratar con los particulares sobre intereses públicos, no deben tener en cuenta la calidad de las personas con quienes negocian, sino las condiciones propias de los contratos.

Las ventajas de la navegacion del Tajo son en este mo-

mento incalculables, si bien puede decirse que las provincias de Madrid, Toledo, Guadalajara y Extremadura serían las mas beneficiadas por ella. Las lanas, aceites y cereales de esta última provincia hallarían así una salida fácil y barata de que hoy carecen: en las provincias de Toledo, Guadalajara y Madrid se fomentarían otras industrias que hoy están al nacer, y no pueden desarrollarse por falta de comunicaciones: los granos de Castilla no se pudrirían en los almacenes, y en el interior de España se disfrutarían con mas baratura los géneros extranjeros, que, ó tienen hoy poco uso, ó se introducen fraudulentamente. Esta navegacion estrecharía los vínculos de alianza entre las dos naciones peninsulares, y acercando, si así puede decirse, la corte á la frontera, ligaría entre sí multitud de provincias que apenas tienen hoy mancomunidad de intereses. Extremadura se uniría con parte de Castilla, haciendo en estas provincias caminos poco costosos que condujesen hasta el Tajo: Portugal con la Mancha: cruzaríanse frecuentemente las producciones de estos territorios, y lo que es aun mas importante, nuestros frutos del interior podrían ser trasportados por agua hasta el Océano, y por consiguiente con suma rapidez, facilidad y baratura.

Consecuencia sería tambien de la navegacion del Tajo, el acomularse en sus márgenes una poblacion industriosa, estableciendo multitud de pequeños puertos que darían un gran impulso al cultivo y á las artes. En este caso, aun sin que el Gobierno lo promoviese, cosa que por cierto no esperamos, abriríanse acequias de riego que fertilizarían los áridos campos de las orillas, y multiplicarían la produccion de una manera prodijiosa. ¿Quién puede calcular en fin las ventajas económicas que traería para toda España la realizacion de este proyecto? ¿quién puede prever las nuevas industrias que surgirían de su suelo, el aumento de su poblacion y la cantidad en que se aumentaría su riqueza?

En el año de 1840 estuvo á punto de declararse la guerra entre Portugal y España con motivo de una cuestion gra-

vísima que dió lugar á serias contestaciones entre ambas cortes, á multitud de notas diplomáticas, y hasta un movimiento de tropas hácia la frontera. Esta cuestion era la de la navegacion del Tajo. Pocos años antes se habia estipulado entre ambos gobiernos la libertad de la navegacion por dicho rio para españoles y portugueses con sujecion al reglamento que de comun acuerdo y para el mismo efecto se estableciese. Mas el gobierno de Portugal hubo de temer que esta concesion hecha á los españoles perjudicase á la industria y comercio de su pais, y con objeto sin duda de fomentarlos, opuso mil obstáculos al cumplimiento de lo pactado, pretendiendo limitar en el reglamento el espíritu del convenio primitivo. Los comisionados del gobierno español no pasaron por estas restricciones; las conferencias entre estos y los comisionados portugueses se dieron por terminadas, y el gabinete de Madrid, dejando la via de las negociaciones, pasó á la de las amenazas. Pero la Inglaterra tenia sobrado interés en impedir un rompimiento; interpuso su mediacion; el gabinete de Lisboa cedió, y el reglamento pudo al fin decretarse conforme al espíritu del primer tratado.

¿Cuál era el interés de España en esta negociacion? ¿Cuál el de Portugal? ¿Qué efectos ha producido el convenio? Establecida la libre navegacion del Duero, los frutos españoles, sobre todo los del interior, cuya produccion es la mas barata, competirían con los portugueses; y como los métodos de produccion no son mas perfectos en Portugal que en España, nada teníamos que temer de la concurrencia. Siendo además fácil y barata la conduccion de nuestros frutos hasta Oporto, aumentariase considerablemente su exportacion al extranjero, y, lo que es aun mas importante, se disminuiría mucho el numeroso contrabando que se hace en la frontera por las escasas corrientes del Duero.

Mas lo que para España eran ventajas en este tratado, Portugal lo consideraba perjuicio, si bien con poco fundamento. La concurrencia de nuestros frutos con los suyos no

podia serle dañosa, como al principio se imaginára, porque si la abundancia del género producía al pronto una baja de precio, esta sería también un estímulo para el consumo, lo cual restablecería fácilmente el equilibrio. Y en cuanto á lo que perdieran las aduanas portuguesas por la disminucion del contrabando, nada puede con razon objetarse, porque España no debe consentir semejante tráfico, y tiene derecho á impedirlo por todos los medios. Y aunque así no fuese, todavía nos parece algo infundado este temor, porque el aumento que necesariamente tendría el comercio lícito, supliría en parte la falta que ocasionára el fraudulento. Quizá los géneros introducidos legalmente no devengarían los catorce millones de duros en que se calculaban los productos que rendían á Portugal las mercaderías introducidas por fraude; pero aunque así fuese, ninguna razon hay para que nuestros vecinos se enriquezcan á nuestra costa.

Estos y otros muchos argumentos mediaron en las contestaciones que precedieron al reglamento, hasta que firmado este en 1841, fué aprobado por las Cámaras portuguesas, y puesto en ejecucion. Nada decimos de sus varios artículos, entre los cuales hallamos algunos poco favorables á nuestro comercio, ni de la prohibicion consignada en uno de ellos de introducir los vinos españoles en Portugal, porque no es ese el objeto de este artículo. Advertiremos sí, aunque de paso, que el Gobierno anduvo sobradamente ligero consintiendo en dicha prohibicion, porque los vinos pueden constituir uno de los ramos principales de nuestra riqueza; y solo les falta para serlo, proporcionarles un consumo tal, que pueda servir de estímulo á su mejor elaboracion. Y si no es fácil de conseguir desde luego este propósito, debe ser por lo ménos una tendencia de la política comercial del Gobierno. En el ramo de que vamos tratando posee la Península los gérmenes de una gran riqueza, gérmenes que es preciso favorecer y desarrollar, aprovechando el Gobierno todas las ocasiones que se le presenten de hacerlo. Una era sin duda la cuestion con Portugal, y la re-

gencia interina, que al principio se mostró tan decidida á sostener á toda costa los intereses españoles, cedió luego en este punto, que era uno de los mas importantes.

Mas para que España pueda obtener de aquel tratado todas las ventajas que hemos dicho, seria indispensable habilitar la navegacion del Duero, desde lo interior de Castilla hasta la frontera, ó facilitar de otro modo la comunicacion entre estos puntos, porque si el transporte de nuestros frutos hasta Portugal, ó el de los extranjeros hasta nuestras ciudades sigue siendo igualmente difícil y costoso, poco habrán de aumentarse nuestras exportaciones, y seguirá siendo tan escaso como hasta ahora el movimiento de nuestro comercio.

Como el Gobierno no publica siquiera las noticias oficiales de nuestras importaciones y exportaciones por la mayor parte de las aduanas, no sabemos el influjo que puede haber ejercido el tratado con Portugal sobre el comercio de Castilla, mas presumimos que poco ó ninguno, no habiéndose hecho despues lo que era indispensable; esto es, facilitar la comunicacion de este reino con la frontera portuguesa. En vano se estipuló entonces por los gobiernos de ambas naciones el mejorar la navegacion del rio aplicando á estas obras el producto de la tarifa convenida, pues mas de tres años han pasado ya, y sin embargo no ha llegado á nuestra noticia ninguna mejora. El estado de la comunicacion por el Duero es hoy el mas deplorable. Nueve barcas y algunos barcos menores tan solo existian hace pocos años desde Puente Duero en adelante, que es el único parage donde aunque con sumo trabajo se puede navegar, y estos medios de transporte servian únicamente para la comunicacion en los términos de Aniago, San Miguel del Pino, Pollos, Cubillas, etc. Además el rio se estrecha tanto en varios parages que forma precipicios de mas de 1000 pies, y ó impide absolutamente la comunicacion, ú obliga á mantenerla por medios peligrosísimos, de uno de los cuales tan solo hablaremos á nuestros lectores para que formen idea del estado de las comunicaciones en España. En las épocas de

grandes avenidas se pone casi intransitable el Duero por la frontera de Portugal, por lo que los habitantes de sus riberas colocan para atravesarlo cinco maromas amarradas por sus extremos á dos robustos peñascos en la parte de España y á otros dos en la de Portugal: ponen sobre dicha cuerda una horquilla muy fuerte con dos ramales una á cada lado, para poderse llamar de la parte que mas convenga; atan á la horquilla los objetos y aun las personas que intentan trasportar, y por medio de los tirantes hacen resbalar la horquilla por la maroma hácia la orilla que les conviene. La travesía sin embargo es de 16 ó 20 varas, el cauce del rio profundísimo y la rapidez de la corriente extraordinaria. verdad es que este medio singular de trasporte se usa, mas que para otra cosa, para la introduccion del contrabando; pero tambien se emplea muchas veces para el comercio lícito en los casos de avenida, que suelen ser muy frecuentes.

Como creemos que cada obra particular de navegacion debe formar parte de un sistema general de comunicaciones, no aconsejaremos al Gobierno que emprenda desde luego la habilitacion de todo el Duero; pero sí que habilite la parte mas navegable, pues cualquiera que sea el plan que se adopte, esta será siempre necesaria, y además los gastos que exige no deben ser muy cuantiosos. Contamos esta parte desde Puente Duero hasta la frontera, donde ya hoy navegan barcas grandes, aunque con mucha dificultad y sujetas á las vicisitudes de las estaciones. La manera de poner en comunicacion este tránsito con el interior de Castilla no puede decidirse sino al formar el plan general de navegacion que indicamos antes: entonces podra saberse si conviene mas que partan del centro de España hasta Portugal dos rios navegables, ó si basta uno enlazado con el otro por medio de un canal. No somos nosotros bastante competentes para decidir este punto, ni mucho menos para formar un plan semejante; pero seguiremos tratando las cuestiones relativas á él, y son como sus preliminares necesarios, en el siguiente artículo.

EXPOSICION

DE LOS

PRODUCTOS DE LA INDUSTRIA FRANCESA.

OJEADA GENERAL SOBRE LA EXPOSICION DE 1844.

I.

POR la décima vez en cuarenta y seis años asiste la Francia á esta gran solemnidad nacional, que atrae curiosos y observadores de todas partes del mundo. Tres exposiciones ha habido durante la República, una solamente en tiempo del Imperio, tres en la época de la Restauracion y tres desde la revolucion de Julio. Las tres primeras serían comparativamente insignificantes, si no las considerásemos rodeadas de aquella aureola histórica que acompaña á todas las instituciones en sus principios: por otra parte la sociedad francesa acababa de atravesar una época terrible, y apenas se habian pasado todavía diez años desde que Turgot libertára al trabajo de las trabas ridículas y desastrosos reglamentos con que el sistema de las corporaciones tenia encadenados casi todos los ramos de la industria francesa. En la única exposicion que hubo en tiempo del Imperio el año de 1806 fué el número de los exponentes diez veces mayor que lo habia sido en 1798; pero entonces la Francia poseia parte de la Bélgica, de la Suiza y de la Italia, y no puede por tanto compararse el número complejo de esta exposicion con el de las precedentes. Las atenciones militares no permitieron al gobierno de aquella época pensar en esta institucion, olvido bastante curioso porque la politica industrial que imaginó el bloqueo, se hallaba como la del tiempo de la República imbuida de

preocupaciones mercantiles, y hubiera debido al parecer estimular este género de manifestaciones. Hasta el año 1819 no se trató de restablecer las exposiciones generales de la industria: esta quinta exposicion, abierta cuando ya la Francia habia vuelto á sus límites naturales, tuvo todavía mas exponentes que la de 1806; pero el número de ellos se mantuvo con corta diferencia el mismo en las tres siguientes. Despues de la revolucion de Julio se duplicó aquel desde la segunda exposicion: un impulso general se manifestó por todas partes, y ejerció su influencia sobre la industria: mas no es el ódio al extranjero el que ha aumentado los exponentes, sino la expansion general, que es efecto siempre de la libertad, de la paz y de la abundancia (1).

Al recorrer la lista de los exponentes en diferentes épocas, es interesante seguir la suerte de ciertos nombres. Los unos brillan una ó dos veces para no volver á apare-

(1) En el siguiente resumen está comprendida toda esta parte de la historia de la industria francesa.

AÑOS.	EXPOSITORES.	MEDALLAS CONCEDIDAS.	PRIVILEGIOS DE INVENCIÓN.
1. ^a 1798.....	110.....	26.....	10
2. ^a 1801.....	220.....	69.....	34
3. ^a 1802.....	540.....	119.....	29
4. ^a 1806.....	1422.....	119.....	74
5. ^a 1819.....	1662.....	360.....	138
6. ^a 1823.....	1648.....	470.....	187
7. ^a 1827.....	1795.....	425.....	281
8. ^a 1834.....	2447.....	697.....	576
9. ^a 1839.....	3381.....	805.....	730
10 1844.....	3958		

El número de recompensas ha seguido naturalmente la progresion del número de exponentes, que siempre se ha mantenido en razon de 1 á 4. No es tan regular la relacion entre las medallas y los privilegios de invencion, porque el jurado tiene que recompensar, no solamente las invenciones nuevas y las mejoras privilegiadas, sino tambien todas las mejoras que se han manifestado en una calidad superior de género por precio igual, ó bien en calidad igual por precio inferior. Es de suponer tambien que hay muchos inventos que obtienen el privilegio sin llegar jamás á la aplicacion, ó al menos que llegan muy tarde. Comparando el número de privilegios concedidos desde que la Asamblea Constituyente fijó la legislacion sobre esta delicada materia, hallamos que se han dado desde 1.^o de julio de 1791 á 1825, durante estos treinta y cuatro años de tormentas, de luchas y fatigas 2903 privilegios de invencion, de perfeccionamiento ó de importacion, ó sea tomando un término medio, 84 por año. Pero desde 1825 ha habido una actividad incomparable: desde 1826 á 1839 se han concedido 1820 privilegios de invencion, ó sea 364 por año, uno por día. De 1830 á 1836 se han dado 2060, ó sea 412 por año, y de 1836 á 1840, es decir, en cinco años, 4600; esto es, mas de 900 por año. En fin en 1841 y 1842 se han contado ya 3180, esto es, 1600 por año, cuatro por día; diez y nueve veces mas que en cada uno de los cuatro primeros años. La facilidad que ofrece la nueva ley para adquirir estos privilegios, no dejará de aumentar sucesivamente su número.

:

cer jamás por consecuencia de los mil y un accidentes de la vida; otros, que, por decirlo así, se ven despuntar en el horizonte de las primeras exposiciones, describen despues una órbita luminosa, y arrojan vivos destellos sobre toda la industria francesa. El primer relator Chaptal citaba sobre todo en 1798 la relojería de Breguet, los instrumentos de matemáticas de Lenoir, la tipografía de Didot y de Erhan, los aceros de Clonet, los cuadros en porcelana de Dilh y Gerard, las chimeneas de Désarnod, los lápices de Conté, las telas estampadas por Gremont y Barré en Bercy, la loza de Potter en Chantilly, la bonetería de Payen en Troyes, las planchas charoladas de hierro batido de Dehorme, y el algodón hilado con máquina de Julien en Luat. Muchos productores muy conocidos no habian podido presentar sus productos en la exposicion; Boyer-Fonfrède sus algodones, Didot menor sus hermosas ediciones y su magnífico papel vitela, Larochevoucauld sus telas de algodón, Delattre su algodón hilado, etc., etc., etc. Lyon, Ruan, Amiens, Sedan, Elbeuf y Louviers no enviaron sus representantes. Porque esta exposicion imprevista no era mas que una fiesta de circunstancias, improvisada para celebrar el aniversario de la República; y además las ciudades y las clases industriales de Francia no habian podido aun obtener de la revolucion mas que los desastres inseparables de tales acontecimientos. En el año siguiente, en el ministerio de Chaptal, viéronse aparecer los nombres de los hermanos Ternaux, fabricantes de paños y casimiras en Reims, Sedan, Louviers y Ensival, y de Montgolfier, fabricante de papel en Annonay. Cárcel habia tambien inventado su lámpara, y obtuvo una medalla de bronce: Jacquart recibió la misma recompensa: «Jacquart de Lyon, decia el relator, inventor de un mecanismo que ahorra en la fabricacion de telas espolinadas el trabajo del obrero llamado tirador de lazos.» Nadie comprendia todavía aquel rasgo de genio que debia hacer la celebridad del inventor y la fortuna de sus compatriotas, contribuyendo á la gloria de la Francia moderna, por el gran número de aplicaciones que se han hecho de su invento en el tegido. La exposicion de 1802 fué mas interesante. Viéronse brillar en ella con vivo resplandor dos géneros de industria nacidos, por decirlo así, el dia antes: la fábrica de productos químicos que se engedrabán como por encanto á la voz de los Berthollet, de los Chaptal, de los Guyton-Morvaux, de los

Molard, de los Fourcroy; y la industria de los chales, cuyas muestras acababan de llevar á Francia los héroes de Egipto, y á los cuales la moda daba un precio extraordinario. En 1806 hubo como hemos dicho una concurrencia casi europea: todas las ciudades de Francia expusieron sus productos, en que se manifestaban los progresos de la industria en lanas, en sedas, en algodones. Lyon se presentó con sus ricas sederías; Tarara y San Quintin con sus muselinas ligeras, Mu-Chouse con sus lienzos estampados, observándose tambien las máquinas de Douglas y los cristales de Dartigues. En fin Thomire, Gall y Ravrio acababan de crear la industria enteramente parisiense del bronce.

Mucho tiempo despues cuando se restableció esta institucion, la Francia no era ya guerrera; la mayor parte de los antiguos soldados pedian al trabajo la tranquilidad y el reposo: así pudo notarse un progreso general, especialmente en la industria de lanas en que sobresalia aun el ilustre Ternaux. Los chales de cachemira brillaban en 1827 con nuevo esplendor, y la fábrica de París habia ya consolidado en gran parte su reputacion en este género. El vidrio, el cristal, los tapices, los muebles, los pianos, los demás instrumentos de música, las armas, el papel, en una palabra todas las clases de industria se hallaban dignamente representadas.

Desde aquel momento es imposible señalar en pocas palabras todo el progreso, todos los descubrimientos, todas las invenciones que han podido admirarse en las exposiciones últimas. De 1827 á 1834 la industria francesa ha dado un gran paso: las ferrerías se han multiplicado y estendido, perfeccionado las máquinas, rebajado de precio las producciones, aumentado las relaciones industriales, y nacido muchos artefactos nuevos. En 1839 el hilado de las lanas se aproximaba á la perfeccion; cincuenta ferrerías construian máquinas; el público admiraba las de papel continuo, los productos inesperados del arte á lo Jacquart, los cronómetros de admirable precision, las herramientas para pozos artesianos, la perfeccion de las agujas, de los cristales y espejos, la nueva soldadura del plomo, la galvanizacion del hierro, etc., etc. La riqueza y la abundancia tienen tambien sus inconvenientes; necesitarían una enumeracion muy larga, y aun esta seria incompleta. Nos contentaremos, pues, con hacer una relacion sucinta de los pro-

ductos mas notables que se han presentado en la exposicion de 1844.

II.

Máquinas.

La parte mas interesante de la exposicion era sin duda alguna la vasta sala de las máquinas: allí se hallaban los mecanismos, los aparatos y las herramientas de toda especie; máquinas de vapor, máquinas para fabricar los útiles, para hilar, para tejer, para imprimir, instrumentos para sondar, aparatos para la fabricacion del azucar, bombas, caloríferos, una parte de las máquinas agricolas, etc., etc. todos los productos de las ferrerías metalúrgicas y de las artes químicas. Allí era donde se encontraban con mas frecuencia los hombres graves, que se dedican á las industrias de todo género, empresarios, ingenieros, obreros: hallabáseles tambien en las demás galerías, brillantes con el resplandor de los productos que contenian; pero la que mas frecuentaban era la de las máquinas. Esta sala tenia un aspecto frio para el visitante vulgar; era como una gran página negra para los que no saben leer; ;pero qué magnífico y halagüeño espectáculo para los que sabian penetrar en el mecanismo de la creacion humana!

Si el conjunto de aquella vasta coleccion ofrecia un aspecto sencillo á la par que grandioso, no habia sin embargo nada inesperado, ninguno de esos inventos que sorprenden por su novedad; pero en cambio se veian millares de instrumentos perfeccionados ó para perfeccionar los anteriores descubrimientos. Estos grandes resultados son debidos á la accion combinada de la paz, que permite el trabajo, y de las grandes conmociones que han electrizado, por decirlo así, la inteligencia humana. Así cuando se preparaban en el seno de los hados de la Francia los extraordinarios acontecimientos con que terminó el siglo XVIII, la ciencia y la industria participaban de aquella misteriosa fermentacion. La química ha hecho progresos en medio de la tempestad revolucionaria, y entre la agitacion de la lucha se ha estendido tambien la aplicacion de ese motor por excelencia de los tiempos modernos, sin el cual, segun dice el célebre Huskinson, jamás la Inglaterra habria podido producir bastante para pagar á los soldados de la Santa Alianza.

Agréguese á las máquinas de vapor la de hilados del ilustre Jacquart, y se tendrá la explicacion y el punto de partida mecánico de toda la industria moderna. ¿A quién se deben tambien todos los procedimientos químicos sino al genio que demostró por medio del estudio del oxígeno la composicion de las nueve leguas de atmósfera que nos rodean, la del agua que forma las tres quintas partes del globo, la de las plantas que en la tierra crecen, la de los animales que en ella viven, y la de los minerales que oculta en su seno; al sábio que indicó la luz, á los Berzelius, á los Gay-Lussac, á todos esos brillantes genios, cuyas vigili-
as y esfuerzos han fecundado todas las artes? Es verdaderamente una maravilla esta acumulacion de acontecimientos que han inaugurado nuestra época. ¿Cómo admirarse, despues de mudanzas tan grandes é inesperadas así en el órden moral como en el órden material, de que los publicistas hayan tratado mas de una vez de orientarse á través de esa inmensidad de fenómenos nuevos, que se refieren los unos á los otros? Si, pues, y para no hablar mas que de lo que respecta al trabajo, estamos buscando todavía algunas veces el mejor camino que conviene seguir; si este camino se halla aun herizado de dificultades que obstruyen nuestra marcha, é impiden mirar adelante, no debemos desanimarnos, porque es preciso que los acontecimientos se cumplan y verifiquen; es preciso sobre todo que las doctrinas de Turgot y de Adam Smith, contemporáneas tambien de estos grandes descubrimientos fundamentales, penetren mas en el espíritu de las masas, que sean meditadas, comprendidas y puestas en práctica, porque sabido es de todos, que desde que se conquistó la libertad, muchas veces la influencia de las preocupaciones y la ignorancia de la naturaleza de las cosas en el órden económico, han hecho perjudicial ó al menos inútil el triunfo de los inventores sobre la materia.

Las invenciones, y particularmente las máquinas, tienen contra sí la saña de las clases obreras. Preciso es confesar que la aversion es legitima, porque no obstante sus ventajas infinitas, incontestables é incontestadas, de reemplazar al hombre en los trabajos penosos ó repugnantes, de multiplicar su accion, de poner sus productos al alcance de todas las clases, tienen las máquinas el inconveniente deplorable de suprimir en un instante dado el trabajo de muchos obreros. Se ha dicho, y es verdad, que al cabo de

cierto tiempo, una máquina cuyos productos son baratos dá á estos mas salida, de modo que vienen á ocupar por último mas obreros que los que al principio dejara sin colocacion; pero esta ventaja social no destruye el inconveniente que acabamos de señalar. Algunos publicistas han enumerado con complacencia todos los inconvenientes de las máquinas, otros no han hablado mas que de sus ventajas; poniendo en balanza unos y otras, es evidente que la sociedad gana con la introduccion de cualquier nuevo descubrimiento; pero el problema no queda suficientemente resuelto para las víctimas, que merecen la mayor simpatía, y á quienes nos limitamos á dar consuelos fundados en la doctrina del interés general, doctrina que persuade muy poco cuando el hambre está llamando á la puerta. Merecería pues una gran recompensa nacional aquel que indicase el remedio de este mal, con el que se lograra calmar directamente el sombrío pavor de las clases obreras. ¡Plugiése á Dios que pudiera sacarse algo bueno sobre este particular de esos *mecanismos sociales* que tan frecuentemente es publican! Pero esta es sin duda una solucion á la cual, como en medicina, no se llegará sino por medio de derivados indicados con inteligencia y probidad, y capaces de hacer que la vida del cuerpo social refluya sobre el órgano amenazado. Por otra parte la introduccion de las máquinas no depende de la voluntad: una idea beneficosa rompe siempre los obstáculos que la comprimen, y cuando no es acogida en la patria, deja en ella los inconvenientes, y lleva al extranjero su bienhechora fecundidad. Y luego si nosotros, nuevos iconoclastas, quisiéramos remontarnos á la noche de los tiempos, ¿en qué aparato, en qué instrumento se detendria nuestra proscriccion? ¿Consumen las máquinas la mas pequeña particula de sustancia alimenticia? Y entonces, ¿no es evidente que si las máquinas perjudican á los hombres, es porque estos no saben arreglarse entre sí, y que el mal no está en las producciones de su genio, sino en sus instituciones sociales?

Las máquinas-instrumentos se han llevado los honores de esta seccion industrial, y los nombres de MM. Calla, de Coster, Pihet Schneider, etc. han recibido nuevo brillo. Estas máquinas, que tan justamente han fijado la atencion pública, sorprenden á primera vista por sus enormes proporciones. Por medio de combinaciones á la vez sencillas y poderosas pueden pulimentar el hierro fundido, atra-

vesar placas de hierro, taladrar, alisar los metales como lo haria el instrumento mas afilado en la madera mas blanda. Con estos formidables productos es preciso admirar tambien la dificultad vencida en la fusion de esas masas de metal, la precision y el perfecto ajuste de todas las piezas, y en fin el pulimento exterior que embellece á la vista lo que la inteligencia admira. En cinco años han llegado los constructores franceses casi á la misma altura que los de Inglaterra; y es casi seguro que con la fundicion, el hierro y el combustible á precio igual presentarán sus productos en el mercado tan baratos como los ingleses. Sin embargo á consecuencia del mayor número de pedidos, el trabajo está mas dividido en la Gran Bretaña, y de aquí resulta para aquel pais una gran superioridad. En Francia el ministerio de marina ha contribuido con sus pedidos á los progresos que vamos notando.

M. Calla, que ha presentado moldes de fundicion y de cobre, y principalmente la estatua monumental de San Luis, ha expuesto además: un torno paralelo de cinco varas y media á propósito para formar tornillos y matrices para estos; una máquina para alisar y otra no menos poderosa para taladrar de un golpe planchas de hierro de media pulgada de espesor; en fin un gigantesco torno para planos, capaz de soportar las vibraciones, aunque se le haga funcionar en árboles de dos varas de diámetro. MM. Pibet han presentado tambien un torno paralelo de diez varas, que ha sido pulimentado con una máquina mayor todavía, y que no ha podido ser expuesta por su dimension de 14 varas de larga por cuatro de ancha. Debemos señalar tambien entre otros instrumentos-máquinas, su enorme máquina para dividir la circunferencia de grandes ruedas facilitando el trazado de los dientes, y debemos asimismo recordar que MM. Pibet han sido los primeros que han fabricado en Francia gruesos instrumentos de origen inglés.

Entre esta especie de instrumentos hercúleos, es preciso colocar tambien los de MM. Schneider hermanos, para remachar y golpear por medio del vapor directamente aplicado al martillo.

M. de Coster, de quien hablaremos cuando tratemos de las máquinas para hilar lino, ha expuesto una docena de instrumentos-máquinas interesantes y bien ejecutados, pero de menores dimensiones. En fin para completar esta revista de instrumentos de poderoso efecto, es justo que ci-

temos una máquina de M. Pladis que de un pequeño volumen y con el auxilio de la fuerza de un solo hombre, arqueta en frio, y sin grande esfuerzo, anchas y gruesas llantas para ruedas; y además la exposicion curiosa por diversos titulos de MM. Degonsé y Mulot, cuya inteligencia anima los gigantesces tubos que van á buscar en los senos de la tierra á una profundidad de muchos centenares de varas una corriente de agua fecunda y beneficosa.

Muchas eran las máquinas de vapor, y esto nada tiene de extraño siendo este motor el mas dócil, el que se plega á todas las exigencias de localidad, y se pone siempre á la obra, hiele ó haga calor. Las de este año, de formas y dimensiones muy variadas, no presentan mas novedad que los diversos sistemas de variabilidad en el fiador, circunstancia que permite manejar el elemento que produce la fuerza, y la ventaja de economizar el combustible. La necesidad es madre de la industria: á los ingleses, como tienen el carbon á bajo precio, les importa poco consumir una cantidad mayor ó menor; los franceses lo pagan caro, y han buscado los medios de economizarlo: el uno modifica la tirada, el otro el hogar, el otro el enrejado. No habia sino una sola locomotriz, bella é intachable en todos sus pormenores, producto de los talleres de MM. Allcard, Buddicom y compañía, proveedores de locomotrices de la empresa del camino de hierro de Ruan. En los caminos ordinarios hay maestros de postas que alquilan caballos: con los ferro-carriles habrá proveedores de locomotrices. Las máquinas de rotacion han sido célebres hace cinco años; pero en este no hemos visto mas que una, á la que se atribuye la fuerza de 55 caballos. Vuelven las máquinas de rotacion á presentarse, ¿pero son de efectos útiles y ventajosos? Este es un problema que se halla todavía por resolver. En ultimo análisis las máquinas de vapor consideradas en globo, se perfeccionan, se simplifican, se consolidan, y van adquiriendo cada dia las condiciones de un buen género de industria.

Los constructores vuelven á fijar su atencion sobre esa variedad de motores hidráulicos que se llaman *turbinas*, ruedas de ege vertical, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, y de que MM. Burdin y Fourneyron han conseguido sacar casi todo el partido posible hasta el punto de inventar por decirlo así una nueva máquina. Las opiniones de los constructores están divididas acerca de los resultados

útiles que pueden obtenerse por medio de estos motores, cuya ventaja consiste en tener mayor fuerza con menos volumen, y poder funcionar aunque esten completamente debajo del agua.

La exposicion de 1844 no nos da noticia alguna de la máquina de aire comprimido de M. Andraud: sin duda este ingeniero no quiere presentar su obra hasta que esté perfeccionada. Si hemos de creer en sus resultados, el vacío será tambien un motor poderoso y docil; pero nada hemos visto que pueda referirse á la máquina de que hablamos. En general pocos han sido los perfeccionamientos interesantes para los caminos de hierro, que se han presentado en el palacio de la industria.

Como muy relacionadas con la industria de las máquinas de vapor, pueden citarse las calderas de MM. Durenne y Lemaitre. La calderería de estos dos exponentes es magnífica, da indicios de que poseen buenos instrumentos, y la distribucion del trabajo está bien entendida.

Cuatro constructores llamaban especialmente la atencion pública por la extension de sus mecanismos; M. Chapel por su máquina de papel continuo; MM. Nillus y Mazeline del Habre, MM. Derosne y Cail por los molinos de azucar y las máquinas de vapor que destinan á la grande explotacion del azucar colonial. Hacíanse notar, sobre todo, los ingenios de cobre de MM. Derosne, de tubos y calderas destinados á hervir, condensar y evaporar el jugo de la caña. De este modo al llevar la industria francesa á los trópicos sus combinaciones y sus fuerzas, volverá bien por mal; porque ¿quién podría calcular los sacrificios que la madre-patria ha hecho en el enorme ramo que se llama sistema colonial? Por lo demás, se presagian con placer las grandes consecuencias que deben producir estos nuevos agentes del trabajo, estas máquinas, que deben traer la solucion de ese gran problema económico y moral á la vez, queremos decir, la emancipacion de los esclavos y de las colonias. Ahora bien: una vez reemplazada la indolencia del criollo por el genio de la química y la mecánica, ¿se sostendrá la produccion del azucar indígena? Todo induce á creer que no, puesto que la caña es tan rica! ¿Y sin embargo, no se han visto prosperar las fábricas de azucar de remolacha, poniéndola á 1 franco, cuando habian quedado estacionarias con el precio de 5 y 6 francos del bloqueo? Uno de estos constructores de las colonias M. Nillus, tenia por otra par-

te esa gran espira destinada al *Napoleon*. Gran habilidad ha sido necesaria para vaciar sin modelo esta enorme y nueva pieza de bronce, que parece formada por cuatro colas de ballena opuestas. La experiencia hace concebir una alta idea del porvenir de esta composicion elegante y original. El nombre de M. Sauvage ha sido pronunciado con estrépito; pero otros nombres han resonado tambien, así delante de esta pieza, como delante del martillo ciclopiano, y no nos hallamos bastante enterados para dilucidar cuestiones delicadas de propiedad intelectual. El hilado del lino por mecánica, recientemente introducido en Francia, se veia representado sobre todo en la máquina de rastrillar de M. Felipe de Girard, construida por M. de Coster; en dos magníficas cardas de MM. Nicolas Schlumberger y de Coster; en una máquina para agramar de este último, y en un aparato para hilar de M. Schlumberger. Todas estas máquinas presentan combinaciones ingeniosas, y dan á conocer que no tardará mucho la filatura del lino en rivalizar con la de lana y algodón. En el día se fabrican muy bien en Francia las máquinas para lino, y bajan su precio los constructores. Alemania é Italia les hacen pedidos, y sin embargo, los tejedores franceses continúan dirigiéndose á Inglaterra. No es este el lugar á propósito para examinar los resultados económicos del nuevo sistema de trabajo que ha reemplazado á las hilanderas de las aldeas, ni el mayor ó menor motivo que haya para proteger á los hiladores por mecánica; pero lo que sí es muy natural puesto que pertenece á la historia y á la historia solamente (1) es conceder el honor del descubrimiento al infatigable M. de Girard, á quien los acontecimientos de 1814 han privado del premio de un millon que Napoleon habia prometido al inventor de la filatura del lino por mecánica. La industria le debe á M. Girard la solución de las dos dificultades que presentaba el problema: por un sistema de peines continuos ha conducido el lino á los cilindros acanalados, conservando siempre el paralelismo de las fibras, lo que produce un hilo uniforme; ha disuelto en agua suficientemente cálida y alcalina, bajo el cilindro extendente, la materia resinosa, de modo que las fibras resbalan, se unen, y permiten hilar grandes cantidades. Es verdad que los ingleses han perfec-

(1) Véase la Memoria de M. Olivier á la Sociedad de fomento en 24 de agosto de 1842, y el t. 2, pág. 22 de *La industria francesa*, por Chaptal.

cionado las primeras máquinas de M. de Girard; pero debe tenerse presente que M. de Girard inventaba há cerca de cuarenta años, cuando se hallaban en los campos los trabajadores, y la maquinaria francesa estaba en la infancia. Siguiendo nuestra loable costumbre, hemos dicho y repetido que la filatura de lino por mecánica era de origen inglés. Pero esto es lo que ha sucedido: M. de Girard, falto de recursos en 1814 (1), fué á establecer su industria en las cercanías de Viena: despues, el genio inconstante que domina á los inventores, le llevó á Polonia, donde fué sucesivamente tegedor de linos en las inmediaciones de Varsovia, y director de minas de zinc de Dembrowa. Por este tiempo, sus antiguos asociados vendian en Inglaterra su procedimiento, que nos ha parecido excelente cuando le hemos visto puesto en práctica á las orillas del Támesis.

La sala de las máquinas solo presentaba un interés comparativamente secundario en los trabajos de filatura de algodón y de lana: pudiera decirse que estas dos grandes industrias, tan alabadas en las exposiciones precedentes, habian conocido que no serian ellas las que escitasen el interés, al ver que nada sobresaliente ofrecian. Mas con todo, parece que muchas mejoras introducidas en Francia en la construccion de las máquinas para algodón, se irán estendiendo en los telares. En los Campos-Eliseos no habia notable mas que dos bancos con brocas y un telar continuo. Este último, construido por la casa Andrés Koechlin, tendria un movimiento doblemente acelerado, á consecuencia de muchas mejoras. La exposicion de la industria de la lana, que tambien ha seguido el progreso, presentaba el mismo aspecto con corta diferencia. Se notaba sobre todo un lavadero sencillo é ingenioso de M. Desplanques, con sistema completo de preparacion para las lanas teñidas, remitido por M. Bruneaux hijo, desde Rethel, un banco de brocas de M. A. Koechlin, y elegante cardador del difunto M. Collier mirado en el dia con bastante frialdad. Al mismo tiempo presentaba M. Dezeimeris, en las lanas, los resultados de un rastrillo de invencion suya, resultados demasiado buenos para vacilar en creer en ellos despues de haber adquirido noticias positivas que parece ponen la cuestion fuera de duda. Bastará decir que M. Dezeimeris rastrilla, mejor, mas pronto y con solo de 2 á 5 por 100 de

(1) Véase su Memoria al rey, á los ministros y á las Cámaras.

merma, en vez del 25, 30, 40 por 100 que se pierde por el procedimiento ordinario, con la mejor lana. Esto sería una revolucion.

La industria de la seda continua estacionaria: solo estaba representada por un torno de hilar de M. Michel; por pequeños mecanismos para juzgar de la fuerza y calidad de las sedas crudas, de M. Rovinet, y un torno de mano del mismo agrónomo. El torno de M. Michel tiene cinco pilas: está muy bien montado, y es el mejor que hemos visto; pero se le tacha de ser demasiado caro. Efectivamente, se halla tasado en 1500 francos por cinco pilas.

Los tejidos presentaban ideas nuevas: sin ir mas lejos, el elegante telar de M. A. Koechlin, que puede por sus sencillas disposiciones dar dobles golpes á imitacion del tegedor. Este telar enteramente nuevo, debído á uno de los mas hábiles ingenieros de la Alsacia, M. Saladin, y destinado á telas anchas, dá ochenta golpes dobles por minuto. Hasta el dia no se habia utilizado para las lanas el tejido mecánico, á causa de las pocas ventajas que ofrecia: esto consistia sobre todo en la debilidad de la cadena que difícilmente resistía á los esfuerzos del bastidor. M. Croutelle sobrino, de Reims, ha manifestado que habia encontrado una composicion capaz de dar á la cadena precisamente la fuerza que necesitaba. Este fabricante obtendrá de este modo ahora 20 varas de tejido fino cada dia, no pudiendo los mas hábiles tejedores conseguir mas que 5 con el telar de brazo. Esta preparacion tiene gran influencia, y ha llamado mucho la atencion de cuantos se ocupan en la fabricacion de tegidos. A estos descubrimientos se puede agregar la variacion introducida por M. Lepoitevin, de París, en la famosa *calcetera* de Ternaux, telar circular que trabaja con las agujas hácia fuera y con un mecanismo bastante complicado, como han podido juzgar los que hayan visto la exposicion de este año, por dos bastidores presentados por dos fabricantes de puntos de Troyes. M. Lepoitevin ha conseguido volver las agujas hácia dentro, y simplificar mucho el mecanismo. Ha aplicado su mecanismo á la fabricacion de un punto que, una vez batanado, queda lo mismo que un paño. Si esta tela de punto resiste á la experiencia, será este un mecanismo que dará de 15 á 20 varas por dia: y como el vapor puede hacer mover varios de ellos bajo la vigilancia de un obrero, desde luego se puede apreciar el valor de este nuevo modo de tejido continuo, en que no

se necesita andar pasando las portadas. Se corta donde acomoda la manga que forma la pieza, que está abierta á lo largo. En Inglaterra hay ya aparatos de este género montados con el antiguo bastidor circular. Todavía hay que citar aquí los adelantos obtenidos en la industria de los chales. M. Deneirouse, uno de los creadores de esta fabricacion, los ha presentado tejidos sin revés; MM. Boas, hermanos, y MM. Barbé-Proyat y Bosquet, tegidos dobles y separados mecánicamente. Los sucesores de M. Deneirouse no indican su perfeccion en el telar á la Jacquart. Los señores Boas, hermanos, no habian llevado mucho mas adelante sus máquinas. Los señores Barbé-Proyat y Bosquet únicamente tienen en este punto una exposicion completa. Al hacer un chal doble, se aprovecha la labor del primero para el segundo. Pero fabricar una tela de doble realce es una cosa ordinaria desde Ternaux, y la dificultad estaba en la separacion de los dos tejidos. MM. Barbé-Proyat y Bosquet emplean un solo mecanismo, una sola colocacion de cartas, un solo juego de cartones, y obtienen dos telas iguales en colorido y dibujos; lo que no tiene lugar con el procedimiento de los señores Boas, que se ven precisados á enganchar el segundo chal de un modo algo diferente del primero. La máquina que los señores Barbé-Proyat y Bosquet emplean para separar los chales, se compone de cuchillas circulares que giran horizontalmente, y sobre las cuales se vá verificando la trama. Lo que hay de notable es que la industria de los chales no es la única que ha buscado el tejido doble y divisible; se han visto terciopelos, felpas, fieltros cortados; del mismo modo la elaboracion de chales y telas á la Jacquart ofrecia todavía algunas mejoras en el floreado picado, cartonés, etc. Un tejedor de cintas, un tal Saint-Etienne, presentaba algunas innovaciones. M. Pascal jóven, proponia reemplazar con láminas metálicas convenientemente barnizadas esos interminables cartones, que son evidentemente el defecto del telar Jacquart.

De los tejidos llegamos con bastante naturalidad á las máquinas de estampado. Dos sistemas estaban presentes en la exposicion, como en los talleres de Alsacia y de Ruan, la perrotine y la máquina de cilindro, recibiendo poco á poco impulso á la mano. El mecanismo de M. Perrot coloca las láminas con mas precision que el mas inteligente obreiro; con rapidez increíble (280 golpes por minuto) aplicando uno, dos, tres, cuatro, cinco ó seis colores á la vez con

arreglo al gusto y los caprichos de la moda. Es maravilloso; y no obstante, el uso de este acertado instrumento no se ha extendido sino en estos últimos años. En el dia, la Alsacia con el mismo número de obreros, cinco ó seis mil, elabora cuatro veces mas, gracias al uso del cilindro y la *perrotina*. La máquina de cilindro, que data de 1802, se ha perfeccionado sucesivamente, y este año, la de M. Huguenin y Ducommun, perfectamente construida, puede estampar de cuatro y aun de cinco colores. Cargándose la plancha de mas color da una tinta mas trabada, nutrida y fuerte. El cilindro es mas ligero, mas delicado, permite detalles mas finos. Así que, lejos de considerarse rivales estas dos máquinas, deben asociarse para satisfacer las necesidades del consumo. El hábil M. Perrot, á quien la industria francesa citará algun dia con ese respeto que inspiran los nombres de Watt, de Jacquart, de Vaucanson, etc., ha expuesto tambien este año una nueva máquina para la impresion mecánica de la tipografía. Esta es probablemente otra revolucion en este arte, á juzgar por las pruebas suministradas por esta nueva *perrotina*.

Este sería el momento de consignar todas las perfecciones que presentan tambien todas las máquinas tipográficas de la exposicion; la prensa de imprimir en relieve para los ciegos por M. Gaveaux; la fundicion y grabado de los cilindros, etc, etc. Pero nos falta espacio, y nos limitaremos á decir algunas palabras sobre las máquinas de componer y distribuir. Mucho habian atraído la curiosidad antes de la apertura de la exposicion esas máquinas que deben tal vez completar de un momento á otro, en la fabricacion de libros, la revolucion empezada por la prensa mecánica, tan poderosa ya por el vapor. El público se detenia desde el primer dia cerca del componedor de MM. Young y Delcambre, que tiene el aspecto de un piano derecho, y que presenta á la vista un conjunto elegante. Las teclas corresponden á tubos-recipientes llenos de letras, que pasando entonces por unos conductos confluentes, vienen á colocarse en una larga linea, que un hombre corta con la ayuda de un pequeño mecanismo para formar las páginas de un libro ó las columnas de un periódico. Mucho se ha hablado de este mecanismo, pero nada se ha dicho de positivo. Marcha regularmente? es tan indispensable que visto el precio de venta (8 á 10,000 francos), tenga resultados útiles? Dejamos en suspenso la cuestion. Lo que hay de cierto es que M. Chaix,

regente de la imprenta Dupont, que ha experimentado por espacio de un año esta máquina, ha creído hacerla mejor. Por desgracia, su máquina no ha llegado á tiempo de presentarse. Ofrecia un sistema de conductos mejor dispuestos y una série de mejoras que hacian la composicion verdaderamente económica: problema que ha quedado sin resolver despues de un siglo que de él se ocupan. Este compo-
nedor no debe costar mas que 1,500 francos. M. Chaix ha podido presentar un lavadero-tipográfico que valúa en 800 francos, y del que espera conseguir 50 por 100 de economía en el deterioro de los caracteres: porque los lava por el batidero de un agua menos corrosiva que la potasa, y sin necesitar el uso de la broza, que tambien desgasta mucho. M. Choix ha podido presentar tambien un distribuidor mecánico. Es un trabajador quien distribuye; pero por la aproximacion de los cajetines y por efecto de un movimiento de relojería, las letras se disponen rápidamente en los componedores destinados á llenar los tubos de la máquina-componedor. M. Chaix cree evitar las manchas, la confusion de las clases diversas de letra, y el deterioro de los caracteres, sirviéndose para todo esto de operarios de segundo órden. Esperábamos haber visto tambien en la exposicion la máquina de M. Gobert y la de M. Pedro Leroux, de las que se ha hablado mucho; pero han sido defraudadas nuestras esperanzas. Es sabido que M. Gobert se ha propuesto con gran empeño resolver el problema de la distribucion. Su máquina debe poner en órden ella misma las formas por medio de un sistema de aberturas particulares para cada letra, que rechazarán todas las otras letras que no les esten destinadas, ó que se hubiesen duplicado. Resta la cuestion del desgaste de los tipos que nos parece comprometida en estas evoluciones mecánicas. En cuanto á M. Leroux, ha dirigido sus investigaciones á una máquina de fundir caracteres, volviendo á la idea que M. Didot habia experimentado treinta años há.

Los apasionados á la agricultura han debido notar con gozo el adelanto de las máquinas rurales, diez veces mas numerosas que en 1839; pero la discordancia en todas estas invenciones anuncia que los constructores de máquinas agrícolas no se proponen problemas en regla, y que no siempre dan la solucion racional. Todo inventor de arados debe haber labrado, y labrado con una inteligencia capaz de producir sanas observaciones: lo mismo diremos del que

trata de inventar mecanismos para sementeros, trillos, lagares, etc. Entre tantos arados, dos ó tres han sido los que únicamente no han parecido ridículos: la mayor parte parecían, por su forma y la abundancia de hierro que llevaban, destinados á cuadrúpedos de otra especie que los que se conocen en la labranza.

Sobre este punto, como en los demás de la mecánica agrícola, nos ha parecido advertir gran confusion, así entre los teóricos como entre los prácticos. En esta parte, agrónomos de gabinete y cultivadores campesinos necesitan mas noticias para todas las innovaciones que se les proponen. Esto consiste en que no se halla bastante bien establecida la división del trabajo en esta industria; que todos cosechean de todo un poco, y que la explotación agrícola está aun en la infancia. Acaso si se inquirese á fondo, se hallaría que también consiste en el gran número de bachilleres que se levantan en Francia. La exposicion presentaba por otra parte un gran número de tigras de vendimiar, hoces, podaderas, cribas, pisonés, rastras, y utensilios para la elaboración de féculas, molinos de mano, una tonelería mecánica, por M. Manueville, un aparato para cocer los alimentos del ganado, por Madama Lemarc, etc., etc.

Nada diremos tampoco de las máquinas para hacer ladrillo, cábricas, puentes, balanzas, enjugadores y de mil instrumentos, mecanismos y aparatos (contando los de relojería) que aunque de una importancia real en los grandes productos de Francia, no han dado un carácter especial á la exposicion de este año. Por esto creemos terminada nuestra tarea señalando entre las numerosas bombas que encierra esta sala de maquinaria, el sistema de M. Lestu, cuya potencia ha llamado vivamente la atención de todos los que la han visitado. M. Lestu necesita, como todo el mundo, para buscar el agua un tubo, tanto mas largo y costoso cuanto mas distante se halla esta, y cuanto mas consistente sea la materia que para él se emplee; pero ha ideado un medio de vaciar y atraer el agua, admirable de puro sencillo. Introduce en el cuerpo de la bomba un cono de cobre, lleno de agujeros, y pone en el interior de este cono un forro móvil de fieltro ó de cuero: este es su símbolo. Al bajar, el forro se encoge y deja pasar el agua: al subir se estíende, cierra los agujeros, y conserva el agua que ha recibido. Esta bomba es sencilla, fácil de hacer y fácil de recomendar: la marina, la agricultura, la economía

doméstica, y la seguridad de los pueblos tienen en ella un instrumento precioso. Tal es hasta ahora la opinion que se ha podido formar despues de la lectura de los informes verbales de los ingenieros de marina, de puentes y caminos y de guerra. Otros sistemas de bombas se recomiendan evidentemente por cualidades especiales: no queremos prejuzgar nada, y nos limitamos á poner de manifiesto una de las notabilidades de la exposicion de 1844. Otra idea sencilla y de la misma naturaleza se ha puesto en práctica por medio de un correon de tela que, pasando por el agua, y rodando sobre dos cilindros fijos, sacaba cierta cantidad de liquido: esta es la bomba patriarcal.

III.

Metales.—Productos quimicos.—Artes quimicas.

El rey de los metales, el metal *precioso* por excelencia, es el hierro, que bajo la triple forma de bronce, de hierro ó de acero, es el auxiliar, cuando no el agente principal de todas las industrias; todos los instrumentos, desde el gancho del trapero hasta el buril del artista: todas las máquinas, desde el arado del labrador hasta la poderosa creacion de Watt, son de hierro, de bronce ó de acero. ¿Quién sería capaz de señalar todos los usos de este metal esparcido con tal profusion por la naturaleza? ¿Quién los podrá marcar, especialmente el dia en que por los progresos en la extraccion del carbon de piedra y la explotacion del mineral, por la mejora de las vias de conduccion y por la rebaja de los derechos de aduana podrá procurarse la industria todas las clases de esta primera materia á un precio el mas natural?

Habia en la exposicion muy pocas muestras de cobre, y solo nos han podido llamar la atencion las de hierro y acero en bruto, ó bien los objetos trabajados de estas dos materias. Casi todos los productos presentados por dueños de herrerías son notables, y anuncian una fabricacion progresiva. Aquí no pudiéramos poner sino una série de elogios, porque á mas de los fuertes tornos, las barras colosales, etc. habia una excelente coleccion de piezas corrientes. Pero la palma, en cuanto al acero pertenecia á M. Jackson d' Assailly (Loire); él es sin disputa quien mejor lo trabaja en Francia. Mas.... ¿valen estos productos lo que los aceros

:

ingleses? En la duda, hacemos lo que el sabio; nos abstenemos de juzgar. Dos exposiciones en el hierro merecen particular mención: las de M. d' Andelarre de Treveray (Meuse), y de M. Traxler, de Bessons (Viena). Estos dos dueños de fundiciones presentan hierros obtenidos por un nuevo procedimiento que debe ser muy económico, y que consiste en hacer quemar el gas de los hornillos altos, perdido inútilmente, y en emplear el calor de esta combustion en la produccion del hierro. Aquí se encierra el germen de una revolucion muy de desear para utilidad general, porque la industria del hierro está todavía en la infancia. Para los dueños de herrerías es esta una penosa innovacion que les obligará dentro de poco á renovar el capital empleado. En esta industria se debe obrar por millones: esta es la razon porque las fraguas inglesas, que cuentan por 8 y 10 millones, no han tomado aun la delantera. El nuevo procedimiento está además en ensayo en Bohemia, Hungria y Styria; pero en ninguna parte hay hierro de ley obtenido por este medio. M. d' Adelarre lo consiguió tres años há. Hemos sabido que M. Traxler lograba ya una economía de 120 francos por barrica de fundicion!—Este es un resultado magnífico. Los notables experimentos de M. Ebelmen, ingeniero de minas, han demostrado por otra parte que en los mejores hornos de Francia hay por lo menos un 67 por 100 de carbon que se pierde en la atmósfera en estado de gas combustible.

En el número de las piezas de hierro mas dignas de atencion, citaremos un enorme tronco encorvado, destinado á una máquina de 220 caballos, fabricado por los señores Patin y Gardet, de Rive-de-Gier; una retorta de fundir, que pesa 1.020 quilógramos, de M. Vorux de Nantes para la colocacion de lo derretido; las soberbias columnas de los señores Chamouton de París, Dorival de Sedan, y las así mismo gigantescas de M. Chauffart, de las cuales una pesa mas de 4000, y serviría igualmente si fuese mas pequeña. El hierro galvanizado ha tomado una posicion regular, y probado de dia en dia su utilidad para mil objetos de construccion, para enverjados, cañerías y techumbres, especialmente ahora que se ha llegado á obtener plancha dulce. El Sr. Ledru acaba de descubrir en esta produccion un nuevo empleo, ideando un pequeño é ingenioso soplete, por medio del cual llega á unir y soldar tubos de lata de cualquier dimension, y cuyos usos pueden ser tan considerables.

La metalurgia del cobre tenia menos representantes. El horno de Givet se hacia notar aun este año por la extraordinaria finura de sus hojas, que anunciaban un tirador superiormente montado: 150 planchas de 44 centímetros de largo por 25 de ancho pesan medio quilógramo! El fundidor de Romilly tenia una magnífica chapa de 5 varas cuadradas, un recipiente de 343 quilógramos y un fogón movable de 9 líneas de espesor. El cobre no se presentó mas que en láminas: lo mismo sucedió con el zinc y el plomo. En bruto no ofrecerian estos metales el mismo interés que el hierro colado, que sin embargo ya hemos dicho era muy raro en la exposicion. No hace 30 años, los objetos de zinc eran objetos de curiosidad. En el dia los usos de este metal son innumerables, y engruesan la fortuna de opulentos capitalistas. Dos hornos solamente se han presentado: la Vieille-Montagne y el horno de Stolberg, el uno que tiene sus minas en Bélgica, el otro en la Prusia rinense, y ambos sus tiradores en Francia. La primera es famosa hace largo tiempo; el segundo ha dado ya mas de cuatro millones al consumo, aunque no cuenta mas que cuatro años de existencia. También habia hermosos plomos estirados á máquina pertenecientes bajo diversos nombres á grandes compañías.

La exposicion de productos químicos, tan modesta en apariencia, indicaba no obstante al que queria estudiarla grandes progresos. Bajo el punto de vista de historia natural, habia una preciosa coleccion de producciones recientemente descubiertas ó mejor determinadas, y admirables cristalizaciones. Los grandes productos anunciaban tambien mejoras notables aun despues de las correcciones hechas en todas las piezas de exposicion. La ciencia espera descubridores y apóstoles en todo lo concerniente á los tintes y materias de colorido, en términos de que en la fabricacion de esta materia y su consiguiente aplicacion á las artes domina generalmente el empirismo, las tradiciones y la buena inspiracion del compositor. Pero mientras aguardan esta ilustracion, muchos fabricantes logran útiles productos, y en ellos es donde debe considerarse ese bello matiz de las telas. Este año, los extractos vegetales, los de M. Charles Meissonier especialmente, eran aun mas hermosos que los del año anterior. Hemos hecho alto tambien en el carmin de orchilla de M. Jannet; es un producto nuevo de que ya se hace gran consumo. M. Jannet emplea ahora la orchilla de Africa: MM. Bergeron, hijos, y Couput, tenian

prusiatos amarillos y rojos, obtenidos por el azoe del aire atmosférico. Este sería un gran invento. Este año no hemos oído hablar del azul de Francia; verdad es que el añil está en gran aprecio. La teoría del abono está todavía en resolución: los agricultores piden el azoe mientras tanto; y los señores tratantes en productos químicos buscan como vendérselo en sólido ó en líquido, bajo nombres mas ó menos inteligibles con que indican en caso su mayor ó menor relacion de energía con la palomina, tomada por término de comparacion del valor de este género. Este es todavía un punto de difícil solucion. De cualquier modo, nosotros nos complacemos en advertir cierta tendencia á esta clase de investigaciones: los abonos son el fomento de la agricultura, y jamás se hará demasiado por este ramo de la industria, que nos vestirá y alimentará siempre completamente si sabemos atenderla en términos oportunos. Cuántas cosas quedan por hacer! París se dice que pierde diariamente setecientos hectólitros de orincs. Con este motivo hemos estudiado con el mayor interés las horribles vasijas de M. Krafft y compañía que anuncian una composicion capaz de desinfectar en un momento las alcantarillas mas infectas y amoniacales, para utilizar en seguida sólido y líquido, recogiénolo por otra parte con suma naturalidad y sin grandes preparaciones, sulfatos y amoniacos en abundancia. Esta sería una gran mejora de todos los medios comunes que la salubridad pública agradecería á M. Krafft. Si ha de creerse á M. Rousseau y Rnolz, el albayalde habría encontrado un concurrente en el óxido de antimonio. Pero es muy inocente el antimonio? y por otra parte, cubre y conserva tanto como el albayalde? y luego, aunque así fuese, el albayalde hace tiempo que no tiene que temer; los pintores son fieles al albayalde y al albayalde de Holanda. M. Roard lo ha experimentado perfectamente con su lindo albayalde de Clichy.

Las velas purificadas merecen verdaderamente el nombre de bugias: su fabricacion es ya perfecta; y el digno M. Chevreul debe envanecerse de que esta industria sea el fruto de sus análisis. La bugía de cera va desapareciendo poco á poco del consumo: la iglesia misma, despues de algunas dudas, ha aceptado el cirio de grasa. En verdad, las magnificas muestras de ácido esteárico podian rivalizar con la cera mas blanca.—Los SS. jaboneros de París, porque los de Marsella parecen desdeñar la exposicion, se mantienen

fieles á su costumbre de exponer lo que no fabrican ordinariamente, lo que no venden, pastillas de todos colores, que raspan todas las mañanas para presentar al público á las nueve una superficie siempre fresca. A escepcion del jabon de M. Menotti, propio para hacer las telas impermeables, y de que se habla con elogio, no creemos que se ha adelantado en esta industria de diez años á esta parte. Los jabones de *toilette* han quedado estacionarios desde la oleata trasparente de M. Laugier, que se decora con todos los nombres imaginables para ofrecerla al público, siempre un tanto inocente. Esta industria tiene su piedra filosofal, y es el jabon de Nápoles.—En el arte de colas, tan precioso para el apresto de tantos otros usos, M. Grenet de Ruan parece haber llegado ahora al *non plus ultra* de esta fabricacion. En general, la industria de los productos químicos se extiende cada vez mas, y empieza á no ser exclusivamente parisiense. Hombres inteligentes la trasladan á los diversos centros industriales: M. Kulhman al norte, M. Kouceau Muiron á Champagne, M. Delaunay á Tours, etc. Ruan y la Alsacia tienen muchas fábricas.

Poco tenemos que decir de las sustancias alimenticias que se han expuesto. Es una parte abandonada, cuya presencia es necesario estimular para otro año. Seria provechoso hacer constar las nuevas especies de cereales, y toda produccion y fabricacion que merezca interés. Ya han dado el ejemplo algunos fabricantes, y entre otros M. Magnin de Clermont que elabora en el dia una buena partida de pastas de Génova y de Nápoles que nos venden en Paris, y de que remesa tambien á Italia. A su lado, M. Porcheron de Dijon tenia pan hecho con una mezcla de patata: en caso de guerra ó hambre este es un suplemento; pero Dios nos libre de este género de filantropía! La patata ha triplicado la poblacion de Irlanda. Ah! ¿no valdría mas que hubiese tres veces menos hirlandeses que comiesen tres veces mejor?—La glucina se ocultaba en dos sitios diferentes; y nadie la acusará de contravenir á la ley, y por nuestra parte declaramos que cada vez cristaliza menos.

Entre el número de las fuerzas naturales que la industria logra encadenar de tiempo en tiempo, y hace trabajar bajo sus órdenes, las que parecian mas fecundas, por los servicios que de ellas ha sacado ya el hombre, son el calorico y la electricidad. El quinquenio que acaba de trascurrir parece haber sido fecundo en combinaciones capaces de eco-

nomizar el combustible, materia primordial del calórico, aun muy cara en Francia, como ya hemos dicho, sea á causa del monopolio que de hecho gozan los propietarios de bosques, sea por la falta de carbon de tierra de tan superiores cualidades, y cuyos análogos estan alejados por los derechos de introduccion, ó ya por nuestros tráficos secundarios de exportacion, ó por la inferioridad relativa, en fin, de nuestros medios de trasporte. Una de estas combinaciones ha girado, segun hemos visto, sobre la manera de regular el gasto de vapor. Otra, no menos importante, parece destinada á introducir una innovacion en la preparacion del hierro. Muchos esfuerzos se han hecho, asi en el aparato de hornos como en el calinario, sobre todo para hallar medios de aprovechar el mayor combustible que se pueda, medios muy dificiles de apreciar, y cuya eficacia no podrá ser demostrada sino por la esperiencia. Hasta ahora todo el mundo pensaba que era suficiente ser calderero, alfarero ó simple albañil, para construir un fogon, y seria imposible decir á cuantos ensayos monstruosos se han visto arrastrados los pretendidos inventores. Ahora los hombres de ciencias y arte, los ingenieros toman parte en este punto dificil, que necesita tan sutiles y delicadas observaciones. Esta es una feliz tendencia, que sin duda se veria ilustrada con útiles observaciones entre los pueblos que saben calentarse; los ingleses, los belgas, los rusos, por ejemplo. Mucho habria que hacer entre nosotros, porque ciertamente, despues de la Italia y España que no tienen necesidad de fuego, la Francia es el pueblo en que los medios de calórico parecen mas ridiculos.

La fuerza eléctrica que tambien parece tan fecunda, pero que no es dado dominar sino con mucho mayores dificultades, ha ofrecido tambien su contingente. Citemos por de pronto, de memoria únicamente, un pequeño aparato de cobre, en que el juego de las electricidades hacia mover un émbolo de papel en la galeria de artes varias: esto no es todavia una invencion. El pavonado y coloracion de los metales, del cobre sobre todo, por el procedimiento eléctrico de M. Becquerel, y sin colores, ha emitido pruebas de las mas notorias; pero no es todavia una industria. Lo que ya es una industria y una industria fecunda es el procedimiento de los SS. Reecly y Elkington, tan hábilmente puesto en práctica por los SS. Cristophe y compañía, para el dorado y plateado, y que parece prometer mas resultados

aun; invencion admirable, no tanto por sus efectos industriales, cuanto porque liberta á los trabajadores del azote del mercurio. Pero el bien raras veces llega sin trabajos; y hé aquí que esta invencion permitiría hacer con mayor facilidad tambien la moneda falsa y los fraudes de platería, y que daría origen á falsificaciones de todo género.

M. Deleuil, constructor de instrumentos de física, ha llegado á hacer servir el aparato de Bunsen para el alumbrado, cuyo buen éxito se vió ya en un ensayo hecho un año há sobre una de las estátuas de la plaza de la Concordia. El artificio de Bunsen es una pila voltáica en que uno de los elementos está reemplazado con ventaja por el carbon por medio de una disposicion económica, sencilla é ingeniosa á la vez. Reuniendo varias, M. Deleuil obtiene dos grandes corrientes de fluido positivo y de fluido negativo, que reuniéndose sobre un cono de carbon convenientemente dispuesto en un recipiente vacío, producen una série no interrumpida de chispas luminosas, que no tardan en enrojecer y aun encandecer este cono incombustible en el vacío, y dar una poderosa claridad. Dificultades de todo género se han presentado; M. Deleuil ha vencido algunas, su perseverancia y habilidad triunfarán quizá de las demás. Pero esto no pasa todavía de un ensayo. Dios solo es capaz de saber si será dado todavía á los hombres tener la luz eléctrica para el servicio de las poblaciones, ó si ha determinado aplazar por siempre la claridad. En qué han venido á parar todas las luces mas ó menos refulgentes, con que se nos entretenía algunos años há? (1) Una sola, aunque decaída, brilla todavía, y procura persuadir con sus rayos, á que se la coloque en los fanales de la marina; esta es el gas hidro-oxígeno de M. Caudin, quemándose en un cono de cal. Tuvo un momento la pretension de iluminar las capitales; no le faltaba mas que un monumento bastante elevado. La exposicion no nos da noticia alguna del motor eléctrico de M. Jacobi, ni del maravilloso telégrafo eléctrico. Apenas hace cinco años que la aplicacion de la luz á uno de los tra-

(1) Los fabricantes de lámparas estaban en calma este año. Algunas ideas nuevas se ponen en práctica sin embargo. M. Rouen ha rodeado el palacio de la industria de candelabros, donde arde un liquido que hace con los aceites del hornillo de gas: otros han propuesto quemar brea en las lámparas de habitacion. El gas liquido (espíritu de vino y esencia de trementina) quiere hacer sus pruebas. La lámpara-sol, la de M. Breugin, parecen ser verdaderas mejoras; pero parece que ha llegado la exposicion demasiado temprano para esta industria.

bajos mas delicados del hombre ha sido hecha por M. Daguerre, célebre de aquí en adelante; y ya cien descubrimientos, accesorios han venido á fecundar este nuevo arte. Sin duda que, si el inventor no hubiera tenido una recompensa especial, habría demandado este año al jurado central la medalla y la cruz; porque, en efecto, el daguerrotipo y todos los procedimientos que tienen relacion con él pertenecen á la exposicion de 1854, y hemos querido recordarlo aquí para reunir todas las grandes ideas que pertenecen á este periodo quinquenal.

Ahora es un mundo entero lo que tenemos delante de nosotros. Trémos á hacer su descripcion? Es imposible: necesitaríamos un volumen. Trepemos á una eminencia, y descubramos á vuelo de pájaro estas cuatro galerías; pero antes de salir de esta enciclopedia viviente, alentemos los esfuerzos de M. Vauquelin, que en sentir de los SS. Dumas, Gautier de Claubry y otros sabios seguramente bien capaces de este juicio, ha dotado la industria con un nuevo sistema de tenerías. En cuatro meses, aun en dos, prepara M. Vauquelin cueros que las tenerías ordinarias tardarian dos años en adobar; por eso es refran de curtidores que necesitan tiempo y casca: M. Vauquelin no necesita mas que la casca, haciendo recibir á sus pieles una manutencion que abrevia el trabajo. Estos no son ya ensayos, porque hay productos. ¿Qué le falta aun á M. Vauquelin? uno de los instrumentos generales de la industria: él tiene el trabajo. Mas, salgamos; el tiempo urge; y no obstante, saludemos de paso esa bella relojería de Paris, de Orleans, de la Sarthe del Jura, de Agen, de Beauvais; y esos magníficos fanales de MM. Lepaute y Francois. ¡Cuántas exclamaciones ha arrancado á los pechos de nuestros campesinos este triunfo de la ciencia de Fresnel! Eran como la expresion de un reconocimiento intuitivo.

IV.

Tegidos.—Artes varias.

Dos palabras tan solo acerca de las primeras materias: bien lo merecen. Unicamente las lanas finas estaban representadas en la exposicion; pero estos vellones indicaban no sé que insuficiencia en la produccion. Vuestras lanas son bastante finas; entendeis bien los merinos; pero

no haceis lo suficiente ni llegais á este resultado sino estimulados por la concurrencia de la Sajonia, la Prusia y la Rusia. Ved las llanuras de Crimea cubriéndose de rebaños; y pidiendo ya el consumo lanas al Septentrion, puesto que ya España no acierta á sacarlas buenas, ni vosotros las sacais demasiado. Mientras tanto M. Graux de Mauchamps presentaba dos carneros de un tipo nacido por casualidad en su ganado. Tienen esa lana larga y sedosa, esa hermosa lana suelta indispensable para todas las telas raras que nosotros vamos á buscar á Inglaterra, que la cria y recibe en grandes porciones de la Nueva Holanda. Un chal hecho de esta lana de Mauchamps por M. Fortier está por su suavidad entre la cachemira y el merino mas delicado. Es un descubrimiento, si ya no les dá á nuestros agricultores la mania de hacer de esto otra lana *nacional*. Pero ¿qué digo? estas lanas pagan tambien el derecho del 22 por 100.—La sedería empieza por fin á sufrir una trasformacion: los quince años de trabajos de M. Beauvais no seran perdidos; discípulos é imitadores le ayudan á dar cima á la tarea que se impone. Preciso es decirlo: este hombre de tan rara inteligencia no es un industrioso ordinario. No ha hecho misterio de ninguna investigacion; ha acogido todas las visitas con extraña urbanidad, y ha instruido á cuantos han querido ser sus discípulos. Pero, por qué no ha dado nada á la exposicion? Su obra no está terminada, y estamos seguros de que su presencia entre los demás criadores hubiera servido de alguna leccion. Entre tanto, gracias á él, las razas se han experimentado, acrecentado y hecho mejores; la rutina meridional hace lugar al método racional: el gusano como emancipado goza mas pronto de la vida, experimenta menos mortandad, y dá una seda mejor y mas abundante. Las plantaciones se multiplican, las malas especies desaparecen, y la experiencia aprende cada dia algo nuevo sobre la higiene, alimento y manera de cosechar el riego ataud de este generoso lepidóptero. Hemos hallado el algodón de Argél en casa de M. Crepet mayor, hilador de Ruan. Se semeja al Georgia larga seda y al jumel de Egipto: se hila bien, y es bastante su fortaleza. Hé aquí un objeto de cultivo, cuando S. M. Abd-el-Kader quiera permitirlo. El lino, el cáñamo no se han presentado sino bajo la forma de hilos ó cuerdas, estas últimas en concurrencia con las cadenas de hierro, cables y alambre, redondos ó planos, con alma de cáñamo ó sin ella.—Todos estos sistemas estan en ensayo.

;

—La zábila, el phormiun tenax y otros asociados bajo el pomposo nombre de seda vegetal no levantan ya tanto la voz como en 1839. No luchan con nadie. ¿Pero es culpa suya ó de las circunstancias? el tiempo lo probará (1).

El rey de los tegidos es el paño, elaborado por ciudades laboriosas. De cinco años á esta parte, aunque se haya dicho, no ha hecho grandes progresos. Sucede lo mismo con esta manufactura que con muchas otras: una vez obtenida cierta calidad, ya no hay que esperar gran cosa, á menos que no se encuentren nuevos medios de trabajo ó una baja inesperada en el precio de la primera materia. Tal es la situación del paño, tal es la de la mayor parte de los tejidos, papeles pintados, tapices, etc., etc. Este año, la exposición de MM. Bertech-Bonjeau descollaba sobre toda la exposición de Sedan por los subidos colores encarnados, amarillos, verdes destinados á los fashionables del Celeste Imperio, y la de M. Teodoro Cheneviere d' Elbeuf por una elegante coleccion de telas de pantalones y aun de fracs, de novedades, en fin, cuyo buen gusto era verdaderamente notable. Salvo estas dos escepciones y algunas otras, la galería de paños, comprendido Sedan, Louviers, Elbeuf, Castres, Montauban, Vienne, Chaleauroux, Mazamet y la Alsacia (dos ó tres casas) era de una tristeza completa, para lo que, por su parte, el arquitecto del palacio no habia olvidado nada; hay que hacerle esta justicia.

La industria especialmente de lanería de Reims, respecto á merinos, tartanes, franelas, etc. presentaba el mismo carácter de progreso regular; pero manifestaba tambien el poco prurito que la mayor parte de las casas habian puesto en enviar á la exposicion. ¿Habria influido á este poco afan la preocupacion de la línea de Paris á Strasburgo? Roubaix, Lila y Tourcoing fabrican siempre y en todas las posiciones sociales telas ligeras de lana, de lana y algodón, y de hilo. Muchos fabricantes de Turcoing faltaban al llamamiento. Ellos se tienen la culpa en nuestro concepto. Estos torneos industriales equivalen á cien expediciones. Allí se saca ánimo, emulacion, se encuentran rivales; y todos

(1) En 1839 abortaron un tropel de ideas en la sociedad. Muchas empresas han sucumbido, unas por falta de vida, otras bajo el peso de un capital demasiado grande, otras por no tener en bastante grado el instrumento del trabajo. ¡Cuántos betunes que no han podido atravesar el intervalo que ha mediado entre ambas exposiciones! ¡Cuántos cálculos que han corrido la suerte de los betunes!

somos de tal condicion que del mismo modo que los laureles de Temístocles, turbando nuestro sueño, se acrecenta nuestra gloria. Véase la Alsacia! los que viajan por este pais, no dicen, como tantos otros que pudiéramos citar, sobre todo en la zona meridional. Perecen nuestras industrias antes que un principio! Luego que el genio alsaciano, vigía atento, les noticia que la moda vá á cambiar, ellos se resignan, y toman, cuando es aun tiempo, otra direccion. Miradle en este momento: Se piden menos las telas de algodón: procuran ofrecerlas tambien menos; y se vuelve su atencion hácia la lana; y helos ya en el mercado con los mas lindos caprichos. Podría decirse que son ellos los caprichosos, que son los que han descaído la mudanza. Porque ahora hacen aceptar sus combinaciones, sus dibujos, sus mezclas.

El ejemplo de la Alsacia, el uso de la Perrotina, y los adelantos de la fábrica de colores (de París especialmente) impelen la industria de Ruan. Ella tambien hace colores para tintes en grande; y sin abandonar su especialidad, empieza á ejercitarse en las calidades superiores.

La fábrica de París es siempre la primera en estampados de lujo; es la gran escuela del gusto en los dibujos y armonía de los colores. Lo mismo sucede en cuanto á tapicería y forros de muebles, industria que hemos vuelto á encontrar en Rubaix, en Amiens y Ruan. Una gran innovacion se presenta para hacer las pruebas en el arte de la tapicería: queremos hablar de ese famoso fieltro que hizo bastante ruido (1). Dos fábricas se han presentado: en París, la de M. Depouilly, el hábil estampador; y en Bouxwiller, la de M. Stehellin, á quien ha sido cedido el método por este; sus manufacturas que reciben bien el colorido, que se ahondan para imitar á los tapices, parecen deberse apropiarse al uso de colgaduras de mueblaje, de alfombrado etc. M. Stehellin se dice que no desespera de afinar bastante los suyos para hacer paletots. El éxito es mas probable ahora que las dos cardas que recorren este paño no cuestan apenas mas que la cuarta parte de lo que costaban antes (90.000 fr.) A propósito de tapicería: no olvidemos los tegidos de vidrio de que habia una linda exposicion, y que van abriéndose paso por las modestas iglesias de los lugares, para las cuales el oro y la seda son inaccesibles.

(1) En 1814 los Cosacos se vestían de fieltro.

San Quintín, Tarara, Alençon, París, etc. hacen siempre bien y con gusto los encajes y bordados. Cantaríamos tantas maravillas si hubiéramos de tener lectoras! pero por otra parte es mejor vernos dispensados de argumentar sobre esa interminable nomenclatura de *puntos*, entre los cuales el de Alençon dominaba este año. Dirémos únicamente que había un pañuelo bordado de valor de 1000 escudos, obra maestra, de primor, de paciencia y de barbarie, que representa un castillo alemán, y habrá acabado con la vista de una pobre mujer que sacaría unos cuantos sueldos al día!

Lyon respecto á sedería de lujo se mantiene en un *statu quo* de perfección bastante difícil de exceder. Pero no deja de haber motivo para señalar los modestos terciopelos de M. Forbin de doble tejido, pudiendo competir por el precio (4 fr. 50 c.) con los de Revelt. Lo que hay de curioso, como punto comercial, es que ya no es Lyon el que hace las mejores felpas para sombreros; son Metz y Sarreguemines que las fabrican dentro de sus muros, y tienen depósito en Lyon para la venta. No hay para que hablar este año de las pequeñas sederías de Nîmes y Aviñón: podría decirse que el arte de la seda en Nîmes no se emplea más que en esas horribles fajas argelinas: tampoco es necesario hablar de los artefactos de Tours; pertenecen á la historia antigua, como el terciopelo de Amiens, que desde.... pero basta.

Llegamos al final del plan, quizás demasiado utilitario, que hemos debido trazarnos, y respecto á cristalería (1), fundiciones (2), vajilla, muebles (3); los tallados me-

(1) Los cristales, vidrios y porcelanas se hallaban en resplandecientes aparadores: su forma no admite ya censura. Se han adquirido muchos precedimientos para el pintado: el encarnado, sin embargo, deja todavía que desear. Los colores á fuego de M. Discry ofrecían mucho interés. También se notaba el dorado en relieve de M. Rousseau. Sevres tiene émulos.

(2) MM. Eck y Durand, y nos recuerdan á M. Söyer.

(3) Los expositores eran en gran número; cinco ó seis se distinguían por su gusto y elección de adorno. No podemos dejar de citar: un catre de ébano con adornos griegos de un aspecto elegantísimo; un aparador de nogal al gusto del renacimiento, por M. Grobé; otro semejante de MM. Fourdinois y Fossey; una papelera de nogal de M. Henckel; un bufete de ébano de M. Ringuet-Leprince. Los tallados, el gusto y forma de estos muebles, no tenían verdaderamente defecto. Necesario es citar aun los embutidos admirables de MM. Wassmuss, los mosaicos de Florencia (en piedra y de relieve) de M. Theret; los menudos mosaicos de M. Marcelin; los barnices de M. Osmond. El conjunto era en general perfecto, las maderas oscuras, la caoba, el ébano, el nogal eran las dominantes, no obstante haberse introducido el palo de rosa, con sus demás cofrades del género Pompadour y Luis XVI. En ebaniste-

eánicos (1), la platería (2), los bronceos, la litografía, la tipografía (3), la vidriería (4), tapicería (5), las persianas (6), flores artificiales (7), armas (8), cuchillería, herramientas, quincealla etc., etc. y ese millar de industrias que entran en la denominacion de industria parisiense, no haremos mas que una reflexion.

A pesar de esa falta de orden enciclopédico que hemos fijado, no obstante la inconexion de muchos productos el destierro de varios otros á regiones heterogéneas, la exposicion de 1844 dejará una viva impresion que provocará en el espíritu nacional el sentimiento de un triunfo legitimo, y tambien indudablemente en el de los extranjeros una admiracion sincera y profunda. La industria francesa es sin rival en cuanto al gusto que reina en el conjunto de los productos que salen de manos de sus obreros: esta es una

ria solian verse maderas extrañas: una mesa de tejo, de M. Jeanne; un estante de M. Roger, de madera de la Amboina; una caja de raiz de enebro, de M. Joly; las maderas teñidas por el método Boucherie, productos bien curiosos; pero entre ellos la haya y el arce eran los únicos que tenían un colorido agradable: el arce imitaba al cedro hasta engañar. De cualquier modo, este procedimiento parece tener porvenir. Un fabricante, M. Martin, presentó muebles de cuero batido.— El hierro hueco se ha refugiado en las camas de alojamiento, pupitaje etc. donde encuentra un compañero temible, el hierro macizo.

(1) Una sociedad presentaba un método debido á M. Dutel, por medio del cual se obtienen en el día productos análogos á los de M. Colás. M. de Girard y otros tienen medios semejantes á los de M. Grimpé, condecorado en 1839. Podia juzgarse por los muebles, marcos, adornos etc.

(2) MM. Froment-Meurice, Morel y Rudolphi tenían obras maestras.

(3) M. Barbat-Thomas, de Chalons, presentaba un ejemplar de *Los Santos Evangelios*, que es una obra maestra, de gusto y riqueza; cada página tenia una viñeta diferente traída con perfecta propiedad. El autor de este libro lo habia abandonado sin embargo, y por casualidad se ha descubierto.

(4) La vidriería monumental no tiene ya lugar en los Campos Eliseos; es puro arte, y debe ser presentada en el Louvre. Se han admirado las vidrieras del siglo XV de M. Bouteims. Pero Choisy-le Roy ha provocado concurren-tes bastante dignos de él. MM. Karl-Hauder y Andre de Paris; M. Lesson hijo, de Limoges; M. Bontems y M. Dinam expncian tambien acopio de *flint-glass* y *crown-glass*. La óptica va á poner manos á la obra para darnos instrumentos de una potencia superior.

(5) M. Sallandroze-Lamoino's puede luchar con los Gobelins y Beauvais. Aubusson domina todavia; pero ha suscitado émulos en Abbeville, Turcoing, Nimes y Paris.

(6) Estan en progreso. ¿No se semejan ya demasiado á un cuadro al óleo?

(7) M. Constantor tenia una exposicion verdaderamente extraordinaria; la hoja de adelfa, la rosa de Alejandria, el nardo, el diente de leon que se estremece con solo el aliento! Objetos todos que hasta ahora presentaban dificultades insuperables.

(8) Paris construye tambien como Lóndres las armas de lujo.—Los sistemas que tanto ruido han hecho en 1834 son inferiores. La carabina Delvigne alarga novecientas varas. Este es un adelanto. En lo sucesivo algunos paisanos en guerrilla podrán burlarse de fuerzas considerables.

verdad recibida en todo el mundo; mas aquellos artistas franceses que se dedican á las artes liberales, afectaban todavía cierto desden hácia la industria que tiene la ridiculez de ocuparse de lo util, y descuidar el cultivo de lo que en una gerga particular se llama *el arte por el arte*. Ahora bien, en el dia, el aspecto general de todas las galerías en que al principio entraron con prevencion, les ha hecho confesar á ellos, los grandes sacerdotes, un tanto presumidos, que los que profesan cualquier industria tienen tambien buen gusto, y conocen el valor de la armonia, la forma y los colores, y han devuelto su reputacion á aquellos hombres, que sin grandes nociones arqueológicas, y con solo el auxilio de su propia inspiracion, reproducen la noble sencillez del estilo griego, el esplendor del gótico, la rica variedad del renacimiento del siglo de Luis XIII del de Luis XIV y del de todos; y no tiene esto únicamente lugar en la platería, bronce, vidriería, persianas, relieves de fundicion de mármol y de pasta, sino tambien en cañamazos, tejidos de toda especie, bajilla y vidriería; y en esas grandes salas en que yacen los colosos de la industria; que no obstante sus enormes proporciones agradan por la sencillez con que estan colocados, la disposicion natural de todas sus partes y la elegancia del conjunto.

Así se halla de nuevo demostrada á vista de la Europa atenta esta noble superioridad artística, cuya importancia ha hecho notar tan perfectamente M. Teodoro Fix en las consideraciones generales que acerca de las exposiciones ha presentado.

CAUSA DE LOS FISCALES DE GRANADA.

NUESTRO apreciable colaborador, D. José de Castro y Orozco, nos remite para su insercion el comunicado siguiente:

«Sres. Redactores de la REVISTA DE MADRID.

Muy señores míos: en la crónica del núm. 19, tomo 3.º de su apreciable periódico, dicen VV., hablando de la circular de los fiscales de la audiencia de Granada, que estos han asegurado hechos *evidentemente falsos*, y declamado en *tono revolucionario* sobre el despotismo y otros fantasmas de los tiempos presentes. No pondré en duda la competencia de VV. como periodistas para apreciar mis actos oficiales, si bien al suscribir como fiscal de S. M. en esta audiencia la circular en cuestión no pasó ni pudo pasar siquiera por mi mente la idea de que su contexto llamase tan poderosamente como lo ha hecho la atención pública, estraviando por desgracia el buen juicio de los unos, y convirtiéndole otros en provecho propio, euando solo me propuse por fin cumplir con mis deberes y defender los intereses de la justicia, que de todos son y á todos aprovechan igualmente. Pero las calificaciones de *falsario* y de *revolucionario* que VV. han estampado, sin datos suficientes y con visible equivocación á mi modo de ver, son muy graves en sí mismas para que yo prescinda de decir simplemente á VV. que en manera alguna puedo consentirlas: que reales decretos expesos me prohíben entrar en polémica con los periódicos, y que respetando'os como hombre de orden y de obediencia, he escrito ya mi vindicación y la tengo remitida al Gobierno de S. M. Creo, señores redactores, que comprenderán VV. fácilmente cuán costoso deba serme el silencio en la presente ocasión; ruego por lo tanto á VV. que, persuadidos de que no puedo romperlo por ahora, tengan la bondad de suspender su juicio hasta tanto que me sea lícito defenderme de las acusaciones que se me hagan, lo que no verificaré tampoco, cualesquiera que sean las nuevas que se me dirijan, mientras mi vindicación pública sea incompatible con mis deberes, y entienda que pueden originarse de ella escándalos todavía mayores que los que, por una fatalidad inconcebible y causas totalmente ajenas de mi voluntad, ha producido ya la referida circular de los fiscales de la audiencia de Granada.

SEGUNDA EPOCA.—TOMO IV.

21

Soy de VV., señores redactores, afectísimo seguro servidor
Q. S. M. B. — JOSE DE CASTRO Y OROZCO. — *Granada 17 de julio
de 1844.*

Mucho sentimos que el Sr. Castro y Orozco haya creído ver en nuestras palabras una ofensa, que no fué nuestro ánimo hacerle. La circular que ha dado motivo á esta polémica está sometida al fallo del Supremo Tribunal de Justicia, y la prensa no debe por lo tanto prevenir su juicio. Hablamos de ella en la crónica de nuestro número de junio bajo la impresion que nos habia causado su lectura, y la del documento publicado por la Gaceta en contestación á las aserciones de los fiscales de Granada. Que muchas de estas eran inexactas resulta del mismo documento, y la inconveniencia del tono del escrito es demasiado evidente en nuestro concepto. Prueba de ello que la prensa progresista lo tomó al punto como arma de oposicion contra el Gobierno, dirigiendo á este cargos severísimos fundados en la confesion de sus mismos funcionarios. No siempre *es falsario* quien asegura hechos inexactos, ni tampoco es siempre revolucionario quien escribe en tono destemplado: y nosotros creemos que los fiscales de Granada no merecen ni una ni otra calificacion por mas que hayan cometido un desacierto al dirigir la circular que ocasiona esta réplica. Creemos tambien, que al obrar así los fiscales de Granada no fué su ánimo hostilizar al Gobierno, ni mucho menos dar un pretexto plausible á los periódicos de la oposicion; pero como de cualquier modo su conducta ha sido imprudente cuando menos, parécenos que nuestra censura no era tan desacerpada.

Sentimos vivamente que el Sr. Castro, cumpliendo con su deber, no pueda entrar en polémica con los periódicos, y justificarse ante la opinion pública: mucho deseamos que lo haga, y sobre todo nos alegraríamos de ver rehabilitado en el ejercicio de sus funciones á un magistrado, que, aunque haya cometido una falta de prevision, tiene fama de capacidad y de rectitud.

CRÓNICA POLÍTICA.

SITUACION DE LOS PARTIDOS EN LA CONTIENDA ELECTORAL. — POLÍTICA DEL MINISTERIO. — CUESTIONES DE HACIENDA. — CONDENACION DE PERIODICOS. — CONSPIRACIONES. — SUSPENSION DE LA VENTA DE LOS BIENES DEL CLERO SECULAR Y DE LAS MONJAS. — CUESTION DE MARRUECOS. — VIAJE DE SS. MM. A MADRID.

APENAS se disolvieron las últimas Cortes comenzó á debatirse entre todos los partidos la cuestion electoral. Los conservadores contaron desde luego con la seguridad del triunfo, y así es que no se dieron gran prisa en preparar como otras veces los trabajos necesarios. Esta confianza no era del todo infundada, aunque en nuestro juicio no haya sido tampoco muy prudente. Contaba para obtener victoria el partido conservador con la influencia y número de sus individuos, los cuales obrarían en esta ocasion sin las dificultades y obstáculos que solía oponerle otras veces la intolerancia del partido á la sazón dominante. Y en efecto, un partido que está en mayoría en el país, y cuyas opiniones ejercen en todas partes el saludable influjo que está reservado á las ideas progresivas y reformadoras del siglo, bien podía creer que en unas elecciones en que debe presentarse libremente á emitir sus sufragios, son suyas exclusivamente las probabilidades de la victoria. Así ha sucedido siempre que el partido moderado ha descendido á la liza electoral, sin ilegalidad ni violencia por parte de sus adversarios: así sucedió en 1837 y en 1840, y así debe suceder ahora que cuenta con que el Gobierno protegerá su libertad, y lo amparará, si los hubiera, contra los ataques de la fuerza.

Muy distinta es por cierto la situacion del bando progresista: dividido desde el pronunciamiento de mayo, fáltale la organizacion vigorosa que en otro tiempo le daba fortaleza. No cuenta tampoco con la decidida é ilegal proteccion que le dispensaba otras veces el gobierno de sus jefes y la policia municipal organizada casi expresamente para este servicio; y como su mayoría en los tiempos pasados era una mayoría amañada y ficticia, sostenida por elementos transitorios, y que debían desaparecer luego que hubiese un gobierno de orden,

vése este partido reducido casi á la nulidad política, sin dar mas señales de su existencia que la oposicion de sus periódicos, y las conspiraciones que fragua de tiempo en tiempo. No era pues extraño que al provocarse la cuestion electoral creyese como segura su derrota, y decidiese abandonar el campo pretextando su falta de libertad y el temor, sino lo hace, de ser perseguido por el Gobierno. Así cree dar á la situacion un carácter de violencia que no tiene, y proporciona para mas adelante un excelente argumento, que prueba á su juicio la ilegitimidad de las Cortes que van á reunirse. Tales han sido los cálculos maquiavélicos del partido progresista. Esta resolucion por otra parte alentaba mas la confianza de nuestros amigos políticos, y disculpaba hasta cierto punto la especie de inaccion que se ha notado en algunas provincias.

Mas para sustituir al partido progresista se ha presentado en el campo electoral una nueva raza de combatientes, retirados hasta ahora de la vida pública, y enemigos declarados de los mismos medios de que ahora se sirven para llevar á cabo sus propósitos. Hablamos del partido carlista, de ese partido defendido contra los ataques injustos de la revolucion por los hombres de nuestras opiniones, y enemigo nuestro ahora tan encarnizado como los revolucionarios. Ya en las elecciones últimas dió este partido en ciertas provincias alguna señal de su existencia, combatiendo las candidaturas del partido monárquico-constitucional. Despues ha crecido en arrojo, alentado por sus periódicos, y por la excesiva tolerancia de muchos conservadores, y ahora cree llegado el momento de disputarnos decididamente el triunfo. No carecia sin embargo del sentimiento de su debilidad, y para subsanarla trató de entrar en negociaciones con el bando progresista, á fin de trabajar unidos por una mayoría de oposicion. Afortunadamente tanto los apostólicos como los progresistas estaban desavenidos sobre la conveniencia de esta alianza, siendo el resultado que los primeros trabajan por su propia cuenta, y los segundos han permanecido en su propósito de no tomar parte en la eleccion.

Con pocos elementos cuenta en verdad el antiguo partido de D. Carlos para la grave empresa que ha tomado sobre sus hombros: este partido, por mas que se diga, es poco numeroso en España; pero esto no impide para que en algunas provincias necesiten nuestros amigos hacer un esfuerzo para vencerlo. El lema escrito en su bandera tiene muchos atractivos para las clases dolorosamente lastimadas por la reforma, y sin duda estas clases habrán de prestarles todo su apoyo. La anulacion de todo lo hecho desde 1833, la devolucion á sus antiguos poseedores de los bienes desamortizados, el restablecimiento del diezmo y de las comunidades religiosas, la abolicion de la ley

fundamental, y otras providencias igualmente reaccionarias, son un aliciente poderosísimo para esas personas que cifraban su bienestar en los abusos del antiguo régimen. Sin embargo, vivan seguros los amigos de las luces y del progreso; tranquilícense los amantes de la civilización, que una reacción parecida á la de 1823 no es ya posible en España. Los carlistas serán vencidos en la lucha electoral próxima, y los diputados que vengan á las Cortes estarán tan decididos á acabar con la revolución que todavía amenaza, como á impedir las reacciones á que nos convida el partido apostólico.

El ministerio, entre tanto, aparece tan neutral en las elecciones como nunca lo fué tal vez ningún gabinete. Dispuesto sí á hacer cumplir la ley á todos los partidos, pero sin ostentar sus simpatías por ninguno. En los varios decretos que ha publicado, ha dicho al país su pensamiento, y aguarda tranquilo el fallo de los electores. Propónese gobernar legalmente, y mientras con una mano desbarata los proyectos sediciosos de sus enemigos políticos, prepara con la otra las importantes reformas que el país necesita para su bienestar.

Entre estas es una de las primeras la de la hacienda y el sistema tributario, para la cual tiene mucho adelantado el ministro del ramo. Ya hemos dicho nuestro juicio sobre el arreglo verificado con los contratistas, y la conversión de sus créditos en títulos del 3 por 100. Ahora se discute la cuestión de si los intereses de la nueva deuda deben pagarse solamente en Madrid, ó si han de pagarse al mismo tiempo en las plazas de París y Londres. Aunque el Gobierno parece decidido por lo primero, nosotros pensamos que lo último sería económicamente mas ventajoso. Esa gran masa de deuda arrojada de una vez sobre nuestro escaso mercado, abarataría necesariamente los precios, disminuiría el número de las personas que hubieran de interesarse en la emisión, é influiría desventajosamente en el crédito, al paso que distribuyéndolo entre las tres plazas ya dichas, se interesaría á muchos capitalistas extranjeros, ejercería poca influencia en los precios de nuestro mercado, y contribuiría no poco al levantamiento del crédito. El único inconveniente que á esta medida se opone es el de los gastos que tendría que hacer el Gobierno para la traslación de sus fondos á las plazas extranjeras; pero sobre no ser este costo de gran consideración comparado con las ventajas que por otra parte produciría la medida de que tratamos, creemos que los tenedores de la nueva deuda se avendrían á subsanar de su cuenta este leve perjuicio que hallarían suficiente compensado con el mayor valor de sus créditos.

Aun estan pendientes de arreglo la deuda centralizada y las libranzas, habiéndose suscitado cuestión entre los acreedores y el Gobierno sobre la cantidad que debe servir de tipo para convertirlas.

Pero como estos debates no han tenido suficiente publicidad, reservamos nuestra opinion para cuando esté mas adelantado el negocio.

El contrato de anticipacion celebrado por el Gobierno con el banco de San Fernando ha producido en el mes de julio los resultados mas satisfactorios. El banco anticipó en los plazos convenidos los sesenta millones estipulados, y recaudó de las tesorerías 57.646.085, sin embargo de que los intendentes destinaron á los gastos reproductivos de las rentas mas de seis millones de reales, que algunos de ellos pagaron cantidades de consideracion por cuenta de las consignaciones militares del mes anterior de junio, y que otros hicieron algunos pagos por mala inteligencia de las órdenes comunicadas. Si á estas cantidades se agregan los productos de la renta del tabaco, cuyas dos terceras partes no percibe hoy el Gobierno, y los pagos hechos por cargas de justicia, bien se puede asegurar, como ha dicho la Gaceta, que las rentas públicas han producido en el mes de julio setenta y cinco millones de reales. Así es que el Gobierno ha renovado su contrato con el banco bajo condiciones mas ventajosas, de cuya manera contará seguramente con las cantidades que vaya necesitando para cubrir las atenciones públicas, y el banco hallará al mismo tiempo un beneficio que no ceda en perjuicio del erario. Nosotros damos el parabien mas sincero al ministro de Hacienda por tan feliz resultado, y le excitamos á seguir con constancia por el camino emprendido, que es sin duda el único que conduce al término que se propone, nivelar los presupuestos sin perjuicio del Estado.

No obstante la severidad de la ley de imprenta, habíanse desmandado en su lenguaje los periódicos de la oposicion, y muy particularmente el que con el título de la *Monarquía* sustentaba los derechos de D. Carlos. En los países constitucionales no deben estar sujetas á discusion la forma de gobierno ni la legitimidad del monarca: era por lo tanto un escándalo, que el periódico en cuestion no solamente atacase todos los dias la ley fundamental, abogando por la monarquía absoluta, sino que combatiase con el mismo descaro los derechos incontestables de la reina doña Isabel, que lo hacia en otro tiempo la Gaceta de Oñate. Era pues indispensable denunciar estos sediciosos escritos, y el fiscal de imprenta cumplió con su deber sosteniendo la acusacion, así como el jurado satisfizo el suyo, declarándolos culpables con circunstancias atenuantes. Sabido es que el periódico careció de fondos para soportar las multas de sus condenas, y dejó de publicarse.

Pero como cualquiera que sea el respeto que merecen los fallos del jurado, no tienen el don de la infalibilidad segun los principios constitucionales, permitido nos será opinar de distinta manera que los jue-

ces que absolviéron el artículo denunciado del *Eco del Comercio*. Había expresiones en este escrito evidentemente subversivas á los ojos del juez mas imparcial, y sin embargo el jurado lo declaró inculpable. Mucho sentiríamos que esta sentencia diese armas á los enemigos de la institucion, á aquellos que creen que los delitos de la imprenta no deben sujetarse á esta especie de juicios. A pesar de esto, y nos complacemos en confesarlo, el lenguaje de la prensa de la oposicion es mas templado que otras veces, y en el dia en que esto escribimos es tan moderado como conviene al decoro de los escritores públicos y á la causa de las instituciones constitucionales.

Contrastaba singularmente con el tono mesurado de los periódicos de la oposicion las intrigas y conspiraciones de una parte del bando progresista, descubiertas felizmente por el Gobierno. Tiempo hacia que era cosa pública la conspiracion que preparaban los ayacuchos; sus trabajos para seducir algunos rejimientos, y sus planes de sedicion y trastorno. Esta conspiracion debia estallar en Madrid, promovida por oficiales separados de las filas, á consecuencia de los últimos pronunciamientos, y secundada por algunos batallones, á cuya lealtad hicieron un horrible agravio, imaginandose contar con ellos. Habíase repartido al efecto dinero en abundancia, y todo estaba ya dispuesto para dar el golpe. Pero descubiertos los planes por algunos de los que en ellos aparecian comprometidos, las autoridades lograron desbaratarlos afortunadamente, y aun aprehendieron á muchos de los que resultaban complicados. Sin estados de sitio ni medidas excepcionales son juzgados en este momento por sus jueces propios, y la justicia decidirá de su suerte.

La cuestion de Marruecos ha tomado en este mes un carácter de gravedad, que la complica al paso que acelera su término. Firme el emperador en su negativa á las justísimas exigencias de España y Francia, viéronse precisadas estas dos potencias á declarar rotas las hostilidades, y aprestarse con mas empeño al combate. Los moros por su parte se prepararon tambien á la pelea, y acercaron á la costa casi todo su ejército. Las familias europeas residentes en Tanger tuvieron que abandonar la poblacion refugiandose en los buques españoles surtos en la costa. La escuadra francesa recibió al poco tiempo pliegos de su gobierno, y se trasladó desde Gibraltar, donde se hallaba, á las aguas de Tanger. El 6 de este mes tuvo lugar el ataque, y al cabo de algunas horas de fuego, en que los marroquíes sufrieron mucha pérdida, quedaron arrasados los fuertes de la plaza. Este acto de hostilidad podrá ser muy provechoso para la feliz terminacion de esta contienda, porque la facilidad con que la escuadra francesa ha hecho huir despavoridos á los hijos de Mahoma, no dejará de ser una leccion provechosa para el temerario Abd-el-Rhaman, que no advierte los peligros que corre su pais y su cetro, viniendo á las manos con adversarios tan poderosos. No dudamos sin embargo de que el sultan teme la guerra; pero tambien se juzga casi forzado á hacerla por la instigacion de sus fanáticos súbditos. Teme sobre todo la rebelion de las tribus independientes del desierto, las cuales mirarian como un agravio el acceder á las pretensiones de la Francia, es decir, el internar ó arrojar á Abd-el-Kader del territorio del imperio. El gobierno francés sin embargo acaba de nombrar un representante en la corte de Marruecos, esperando sin duda terminar la cuestion por medio de negociaciones.

En cuanto á las diferencias del sultan con España, las últimas no-

ticias son algo mas satisfactorias: ya empieza á ceder Abd-el-Rhaman de sus pretensiones injustas, accediendo á la mayor parte de nuestras exigencias: un poco de enerjía y constancia, y saldremos airosos de nuestro empeño.

El último decreto del Gobierno ha sido el que manda suspender hasta la reunion de las cortes la venta de los bienes del clero secular y de las monjas, aplicando á la dotacion de la Iglesia las rentas de los no vendidos. Este decreto ha alarmado considerablemente á los periódicos de la comunión progresista, al paso que ha sido acogido con cierto desden por los órganos del bando apostólico. Dicen los primeros que el gobierno no estaba autorizado para dictar semejante providencia: que este acto es el principio de la reaccion espantosa que nos amenaza, y que con él ha recibido un golpe mortal el crédito, porque se le priva de su única hipoteca. Los periódicos absolutistas por el contrario han mirado con cierto desden esta medida, y dicen que debia haberse mandado devolver los bienes no vendidos á las iglesias á que pertenecieron. De esta manera racionan los partidos extremos; pero ni hay motivo para semejante alarma, ni palabras con que deplorar la ceguedad del bando reaccionario. Si la suspension no tuviese otro objeto que devolver á las iglesias los bienes no vendidos, nos pareceria muy desacertada, porque esta providencia no seria suficiente para reparar el daño causado por la revolucion, y constituiria á las iglesias en una desigualdad chocante de fortunas nada provechosa para ellas. Mas si la providencia en cuestion tiene otro objeto, como suponemos, por ejemplo, reformar de una manera conveniente la ley de dotacion del culto y clero, y facilitar el concordato con la corte de Roma, no nos parece tan desacertada. El Gobierno por otra parte promete solemnemente en el preámbulo del decreto respetar los intereses creados por la reforma, declarando sagradas las propiedades adquiridas sobre los bienes desamortizados. De modo que no vemos en la medida, de que se trata, el motivo de alarma que encuentran los progresistas. La suspension con la devolucion seria perniciosa: sola es un hecho todavia insignificante, que ni puede elogiarse ni censurarse, mientras no se vean sus consecuencias.

Aliviada S. M. de las dolencias que la obligaron á ausentarse de Madrid, vuelve á él con la real familia y con el presidente del consejo de ministros separado desgraciadamente hasta ahora de sus compañeros de gabinete. El pueblo de Madrid tendra muy pronto la satisfaccion de volver á ver su reina, y los intereses públicos ganarán mucho tambien con la union de los consejeros de la corona. Ahora no sufrirán los negocios el atraso que han experimentado hasta aquí, y no volverá á turbarse como antes la armonia entre los ministros.

